

# LA INDECENTE NOCHE DE YEMANJÁ

(BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA / *EL PASADO DEL CIELO* 6)

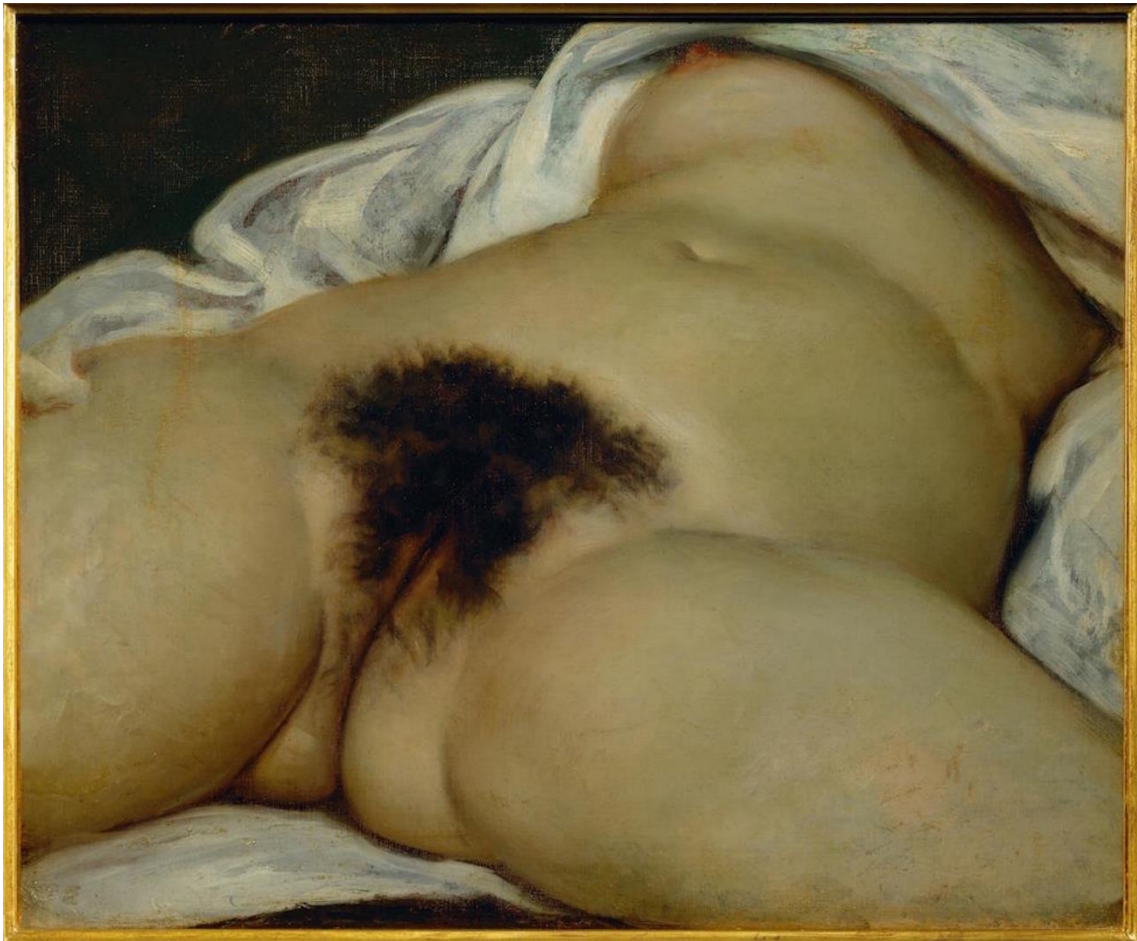


Ilustración de portada: *L'origine du monde* de Gustave Courbet

1ra edición 1994 / 1ra edición Web 2012

para Fernando Pardo  
que trajo al Papalote

para Demian Díaz Torres  
que ayudó a remontarlo

para Marcos Torres  
que trajo a Yemanjá

*Los años nos dejan ver  
el entrevero y el brillo.*  
Jorge Luis Borges

*Y tú, mi padre, allí, en tu triste apogeo  
maldice, bendice, que yo ahora imploro con la  
vehemencia de tus lágrimas.  
No entres dócilmente en esa noche quieta.  
Rabia, rabia, contra la agonía de la luz.*  
Dylan Thomas

Silvio Rodríguez y Juan Luis Guerra compusieron todas las canciones que le son atribuidas, aunque no entre 1939 y 1957. *Del rojo pelo* -también defasada cronológicamente- pertenece a Washington Benavides y Eduardo Darnauchans.

## UNO: ESTRELLITAS Y DUENDES

CUANDO MI padre y mi tío-abuelo Ismael fueron a visitar a Luquitas en la jardinera no quise acompañarlos. Las mujeres se pusieron a chusmear y mamá me pidió que me recostara un rato y no protesté. El caserón de la chacra tenía una especie de comedor-porche muy alto (donde acabábamos de almorzar) y una hilera de piecitas a las que se bajaba como a un sótano. La última vez que vinimos llovió toda la tarde. Habíamos traído a María Sara -la hija del Chueco, un vecino alma podrida- y me pusieron a dormir la siesta con ella en el cuarto de mis dos tías jóvenes.

Me siento de través en una cama -apoyado contra la pared mugrienta y húmeda- y canto: *Viviré en tu recuerdo / como un simple aguacero / de estrellitas y duendes / vagaré por tu vientre / mordiendo cada ilusión.* Y siento que no quiero ver más a María Sara, pero me refriego la cabeza y sigo cantando la bachata del Papalote: *Vivirás en mis sueños / como tinta indeleble / como mancha de acero / no se olvida el idioma / cuando dos hacen amor.*

La última vez que vinimos a la chacra fue al empezar la primavera y ya estamos casi en Navidad. Por un ventanuco entra olor a chiquero y hay un jazmín del país que se mueve, también. Entonces junto las manos como para rezar. Pero canto: *Me tosté en tus mejillas mi bien / como el sol en la tarde / se desgarró mi cuerpo / y no vivo un segundo / para decirte que sin ti muero.*

Ma-Sa tenía la mirada estrellada por la lluvia. Estábamos sentados uno frente al otro y de golpe ella se levantó el vestido azul con volados y lunares blancos que se ponía las noches que venía el japonés. Tenía bombacha blanca. (Y ahora me clavo en el mentón en el pecho y murmuro: *Me quedé en tus pupilas mi bien / ya no cierro los ojos / me tiré*

*a lo más hondo / y me ahogo en los mares / de tu partida de tu partida.)* Después ella me pidió que cerrara los ojos y me la imaginé pintarrajeada igual que una actriz de cine. “Mirá” me dijo, separando las piernas: “Se llama Sarita. Pobrecita. Vení. Dale un beso”. Y se tapó la cara con la bombacha. Pero creo que no pude besarle la ranura lastimada del sexo ni con los ojos. Si hubiese sido un perro, le hubiese podido lamer hasta el alma. Pero éramos dos niños de nueve años.

Y ahora que María Sara ya no está, apoyo el entrecejo sobre los pulgares y rezo: *Andaré sin saberlo / calzaré de tu cuerpo / comeré lo que sobre / dentro de tu corazón.*

MI PADRE ya había vuelto de lo de Luquitas (aunque enseguida salió a caminar por la chacra, me dijo mamá) y ahora Ismael roncaba despatarrado en un perezoso: usaba una faja negra sucia en lugar de un cinturón y tenía pocos dientes y una nariz afrutillada donde las moscas se relamían. Mi abuela decía siempre que era un santo varón. De repente las moscas se pusieron muy doradas y me di cuenta que mi abuela iba a empezar a llorar. Mamá también se dio cuenta, porque me hizo una seña rara y dijo: “¿Por qué no les recitás la poesía de Artigas, Abelito? ¿Sabían que además de salir abanderado Abelito hizo una poesía que recitó en la fiesta de fin de año?”. Mis tías jóvenes contestaron Tomá y Mirá vos, pero Ángela (la esposa de Ismael) siguió envolviendo la morcilla y el pan casero que nos llevábamos siempre para casa. Entonces mi abuela se apantalló el sol que anunciaba la caída de la tarde y chistó con más fuerza que una cigarra y hasta Ismael dejó de hacer barullo.

Cuando me paro al lado de la mesa descubro que ya anduvo en danza la foto de mi comunión: la veo brillar sobre la falda de mamá (que está embarazada pero todavía tiene poca barriga) y odio mi jeta picuda retocada con carmín en el laboratorio. Y al empezar a recitar me interrumpe la voz grotescamente acaribeñada de mi padre, atravesando el alfombrado del pajarerío como un saxo tenor: *Tengo un corazón / mutilado de esperanza y de razón / tengo un corazón / que madruga donde quiera / ay ay ay ay ay ay.* Ismael se despertó con un manso sobresalto y mis tías dieron vuelta la cabeza, pero mamá se endureció y a mi abuela le chorrearon dos lagrimones. Yo corro hasta el molino de agua que hay al costado de la casa, guiado por la segunda estrofa de la bachata: *Y este corazón / se desnuda de impaciencia ante tu voz / pobre corazón / que no atrapa su cordura.*

Mi padre está sentado sobre la fuente rectangular de cemento, mirando firuletear los pescaditos rojos. Entonces lo abrazo desde atrás y lo escucho berrear el estribillo de la bachata más famosa del Papalote: *Quisiera ser un pez / para tocar mi nariz en tu pecera / y hacer burbujas de amor por donde quiera / ooooh / pasar la noche entera / mojado en ti. / Uuuun pez / para bordar de corales tu cintura / y hacer siluetas de amor bajo la luna / mojado en tiiii.* Y cuando lo suelto siento como si me hubiesen tatuado una rosa en la cara.

AL VOLVER a la casa nadie nos prestó atención, porque mi abuela había empezado con la cantinela: “Pensar que cuando nos mudamos al Paso Molino lloraba todo el día, también. Pero después que murió Antoñito y nació la Chela era tan lindo, aquello. Más

lindo que el campo”. La Chela es mamá. Y Antoñito un tío mío que se murió muy chico. Ahora nosotros vivimos desde hace casi un año en Punta Gorda, al otro lado del mapa.

“A mí qué me importa el mar” moquea mi abuela, vigilando imperceptiblemente los ojos de mis tías: “Es todo arena, aquello. Y el viento se te clava hasta en la rabadilla”. Yo miro las olas de sombra de los viñedos y siento que el domingo es más triste aquí que en casa. “Pero ahora tenés gallinas, vieja” dice mamá. “Sí. El gallinero quedó lindo” sonrío mi abuela, bajando la papada donde una raja de baba se abre paso entre pelos-espigas: “Pero nos mandamos mudar del Paso por el puterío y el conventillerío que había enfrente y fuimos a dar al lado de un tugurio donde los mamados se acuchillan igual que si abrieran chanchos”.

Entonces mi padre me prensó suavemente un hombro y me llevó hasta los viñedos y se sentó a fumar arriba de un tronco. “Ya se pueden distinguir los cambios de luz, Monaquito” me dijo. Pero como él me enseñó a estudiar la gradación del atardecer dándole la espalda al sol, yo miré el caserón y eructé una rasposa mezcla de pena y asco. “Mirá: ese es un sol color bilirrubina” dijo mi padre, rozándome un hombro.

MI ABUELA ya está arriba de la jardinera, sonriendo como un Buda. Acaba de robarle la felicidad a mamá y hasta a mis dos tías, que ni siquiera son felices. Tía Ángela nunca nos acompaña a esperar el tranvía. En el carro hay un lugarcito para mí, pero prefiero caminar con mi padre. La yegua se llama Rosalía y tengo esperanzas de ir cantando juntos un merengón, aunque él ya puso cara de miedo al cáncer: el martes le hacen análisis porque se pasó toda la semana escupiendo hasta el amanecer.

La ventaja que nos sacó la jardinera en el primer quilómetro fue disminuyendo enseguida, y cuando alguna de las mujeres daba vuelta la cara podíamos verla parpadear frente al sol anaranjado. Entonces pruebo a cantar un merengón del Papalote: *Yo fui tocando mil veces / ay Rosalía / pa' que me abrieras la puerta / pero tu amor enloquece / y a veces le da sordera*. Y mi padre retruca recién al rato: *Y fui a parar en un monte / allá por la serranía / y me vestí de naranjo / al no tener compañía / las flores me acompañaban / los grillo' y los manantiales / por más que busco no encuentro / tu boca en los matorrales*.

La jardinera desapareció tras el filo del repecho, y el camino y los viñedos empezaron a resplandecer como bajo una lava de geranios. Y terminamos dándonos vuelta juntos para buscar a Venus y berrear: *Y así me paso la vida / como lucero en ventana / quisiera yo ser la colcha, oye / para alumbrarte la cama*.

El Día de los Muertos habían asesinado al Papalote en el boliche de al lado de casa. Y al otro día se habían llevado a Ma-Sa del barrio. Hoy es la primera vez que vuelvo a escuchar cantar a mi padre. Ahora llegamos al final del repecho, y las sombras se nos

empiezan a encoger y a azular bajo la flotación rojiza que todavía remolinea sobre las huellas de la yegua y el carro. Mi padre se entepara a prender un cigarrillo y alza un perfil transfigurado por una dura mansedumbre. Cuando desembocamos en la chatura del tramo que entronca con Simón Martínez, la jardinera parece haber perdido más terreno. Y mi padre murmura: *Por el camino violeta / va la pastora dejando / su alma en lágrimas lilas*. Y a los pocos pasos canta, con una media voz de terciopelo: *Ojalá que llueva café en el campo / pa' que en el conuco no se sufra tanto / pa' que t'os los niños canten el campo / ojalá que llueva café*.

Entonces empecé a correr. Fue como si hubiese descubierto de golpe qué era lo que pesaba tanto en aquel carro. La única que me oyó fue mamá. “Abelito” chilló: “¿Qué te duele?”. Y yo apenas le contesto con una sonrisa y me trepo a mi lugar antes que Ismael tenga tiempo de despabilarse y frenar a Rosalía. No hablo ni miro a nadie.

Ya había muchas estrellas, desparramadas a lo largo del lomo tormentoso que llegaba del norte. Cuando cerré los ojos seguí viéndolas, mientras dejaba que el duende de Yemanjá del mar Dulce -como rebautizó el Papalote a María Sara- apoyara su tristeza sobre mi hombro derecho. Y ahí se empezó a escuchar el merengón, alcanzándonos con la velocidad del poniente: *Oye me dio una fiebre el otro día / por culpa de tu amor, cristiana / que fui a parar a enfermería / sin yo tener seguro'e cama*.

El duende de Ma-Sa se despierta y pestaña, y yo entorno los ojos y coreo mentalmente la segunda estrofa: *Y me inyectaron suero de colores / y me sacaron la radiografía / y me diagnosticaron mal de amores / al ver mi corazón cómo latía*. Todavía no hay nadie que se dé vuelta, pero la Polola larga una risita y mi otra tía marca el ritmo con los pies. Hasta que el merengón chispea sobre nosotros: *Y me trataron hasta el alma / con rayos x y cirugía / y es que la ciencia no funciona / sólo tus besos, vida mía. / Ay negra mira búscame un catéter / inyéctame tu amor como insulina / y dame vitamina de cariño / que me ha subido la bilirrubina*. Y yo coreo en voz alta, junto con los dos cantores que ahora berrean a cada lado de la jardinera: *Me sube la bilirrubina / cuando te miro y no me miras / y no lo quita la aspirina / ni un suero con penicilina / es un amor que contamina / me sube la bilirrubina*.

De golpe Ismael largó una carcajada y todos se dieron vuelta a mirar a mi padre. Pero Ma-Sa y yo torcimos la cabeza hacia el otro costado de la jardinera para ver la silueta del Papalote: la guayabera el rostro el panamá y la rosa que le colgaba de la oreja parecían de oro puro, igual que el perrazo que lo acompañaba. Y cuando él levantó dulcemente a Yemanjá y se la encabalgó sobre los hombros para llevársela a través de los viñedos se oyó un trueno rocoso. Y Rosalía empezó a trotar y mi padre se encaramó en el estribo y siguió aullando: *Ay negra mírame búscame un catéter / inyéctame tu amor como insulina / vestido tengo el rostro de amarillo / y me ha subido la bilirrubina*.

Al bajarnos en Simón Martínez todo el mundo lloraba de la risa, y mi padre pareció pedirme con los ojos que no hablara con nadie de aquel milagro. Y muy poco rato

después -mientras esperábamos el tranvía de la Barra- se comió toda la morcilla y el pan casero, él solo.

## **DOS: LA FIRMEZA**

MARÍA SARA y el Papalote aparecieron en el barrio el primer viernes de setiembre. Mamá y yo llegamos del Señor de la Paciencia a las ocho y pico, porque el 203 se rompió en Villa Dolores y hubo que hacer trasbordo.

”Se ve que aquí llovió” dice ella, al atravesar el mortecino resplandor del boliche espejado en la calle. Una pasmosa luna dorada emerge entre los cipreses del jardín de los Torres-García: el caserón se perfila recostado sobre la otra calle y observo la oscuridad desértica del baldío de la esquina y pienso que mañana voy a jugar a Shane. “Espero que tu padre haya hecho de comer” jadea entonces mamá: “Porque la vieja anda con las piernas a la miseria”.

Algunos viernes ella me esperaba a la salida de la escuela y nos íbamos al centro en el 104, que pasaba por la rambla y era mucho más rápido que el maldito 203. Entonces -antes o después de las compras- bajábamos inexorablemente al Señor de la Paciencia, un santuario construido en las catacumbas de una iglesia de la Ciudad Vieja.

Mamá es una prolija devota de vírgenes y santos protegidos con barandillas y brumosamente transfigurados por velas, focos sucios y vitrales sin sol. Yo dejo de existir durante media hora al lado de su felinidad todavía juvenil a los treinta y cinco años: ella no actúa ni para mí ni para nadie cuando amansa los ojos y ruega silenciosamente por la felicidad de su madre y su hijo. (Para el resto de la familia sólo pide salud, estoy seguro.) Después se hincan en una esquina del altar mayor, se persigna tres veces -frente, boca y pecho- y salimos eludiendo mendigos y mujeres traposas que avanzan arrodilladas. Pero yo me detengo un momento junto a la gran columna donde la gente garabatea mensajes y leo: *Gracias Señor por vivir en su cara*.

Y al salir y recibir un refuerzo especial de jamón y queso y una Coca-Cola de premio por haber sufrido sin joder, pregunto por qué las estrellitas que se le aparecen a mi padre cuando mira el cielo de día pueden ser un síntoma de cáncer al pulmón. Y mamá alza una ceja un hombro y la comisura de una mueca sonriente: “Yo qué sé, mijo. ¿No viste que estos días anda loco, otra vez?”.

La fachada sin ventanas del boliche ocultó la ascensión lunar sobre el jardín de los Torres-García, y una acacia estremecida nos goteó en la cabeza. “Fijate si tu abuelo está allí, todavía” ordenó mamá: “Y hacele señas de que venga a comer”. Me acerco a *El reenganche* con pereza. “¿Y?” gritó ella, sin soltar el portón de casa. Pero yo sólo atino

a correr. Deslumbrado. Porque al frotar el brillo brumoso con que la noche había ido construyendo un trasluz de pecera para los bebedores, vi reírse a mi abuelo. Los responsables eran un negro y un perro. O un negrazo y un perrazo. Mi abuelo ni los mira. El animal color arena le apoya un ojo medio tuerto sobre la zapatilla. Tiene una rosa roja en la boca. El hombre -de motas ya cenicientas- habla como cantando: usa una guayabera raída y parece morder el aire con la gran dentadura intacta, mientras le acaricia el lomo a un panamá que ilumina la mesa. Sobre el sombrero empenachado por otra rosa se recortan los vasos de caña.

Lo cierto es que tuve que volver corriendo a llamar a mi abuelo, y él demora en salir no exactamente tambaleándose sino en un dulce estado sobrevolador que yo nunca le había conocido -ni volví a conocerla hasta que la arterioesclerosis lo sedó como un halo de Saturno. “Se habrán emborrachado con ese negro que anduvo macaqueando frente a lo del Chueco” rezongó mi abuela. Y mi padre contó otra vez la escena.

Entonces observo cómo mi abuelo deja de masticar y se apoya en el trapo-servilleta y hasta eructa sonriendo antes de agregar, al final del relato: “El Papalote también fue albañil”. “¿Qué?” le gritó mi abuela. “Que fue albañil” repitió el viejo, calmo. “¿Quién?” insistió mamá. Y el viejo se arrasó la sonrisa con el trapo y recobró su hermética soledad aguileña. “El Papalote” roncó: “Ese negro que estaban nombrando, carajo. Papalote quiere decir barrilete, en el Caribe”. “¿Y el perro?” le pregunto: “¿Sabés cómo se llama?”. Y él se limpia los dientes con la lengua para poder ofrecerme el resplandor final de su dulzura. “A veces lo llaman Lobo” dice: “Y a veces Chuparrosas”.

Mi padre mamá y yo nos miramos a punto de largar la risa, pero la vieja se rascó el batón hediondo a la altura de la cadera y jadeó: “Chela, ¿no lavás la cocina y me hacés un masaje? Te juro que esta tarde me dio un calambre que casi me desmayo. Hay que joderse con la humedad del mar”. Mamá se frotó los ojos y prendió la radio, mientras mi abuelo sacaba las hojillas y el tabaco Puerto Rico. “Monaquito” me dijo mi padre: “Hoy compré una sinfonía que te va a hacer soñar con Shane. Vení. Te invito al escritorio”.

El escritorio de mi padre es un minúsculo galpón para los cachivaches recién reacondicionado. Está fuera de la casa, al final de un largo patio lateral emparrado que linda con el boliche. Sobre la única pared libre de bibliotecas cuelgan un Cristo que yo pinté a los cuatro años y una maternidad de Gurvich. Parece que mamá y mi abuela se rieron tanto de las gigantescas tetas y el rostro casi cuadrado de la supuesta amamantadora judía, que mi padre lo trasladó directamente de su altillo del Paso Molino a su actual sucucho detectivesco. Allí se encierra a escuchar música -o fútbol básquetbol y ciclismo- en una Philco gótica o en el flamante tocadiscos, mientras sueña las tramas de una saga policial para la que viene amontonando apuntes desde que me conozco. O jugamos al ajedrez, reproducimos partidas entre maestros y nos quedamos analizando problemas hasta la madrugada. O él devora cualquier clase de libro y después que yo termino los deberes me relee partes de Herrera y Reissig Nicolás Guillén Lorca o las primeras novelas de Chandler.

El acontecimiento misteriosamente elegido para festejar la aparición de María Sara y el Papalote fue el estreno de la *Sinfonía del Nuevo Mundo*. Mi padre colocó el disco en la bandeja y me alcanzó el sobre con la versión recomendada por Salsamendi. Había una especie de pequeñísimo villorrio faulkneriano, como ilustración de tapa. “¿Ves?” indicó saboreando el comienzo de la felicidad: “Ahora cerrá los ojos y cuando empiece la sinfonía tratá de ver a Shane y después a Jack Palance masticando tabaco y poniéndose el guante de pistolero. ¿Pronto?”. Hice señas de que sí. Mi padre había ubicado su mesa de trabajo en el centro del galponcito y si quería estar cómodo no tenía más remedio que acomodar las piernas estiradas sobre el papelerío. Ahora me lo imagino alargando apenas un brazo y oigo el clic del automático y la caída del disco. Entonces el adagio me sumerge irreversiblemente en un chaparrón donde sopla un desmelenamiento de glicinas.

Mi padre llega del trabajo en el ómnibus y cruza Grito de Gloria a la carrera (tapándose la cabeza con *Marcha* y escondiendo el long-play nuevo como si fuera un chaleco antibalas) y se queda estaqueado frente a las tres siluetas que parecen entelarañadas por la lluvia. Así lo contó él. La infanta está parada de espaldas a la casilla, observando el Plymouth último modelo del que acaba de bajarse corriendo: el pelo rojo y el vestido más rojo y la rara piel canela hacen que su tristeza rebrille hasta el desfloramiento. Y contaba mi padre que el negro y el perro (que subían de la playa disfrutando aquel primer paseo como si hubiera un cielo despejado) terminaron de aproximarse a la criatura y el hombre empalmó una rosa que llevaba en la oreja y se la fue apoyando suavemente a lo largo de la achocolatada cara caballuna. Y cuando el Papalote terminó la pantomima aleccionadora hizo una especie de seña-reverencia y María Sara entendió que debía recoger la flor que el Lobo (o el Chuparrosas) llevaba entre los dientes para secarse el llanto. La infanta apenas tuvo tiempo de hacerlo, porque el Chueco bajó del Plymouth en las mismísimas ancas del diablo y la arrastró de un brazo hacia la casilla mientras el negro se acomodaba el sombrero chorreante y observaba al japonés que hacía arrancar el coche.

“¿Y?” pregunta mi padre, al consumarse la irrupción del Nuevo Mundo: “¿Te dormiste?”. “No” confieso saltando: “Pero no vi a Shane”. Entonces él me frota la cabeza y consulta la hora, largando un chiflido: “Pa. A dormir, Monaquito. Mañana tenés catequesis y fútbol”. “No” lo corrijo: “Catequesis y Shane. El Chueco nos avisó que el partido quedaba para el domingo. ¿Es verdad que era un crack, el Chueco?”. “Sí. Fue suplente en Maracaná” contestó mi padre, mientras cruzábamos los charcos nacarados del patio: “Aparte de timbear debe ser lo único que sabe hacer como la gente. Todavía podría estar en actividad sin el menor problema, pero le gusta demasiado la joda”. No pregunté qué era la joda. “Él dice que hace las mejores pandorgas del mundo, también” me atreví a retrucar. “Eso vamos a saberlo recién dentro de un par de semanas” alza las cejas mi padre, abriendo la puerta de la cocina. “Mirá. Tu abuelo se durmió oyendo la radio”.

En la radio ya no hay nada y el viejo ronca acodado sobre la mesa, con la infaltable boina entre las manos roídas por el porlan. Mi padre -que mide 1.55 y se arquea como

una ardilla cuando está a punto de ejercer su traviesa ternura- le palmea un hombro y dice: “Pida el último deseo, camarada. Y marche. Que la vieja lo está esperando con el garrote vil”. Mi abuelo -que mide 1.75 y conserva un corpachón de maniquí de tienda-putea y se lo saca de arriba igual que a un insecto. (Pero es igual que al mundo.) Tengo miedo que se arme lío y agarro a mi padre del pulóver. “A dormir” dice él, confiadamente calmo: “A dormir todo el mundo”. Entonces el viejo se levanta enfundado en su eterna leñadora y alza un brazo cansino, en son de paz. No tiene mal olor. Mi padre apagó la radio y prendió un Richmond sin dejar de mirarlo arrastrar las zapatillas hacia el cuarto donde la vieja debe estar esperándolo con los ojos ensangrentados. (Mamá también lloraba a esa hora.) Después de aquella noche el viejo no volvió a pisar *El reenganche*.

“Oí” dije de repente, señalando hacia el gallinero: “Eso que parece un grillo pero suena más corto. ¿Escuchás?”. “Sí. Suena como una hamaca” se sorprendió mi padre: “El Chueco se la debe haber colgado a la hija”. Y aplasta el cigarrillo y me empuja con suavidad hacia la puerta del patio más chico. La sombra de la casa cae diagonalmente sobre el gallinero y la noche huele más a glicinas que a caca blanca. No entramos en la luz. Enseguida la hamaca sobrepasa la cerca lindera y María Sara asciende como un tremolar de oro rojo: su rostro se apoya un momento en los racimos de flores titilantes y yo me acuerdo -sin saber por qué- del Señor de la Paciencia.

“LAS SEMANAS que me pasé recorriendo de arriba abajo esta bendita calle” me cuenta mamá por millonésima vez, cuando empezamos a repechar Diecinueve de Abril: “Al final yo quería que hicieras una fuercita y nacieras en esa fecha, para que también fuera fiesta patria por vos. Y cumpliste”. Nunca le pregunté si en realidad ella quería que yo naciera de una vez por todas o que me demorara hasta la fiesta patria. Lo que sé es que nací con muchos días de atraso.

Para llegar a la iglesia de las Carmelitas teníamos que tomar dos ómnibus y caminar una punta de cuadras, todos los santos sábados. Yo sudaba pensando que los otros chiquilines del catecismo me iban a agarrar para la joda porque no era del barrio. Pero mamá se casó allí y mi padre no se opuso a que yo hiciera la primera comunión allí.

Lo único que me llamó la atención en meses y meses de catecismo fue la frase del Credo que habla de la resurrección de la carne. Todo lo demás se me volvió un castigo soporífero. Mamá se iba caminando a visitar a los viejos amigos del Paso y volvía a buscarme remozada, pero aquella mañana trajo una densidad diferente en los ojos: la espesura oro-miel revela que anduvo de compras por Belvedere, donde conoció a mi padre a los catorce años. Y cuando saca de la cartera un lujoso misal que nos debe haber costado un semestre de ahorros, festejo la irisación de aquel nácar al sol como si allí pudiese palpase el amor todavía intacto.

Ahora llegamos andando muy rápido hasta el comienzo de Valentín Gómez y nos entreparamos en el baldío donde mi abuelo hacía los asados y ella confiesa, observando

el caserón que alquilaron al casarse: “Para decirte la verdad a mí nunca me gustó mucho aquí. Lindo era en Agraciada. ¿Vos sabías que cuando apareciste ya estábamos a punto de adoptar una nena? Demoré dos años en quedar embarazada. Y unos meses antes nos ofrecieron adoptar una criatura preciosa y la trajeron a casa y todo. ¿Sabés a quién era igualita la nena? A la hija del Chueco: hoy la vi en la vereda”.

Apenas empezaron mamá se cruzó con una amiga y yo me zafé y corrí a pararme frente al balcón del comedor donde mi padre hacía los pesebres. Ahora me acuerdo de mi padre y mi abuelo sacando los muebles a la hora de la siesta, con un calor del diablo. Después cargaban pequeñas rocas y pilones de arena desde el Prado, y mi padre se metía a trabajar en el pesebre toda la Tardebuena. A veces lo ayudaba Collell, que venía mucho de visita y me enseñaba a pintar al óleo en el altillo. Pero se quedaba un rato, nomás. Y yo seguía parado en el zaguán viendo cómo aquel filo de sol que derramaba por la celosía entornada se iba corriendo hasta tocarme los pies. Mi padre suda y resopla arrodillado y gateando, y cada tanto se para a cebar un mate y estudia el resplandor épico que cubre casi todo el piso. Mi abuela le trae budín inglés. Mamá le alcanza la Philco y observa un rato la penumbrosa peregrinación de figuras de yeso. Cuando volvemos a quedar solos mi padre busca el Sodre y escuchamos un concierto del Monaco Rosso. Así me lo anuncia él, por lo menos. “¿Sería pariente nuestro?” pregunto. Y lo oigo carcajear y mientras va acercándose veo cómo su pequeño pecho desnudo chorrea una diagonal casi fluorescente. Entonces prende un Richmond y se agacha frente a mí, sin apagar el encendedor. “El Monaco Rosso era el sobrenombre de Antonio Vivaldi, un compositor italiano” me explica: “Y el tuyo va a ser Monaquito, desde hoy en adelante. ¿Okey?”. Yo contesté que Okey, aunque no se me ocurrió averiguar cuál era el significado de aquel sobrenombre. (Con el tiempo aprendí que en el lenguaje de las trincheras quería decir Poeta. Y que fui armado Poeta por mi padre en aquel caserón donde él peleaba todas las Tardebuenas por sosegar la belleza del mundo.)

Pero es recién después de la cena que abrimos los postigos y prendemos la araña del comedor. Para tocar la calle. Y los vecinos se van juntando y se quedan con la sonrisa puesta en el balcón y ninguno vuelve enseguida a su casa: brindan y oyen de veras las historias ajenas, como si se quisiesen. La estrella de Belén -hecha con papel de plata-cuelga sobre la cordillera que resguarda a Jesús. Y en una de las cumbres mi padre posó un pequeño ciervo blanco de plástico, insignificante y absurdo entre todo aquel despliegue. Casi nadie lo mira, pero el ciervito sobrevuela el tumulto arenoso rumbo a la Anunciación.

Mamá me agarró del brazo y empezamos a caminar de apuro para ir a tomar el ómnibus. Mientras esperábamos el 128 en la esquina de Valentín Gómez y Agraciada levanté la mirada hacia la altísima palmera que había en la esquina de enfrente y recordé a mi padre, cuando volvía de ver a Liverpool los domingos muy nublados. Yo salía corriendo a abrazarlo y preguntaba: “¿Ganamos?”. Y él ponía aquella cara de hombre que vuelve de un lugar donde acaban de prohibirle otro trago de felicidad y sentenciaba, manso: “Hay que saber perder, Monaquito”.

El 128 se detiene un momento frente a Casa Soler. “¿Sabés que acá todavía hay empleados que me pregunta por vos?” dice mamá, implacablemente memoriosa: “¿Vos sabés el revuelo que armabas acá en Casa Soler cuando tenías dos años? Te ponías a correr por los mostradores y hablabas con todo el mundo igual que una persona mayor. Te sabías los colores de las camisetas de todos los clubes. Y recitabas *El osito rezongón* y te aplaudían como si fueras Berta Singerman. ¿Te acordás?”. Digo que más o menos, y me acaricio una cicatriz que llevo tatuada en el antebrazo izquierdo.

Mi tío Jorge -el cura- ya se había ido a vivir a Maldonado, y la primera vez que vino de visita hicimos un asado con parrillada. A mí me dio una pataleta peor que las de siempre, porque apenas entró le pedí que subiera al altillo a ver el Cristo recién pintado. “Ahora no” dijo mamá: “Recitale *El osito rezongón* y corré a avisarle a tu padre y a Tata que apuren las achuras”. Mi tío me hizo una guiñada, pero yo empecé a dar patadas como un bailarín de flamenco en cámara rápida. “El Osito no” gritaba: “El Cristo”. Y me fui aullando hasta el baldío de la esquina y jamás supe en qué momento me corté el brazo con una lata ferrugienta.

Ahora estamos en el altillo. Tío Jorge me desinfectó y me vendó muy rápido, y no puedo imaginarme cómo hizo para conseguir que almorzáramos en paz. “Flor de sota la vieja” dice mi padre, prendiendo la radio: “Le dio un patatús nervioso después que se comió media vaca”. Jorge le contesta con otras de sus guiñadas azules que llevan una sonrisa anchísima -y de labios cerrados- debajo. Mamá se quedó frotando a la vieja con agua colonia, y mi abuelo tuvo que dormir la siesta en un sillón. “Con vos después hablamos, Monaquito” me mira fijo mi padre: “Ya prometí que cuando te dé la próxima rabieta te voy a sacar una foto. Así aprendés a verte, por lo menos”. “Sí. Y que aprenda de Van Gogh, también” agrega mi tío: “Que era rabioso pero no mascaba vidrio. Cuando no le dejaban mostrar los cuadros se cortaba la oreja y se la vendía al de la parrillada de la esquina. Pero un brazo nunca, che. Con permiso”. Y se arremangó la sotana y se inclinó brevemente frente al Cristo que todavía estaba en el caballete. “Este es el único comentario que puedo hacer del cuadro” dijo. Y se persignó.

Aquella tarde le regaló a mi padre la pipa que mi legendario tío-abuelo Lucas compró en Cogolin, y el altillo se oscureció aterciopeladamente mientras escuchábamos -con el Sodore de fondo- las historias de amor y de heroísmo recogidas por Jorge en Maldonado. Sé que en algún momento me dormí y soñé que me habían clavado un brazo contra un mostrador y que mi abuelo ponía un ciervito blanco en la parrilla. Y lloraba.

El 128 rodea el Palacio Legislativo y me vuelvo a acordar del Cristo y de golpe me doy cuenta que ya no sé pintar. Ni siquiera me salen bien los dibujos en la escuela, ahora. Y le digo a mamá: “¿Sabés que escribí un poema sobre Artigas y le pedí a la maestra para recitarlo en la fiesta de fin de año?”. “Cuidado” se frunce ella: “No vayas a quedarte sin ser abanderado por eso”. Y entonces siento que odio más a la bandera uruguaya que a la Casa Soler. Y pienso que cuando haga la comunión no me voy a animar a contar ese pecado.

En casa estaban esperándonos con el puchero pronto. Al pasar por la vereda recién baldeada del boliche no notamos nada demasiado raro, pero alcanzó con encontrar a mi padre y a mi abuelo tomando vino antes de almorzar para que mamá contrabandeara una seña bonachonamente escandalizada hacia la vieja. Ella (la vieja) está recostada sobre el fogón de la cocina y entreabre una sonrisa donde se transparenta su remota hermosura. “¿Querés un vermucito, Chela?” pregunta. Y es evidente que ya se tomó uno. “Sí” suspira mamá sacando el misal de la cartera: “Vamos a festejar algo, por lo menos”. Y recién cuando empezamos a devorar el puchero mi padre se decide a contar el escándalo.

“Mirá: cuando yo me bajé del ómnibus y vi a la vieja (recostada en el portón) y al viejo (sentado en la vereda) prestándole tanta atención al gentío del boliche, ya me olió muy raro. Porque vos los veías de lejos y les notabas la oreja parada, te juro”. Mi abuela largó una risita y mi abuelo utilizó un pedazo de pan para secarse la boca, y después le quedaron los dientes muy brillantes.

El Papalote está sentado sobre un tronco con las piernas exageradamente abiertas, bajo una acacia blanca apenas florecida. Mi padre recién puede distinguirlos al cruzar la calle y atravesar el círculo de borrachos, y casi inmediatamente resuelve entrar a pedir una copa al mostrador de *El reenganche*. “Porque cuando el Papalote empezó a cantar el bolero de la pecera sentí que me acuchillaban” contó (y mi abuela largó otra risa algo babeante): “Y mirá que según los viejos ya lo había cantado dos o tres veces antes que yo llegara. Era una revolución, aquello. Una especie de bolero-chachachá surrealista cantado a lo Rolando Laserie pero con un ángel del carajo. Y el ritmo lo hacía cacheteando el tronco pelado, nomás. Se mandaba unos redobles de bongó que nadie podía creer”.

“Y contales lo lindo que canta el Chuparrosas” dice mi abuela, atorándose. Mamá le golpea la espalda (ya media tentada ella también) y mi padre las mide con piadosa paciencia. “Bueno. Pero seguí de una vez, hombre. Das más vueltas que Ciocca” rezonga mi abuelo. Entonces nos enteramos que el Lobo (o Chuparrosas) alzaba la larga cabeza amarilla muy de cuando en cuando para aullar como llamando a alguien. Hasta que María Sara sale de la casilla y cruza por la vereda frente a mis abuelos y se filtra entre los borrachos sin que nadie le preste atención. Y da un último paso -erguida, rígida y lenta- para ofrecerle al Papalote un rostro pintarrajeado como el de una rubia de Hollywood.

La vieja seguía hundida en su reblandecimiento y ya no escuchaba nada, pero mamá me acarició la cabeza y preguntó: “Y después”. Después el negro terminó el bolero y tuvo tiempo de sacarse la rosa de la oreja y frotarle el maquillaje a la infanta. “Y allí fue que empezaron a lloverles los tomatazos” contó mi padre: “Al Papalote y al perro, porque la chiquilina se hizo humo enseguida. Podría apostar un diez contra un pucho a que el primero que se los zampó fue el Chueco. Y como había tres cajones llenos en el puesto imaginate el despelote que se armó. El gordo salió corriendo desesperado de atrás del mostrador y entre los dos frenamos algo la cosa, pero el que provocó la estampida general fue el Lobo. Tendrías que haberle visto los colmillos. Virgen Santa”.

“Coño” ronca mi abuelo, yéndose a sestar con el conmovedor equilibrio de un velero. Mi padre prende un Richmond y espera que se le termine el último ataque de risa a la vieja. “Y al final” suspira mamá, contemplando la grasa de los platos. Al final el Papalote recogió la flor-hueso y se la puso en la boca al animal totalmente entomatado (era como si estuvieran chorreando sangre y tripas, los dos) y bajaron a la playa sin gruñir ni quejarse.

“Abelito” pide la vieja de repente: “¿No me acompañas hasta el gallinero?”. Y tengo que ayudar a mamá a levantar y remolcar la tonelada de hedor. Mi padre se va a su escritorio, prendiendo otro Richmond por el camino. Cuando nos frenamos en el umbral de la puerta la vieja clava los ojos levemente achinados en la mierda multicolor de las gallinas y murmura: “Hoy me volví a acordar del arco iris en el campo”.

DE TARDE me obligaron a dormir la siesta y después jugamos un rato a Shane con los chiquilines, en un baldío que tenía islotes de aromos y médanos altos. Ahora estoy solo, sentado en el escalón del portón de casa. Mamá dice que papá salió a dar una vuelta por la rambla y eso me da miedo, porque es al mirar el horizonte que ve las estrellitas. María Sara sigue encerrada en la casilla y el boliche demorar en abrir. Hasta que veo subir a mi padre de la playa -con los lentes negros y la pipa colgante metronomizándole el Allegro del paso- y corro a recibirlo. En situaciones como aquellas dejábamos de llamarnos ipso facto José Ángel y Abel Rosso, o Pepe y Monaquito.

“Isabelino Pena” lo saludo, entre una salva de signos de admiración: “Qué alegría que es tenerlo otra vez en Laurel Canyon”. Y él se saca la pipa apagada de entre los dientes ya irreversiblemente manchados por el mate y la nicotina, y me retribuye: “Petiso Katz. Me hacían más falta tus dribblings que el bourbon. Palabra”. Después entramos al escritorio-oficina por el patio del costado, y mi padre puso un disco de los Lecuona y dijo: “Isabelino Pena nunca falla, nene. Me fui a los ranchos de los pescadores y encontré a Cherro despierto. A Cherro y al Lobo. Y ya tenemos unos cuantos datos sobre el Papalote. ¿Okey?”. Yo me puse secretamente contento, porque sentí que ya se le había ido el miedo al cáncer al pulmón.

Y me entero que Cherro conoció al Papalote pescando en la Paloma, y que el verdadero nombre del negro es Juan Guerra. “Parece que el sobrenombre se lo ganó haciendo los mejores barriletes de todos los pueblos donde fue a dar” dice mi padre, sirviéndose una ginebra: “Y además de pescador es albañil (como contó tu abuelo), lobero y payador. De los buenos, según Cherro”. Después de oír la explicación correspondiente a los dos últimos oficios me acuerdo de lo que contó mi abuelo y pregunto si el Papalote habrá vivido en los mismos pueblos por donde anduvo el Corsario Negro. Mi padre larga una risa humosa. “No” dice con los ojos entornados hacia la incandescencia de una hoja del gomero que invade el tragaluz: “Parece que este paladín nunca salió del Este uruguayo, Monaquito. El yeito caribeño le viene de familia. Aunque eso hay que averiguarlo

mejor. Tenemos que seguir en danza esta misma noche, si es posible”. Y liquida la ginebra y me cuenta la llegada del Papalote a la Playa de los Ingleses.

Cherro había estado soñando con el negro durante semanas: lo veía a toda hora, dormido o despierto. Y cuando se emborrachaba podía escuchar pedazos de las bachatas y los merengones que un tío del Papalote (que también se llamaba Juan Guerra, pero era blanco) compuso *dentro de muchos años*. Así dijo mi padre. “¿Cómo *dentro de muchos años*?” pregunto. Y él vuelve a llenar la pipa y sonríe: “Eso fue exactamente lo que yo pregunté. Pero Cherro me retrucó muy serio que *cualquier cosa aparte* que quisiera saber lo averiguara por mi cuenta”. Y le siguió contando que el viernes se levantó muy loco porque había soñado que el Papalote andaba *con el mundo cargado en la espalda*. Así dijo. Y que esa misma tarde estaba sentado en las rocas esperando que reventara la tormenta y los vio: al Papalote y al Lobo. “Cherro asegura que el negro no puede tener más de sesenta años” vuelve a entornar los ojos mi padre: “Y que siempre fue un toro. Pero que daba lástima ver lo encorvado que caminaba. Cargando una mochila muy chica, además”. Entonces salió corriendo a recibirlos y el negro apenas lo reconoció. Se dejó llevar hasta los ranchos y se despatarró boca arriba entre las chalanas. *Lobo*, gimió cuando las primeras gotas le platearon la cara: *Avisales a los muchachos de La Paloma que me escapé a la otra vida porque el mundo me acabó de joder*.

“¿Y se habrán venido caminando desde La Paloma?” interrumpo, enfervorizado. “Es lo más probable” cabecea mi padre, y me apunta con el cigarrillo empenachado por una humareda rojiza: “Pero escuchá, escuchá. ¿Saben lo que hizo el perro? Le pegó un lengüetazo en la bragueta. Y se puso a gruñir”. Yo me río, pero él termina la segunda ginebra de un saque y agrega: “Entonces el negro cerró los ojos por un rato largo y de repente se sentó”. Cherro, pidió: *¿No me alcanzás una de las guayaberas que tengo en la mochila?* Y el otro se agarró la cabeza y protestó: *¿Adónde querés ir? No me digas que ya te enamoraste. ¿Recién te estabas muriendo y ahora vas a salir a loquear abajo de esta lluvia?*

Mi padre compró un porrón de ginebra en *El reenganche* y arrancamos para la playa, sin explicarle a nadie adónde íbamos. María Sara sigue encerrada en la casilla. Y yo me animo a preguntar, por fin: “¿Pero de quién se enamoró, el Papalote?”. “De quién. De qué” alza los hombros mi padre: “¿Eso qué nos importa?”. Y al llegar a la esquina se frena y se agacha, para agarrarme un hombro. “Tengo que ponerlo al tanto de toda la verdad, compañero” se decide a confesar: “Cherro también me dijo que él se dio cuenta perfectamente de que el negro había *olfateado algún quilombo*. Un quilombo es lo que te expliqué el otro día, ¿te acordás? Aunque parece que lo que siempre le gustó más al Papalote fue *cantarle* a las putas. *Se pone enamorado y le canta a las putas*. Así me dijo Cherro”. Y cuando estoy por preguntar si en Punta Gorda hay algún quilombo sonrío, paralizado: coronando el repecho de Palmas y Ombúes -a la altura del Club Marítimo- acaban de aparecer el negro y el perro.

Los señalo, y mi padre se incorpora de un salto y empezamos a caminar hacia ellos. Ellos casi no avanzan. El Papalote es mucho más alto y atlético de lo que pude imaginarme, aunque grotescamente patizambo. Anda descalzo, y el pantalón la

guayabera y el panamá refulgen impolutamente sobre su delgadez. El perrazo me parece mucho más viejo y golpeado que anoche, en cambio. "Hoy consiguieron rosas amarillas" murmura mi padre. Y a los pocos pasos declama, prestidigitando una reverencia: "Perdón, caballero. Mi nombre es Pepe Rosso, aunque puede llamarme Isabelino. Y este es mi hijo, Monaquito. Hoy lo escuché cantar y quisiera tener el honor de presentarlo en la casa de una dama que sabe apreciar la música del corazón". El negro enfoca el porrón de ginebra con una mirada verdemar satinadamente miope, y retruca enseguida: "*Yo soy un hombre descalzo / que vino por el desierto: / algunos me llaman poeta / y otros me llaman mamerto*".

"Bueno: a mí me apúnteme en el cuadro de los que llaman Poeta" elige eléctricamente mi padre, después de que intercambiamos una carcajadita: "Aunque lo enamorado no quita lo mareado, que yo sepa. Por aquí, caballeros". Y señala el baldío ensombrecido por macizos de aromos que se extiende entre Palmas y Ombúes y Caramurú. "Adónde vamos" le pregunto en secreto, y él me desliza una seña tranquilizadora. El Papalote y el Lobo olían más a ajo y a mar revuelto que a rosas, detrás nuestro. A mí me daba pena escucharlos jadear. Cuando desembocamos en Caramurú se prendieron los faroles, y el negro levantó su apacibilidad de caballo hacia la limpidez lechosa por donde emergería la luna: "*El de la triste figura / tiene de nuevo aventura. / ¿Qué se hizo su locura?*" payó. Mi padre no pudo disimular su asombro y sólo atinó a mirar al Lobo.

El caserón de los Torres García se recorta sobre un compacto raso turquesa. El tejado español y los dos pisos revestidos de ladrillo de campo forman una mole uniforme junto con la sombra crespada de los cipreses. Pero después de hacer sonar la campana con nuestro clásico 1 / 4 / 2, un ventanal enrejado por una estructura constructiva se refleja áureamente sobre el jardín. Mi padre me hace otra guiñada y espera a que se encienda el ventanuco también enrejado (y decorado) de la puerta, para sacar los Richmond.

Cuando la viuda de Torres García apareció sonriendo en el umbral y dijo que ya estaba pensando que se iba a quedar sin visitas, supe que Isabelino pena se había movido muy rápido aquella tarde. Aunque tuve miedo de que a Manolita no le gustaran las canciones del Papalote. (¿O habré tenido miedo de que no me gustaran a mí?) El caserón constructivo era una especie de territorio ingrátido donde me recuerdo flotando igual que los astronautas que veríamos pisar la luna catorce años después. Mi padre prende un cigarrillo recién al instalarnos en el salón adornado por muebles caseros pintados con colores puros, a excepción de un piano y un sofá donde la viuda obliga a acomodarse al invitado de honor. El perro parece observar emocionadamente el último autorretrato de Torres García, echado sobre la alfombra púrpura y sin soltar la flor-hueso. "Voy a traer el café y unas copas para ustedes" anuncia la mujer de setenta y tres años (diminuta gibosa ágil pero por sobre todo impasiblemente invencible) y apenas abandona el salón el Papalote se levanta para estaquearse frente al cuadro que había encandilado al Lobo. Nos miramos con mi padre.

En el momento en que Manolita volvió a de la cocina el Papalote murmuró: "*Caballero, caballero / el de la triste figura: / ¿quién ardió en tu noche oscura?*". Entonces Manolita depositó la bandeja, y la tercera orilla de su boca tintineó dulcemente antes de

contestarle: “*Vuélvete paloma*”. Y el negro caminó hasta la zona penumbrosa que quedaba entre el piano y el ventanal del fondo, se encabalgó sobre un banco de flancos enterizos y separó las piernas como para empezar a tamborilear. Aunque sólo recitó: “*Yo volví para pelear / a la sombra’e la tristeza / de la Señora del Mar / pero me hundí en su belleza*”. Mi padre aplaude, sirve dos ginebras y le hace una breve seña a la viuda. Ella suelta otra vez el doble tañido de su risita mientras pasa por encima del Lobo en dirección a la gran biblioteca-armario. Y recién entonces me doy cuenta que lo que está planeado desde la hora de la siesta es grabar al Papalote.

El pequeño grabador de cinta que acaban de encender frente al negro significa un verdadero escándalo tecnológico. Lo trajo la misma Manolita de Nueva York un mes y medio atrás, y la primera función práctica que cumplió fue solucionar un viejo diferendo: gracias al aparato, Horacio (el hijo menor de los Torres, que además de pintar dominaba el violín) pudo demostrarle a su madre que era ella quien se apuraba (y no él quien se retrasaba) al ensayar *La primavera* de Beethoven. Manolita aceptó su derrota con aparente diversión, aunque no volvió a sentarse al piano hasta el próximo año.

“Esta es una radio especial por donde lo vamos a volver a escuchar enseguida que cante” dice mi padre, incurablemente travieso. No me puedo dar cuenta si el Papalote le presta mucha o poca atención. Pero de golpe vacía su copa, y la da una palmadita en la quijada al Lobo para que suelte la rosa y canta *Burbujas de amor* acompañado por los hondos aullidos. La satinación nacarada que inunda el ventanal parece barnizar la negrura mate del banco-bongó. Pero lo que realmente relumbra es una galaxia de chispas sudorosas. Y cuando el papalote terminó de cantar y aplaudimos y mi padre le hizo escuchar la grabación fue como si la luna le hubiese hinchado la espalda. “Chuparrosas” dijo el hombre repentinamente aplastado: “Algún día vamos a tener que hacer llover café en la radio de esta encantadora dama. Antes de que llegue el último motocar”. Y miró a Manolita y ella respondió que el aparato quedaba a disposición.

La botella fue liquidada rápidamente. Entonces el negro levanta un dedo hacia el grabador y mi padre lo interpreta al vuelo y volvemos a escuchar *Burbujas de amor*. El perro no se inmuta, pero la giba del Papalote desaparece y su rostro comienza a resplandecer como un gran huevo cósmico. “Mamacita” jadea, al terminar la bachata. Y se incorpora, observa una vez más a la Pasión del autorretrato y se descuelga la rosa de la oreja para regalársela a Manolita. “Bueno, caballero” le dice a mi padre: “Ahora creo que me corresponde invitarlo con la última copa en la venta de la esquina. Por hoy ya no les deben quedar tomates para tirarle a nadie, me imagino”.

Mi padre aceptó, y al llegar al boliche me mandó a casa solo. Creo que nunca lo vi tomar tanto como aquel día. Ya era hora de cenar, y mi abuela se quejaba más alto que la radio mientras mamá le hacía masajes. El viejo espera en la cocina, rumiando puteadas. Cuando mamá me llama y le cuento lo que pasó, siento que ni siquiera está celosa de la libertad de mi padre. Pero se pone bizca y fabrica un trompa babeante y repite la broma de siempre: “Así los voy a recibir cuando me vayan a visitar al manicomio. Así”. Pero hoy no me habla en broma. Eso hace que retroceda y aproveche para escaparme al patio del gallinero.

Allí la noche estaba oscura, todavía. Y serena. Porque la sombra de mi casa hacía que la avalancha lunar nos sobrevolara como un manto. De golpe me arrimo al tejido de la cerca y descubro a María Sara sentada en la hamaca. La casilla tiene un corredor emparrillado por varillas de madera que se entrecruzan en diagonal: los rombitos resplandecen igual que miríadas de velas. El contraluz de la chiquilina permaneció estatuizado hasta que un Plymouth último modelo estacionó casi sin ruido, evitando penetrar en el círculo del farol bamboleante. Entonces dije: “Ma-Sa”. Y ella (que ya se había parado a recibir al japonés que venía todos los sábados a jugar al póquer con el Chueco) hace girar un momento su empecinado disfraz de mujer fatal y entreveo su mirada. Pero yo no la odio.

Cuando mi padre abrió la puerta de calle manejando la llave con machacona torpeza y cruzó el comedor atropellando muebles en dirección a la cocina iluminada donde lo esperaba una enorme tortilla, supe que iba a haber lío. Cuatro barras de luna caen desde la persiana hasta los pies de la cama matrimonial. Llevamos mucho rato a oscuras y mamá tampoco duerme, estoy seguro. Yo nunca llegué a dormir dos noches seguidas en el cuartito-corredor donde me habían puesto el sillón-cama por miedo a los ladrones. (O a que la oscuridad me robara la respiración.) Hasta que me mudaron del todo al cuarto de ellos.

Mi padre hace mucho barullo en la cocina, y se sirve vino directamente de la damajuana: el tapón sale con un eco de sapo. Entonces pienso en María Sara y siento que no me enamora tanto como la chiquilina de tercero que puedo mirar durante toda una fiesta patria, olvidándome de la maldita bandera. Pero enseguida pienso: No me quiero olvidar de esta noche, allá en el patio. Nunca más. Y miro el cielorraso.

Me hice el dormido y mi padre me acarició la cabeza con asombrosa precisión antes de llevarse por delante una pata de su cama y prender la portátil para desnudarse. Al rato sentí otro clic y me y vuelta a vicharlo. Está fumando recostado en la almohada puesta de través: el pijama brilla pálidamente y en el momento de pitar sus ojos se hinchan más que la brasa del Richmond.

Entonces mi abuela llama. Jamás llama tan tarde y con tan indisimulada imperiosidad. Cuando el segundo CHEEEELA sacude la cama mamá finge no despertarse, pero mi padre aplasta el cigarrillo relampagueantemente y dice: “NO VAS”. Y la sujeta con un brazo y después con los dos y mamá corcovea y jadea y suena otro CHEEEELA y otro y otro y me doy vuelta contra la pared y oigo quejidos y suspiros largos hasta que el silencio termina por borrarne como una sábana piadosa. Muchos años después supe que -sin lugar a dudas- mi hermana María Sara fue concebida aquella madrugada.

LOS DOMINGOS de mañana eran indefectiblemente gloriosos. Mamá se levantaba temprano como siempre, pero mi padre no tenía que ir a trabajar y se quedaba tomando

mate y leyendo el diario en la cama. Conmigo. Pero hoy me despierto tarde y encuentro nada más que a mi abuela amasando los raviolos. Me comenta que mi madre fue a la feria y que mi padre salió temprano aunque no sabe si volvió. Al viejo ni lo nombra: es obvio que está mateando en el portón.

Después de tomar el café con leche salí al patio del costado, rumbo al escritorio-oficina. Y de golpe me frené, electrizado. El Papalote empieza a cantar *Burbujas de amor* adentro del cuartito. Entonces corro lo más silenciosamente posible y me trepo al gomero que me sirve de barco cuando jugamos al Corsario Negro y me asomo al tragaluz. Pero mi padre estaba solo, escuchando la grabación de la noche anterior y frotándose la cabeza como un desesperado: *Canta corazón / con un ancla imprescindible de ilusión*, porfiaba el Papalote: *Sueña corazón / no te nubles de amargura*. Y enseguida un redoble y el grito compartido con el perro: *Ay ay ay ay ay ay*.

Mi padre es muy menudo y narigón, y usa un jopo a lo Elvis Presley: ahora ni siquiera está fumando, ni tomando ginebra. Sólo se frota los costados de la cabeza engominada y cuando termina la grabación manotea las perillas y la hace recomenzar. Cuatro veces, por lo menos. Hasta que se amansa, apaga el grabador y señala -con la pipa vacía- el Cristo que pinté en el altillo del Paso Molino. “Hay que ser un héroe” sentencia, con dureza y dulzura.

Bajé del árbol con todo el cuerpo dolorido y demoré bastante en recomponer una inocente cara de sueño para golpear en el escritorio-oficina. “No me digas que te creíste que tenía al Papalote de visita aquí adentro” sonríe Isabelino Pena, exagerando la pose detectivesca: “Debo informarle que anoche hice un buen trabajo en *El reenganche*, petiso Katz”. No sólo en *El reenganche* -pienso: En la cama también. Y mi padre contó que se habían encontrado a Cherro más borracho que la tarde que se comía los caracoles vivos en el baldío de al lado del boliche. “Hasta que salió el tema de la bachata y me animé a preguntarle al Papalote quién la había compuesto. Y él respondió enseguida: *Un primo-hermano de mi madre que se llama igual que yo -Juan Luis Guerra- pero es dominicano. Y blanco. Mi tío se juntó con la gente de Martí en Montecristi y todavía no ha vuelto de Cuba. -Pero el que cantó primero la bachata fuiste vos*, saltó Cherro: *Yo te la escuché en la zafra del 39. Me acuerdo porque cuando volvimos a La Paloma tu madre nos estaba esperando con el cachorro en los brazos: fue en 1839*”.

Y mi padre me explica que Martí murió peleando en el 95 y que Yolanda Guerra -la madre del Papalote- se embarcó para el Uruguay al otro año, con un negro cubano que la fue a buscar a Santo Domingo al terminar la campaña independentista. El negro se llamaba Pablo Blades y tenía una hermandad del alma con Juan Guerra, y como después de la acción de Dos Ríos no volvieron a verse cumplió con la promesa de ir a liberar a la chiquilina. “Yolanda tenía quince años y hacía tres que trabajaba en un quilombo de Santo Domingo. *Trabajaba. ¿Entendés?*” dice mi padre: “Y nadie sabe por qué misterio se embarcaron para el Uruguay con el negro y terminaron viviendo en La Paloma. Y se las arreglaban: el negro era pescador y además cantaba como los dioses, aunque según Yolanda su primo-hermano siempre fue mejor *inventador de trovas* que él”. “Entonces

ese Pablo no sé cuánto vendría a ser el padre del Papalote” interrumpo. “Claro. Pablo Blades” dijo mi padre, descruzando y volviendo a cruzar las piernas arriba de la mesa mientras guardaba la pipa y sacaba los Richmond: “Pero no se llegaron a conocer, padre e hijo. Ni el hijo llevó nunca el apellido del padre. Porque cuando Saravia se alzó en el 97 el negro no pudo con su anarco-bolivarianismo y se alistó inmediatamente y murió en Arbolito. Y Yolanda (que había quedado embarazada, aunque Pablo nunca llegó a saberlo) tuvo que terminar conchabándose como portera-limpiadora de un quilombo antes que naciera el Papalote. Es bastante complicada, la historia”.

*Pero mirá lo qué decís, se tentó el Papalote: 1839. -Mirá lo que decís vos, mejor retrucó Cherro amenazándolo con una especie de guiñada hemipléjica idéntica a la del Lobo: Que tu tío compuso las bachatas y los merengones DENTRO DE MUCHOS AÑOS. Y yo hace DIECIOCHO AÑOS que te vengo aguantando esa milonga. Y mi padre creyó que se agarraban, porque el Papalote puso cara de ex-esclavo internacionalista cargando a lanza seca y el Lobo gruñó y Cherro manoteó un facón imaginario hasta que se empezaron a reír cada vez más y terminaron llorando desconsoladamente. Pero por qué no me dijiste que se murió tu madre, preguntó Cherro tratando de incorporarse y abrazarlo, aunque el piso se le paró de manos enseguida: Recién me acabo de dar cuenta, muchacho. -Sí, dijo el negro: Este verano fue a esperarme a la vuelta de la zafra, como en los buenos tiempos. Pero se tiró abajo del motocar con el traje rosado y todo. Dicen que se cayó. Pero uno tiene mundo.*

“¿Anarcoqué era el negro?” pregunto. Y mi padre trata de salir del paso lo más rápido posible y se queda fumando soñadoramente, con los ojos clavados en aquel motocar donde volvían los hombres de la Isla de Lobos, dieciocho años atrás. “Eran unos cuantos zafros -de la zona de Valizas, el Polonio y la Paloma- y llegaban de cuerppear un invierno que te lo voglio dire. Imaginate el frío en aquella isla metida en pleno océano y el peligro de que un bicho les arrancara un pedazo en cualquier momento, como quien muerde un pan. Y la falta de *algo* que los”. Entonces se interrumpe y me sondea, entornando una mirada densamente fluvial. “Vos sabés que yo pienso que el alma es inmortal” afirma. Y yo bajo la cabeza, nervioso.

La madre del Papalote apareció en la estación cargando un cachorro Labrador recién nacido. Llevaba puesto un traje de miriñaque rosado -coronado por una capelina y una sombrilla finiseculares- que dejó boquiabierto a todo el mundo. Estaban en setiembre de 1939, y parecía imposible que Yolanda (que nunca se casó con el negro Blades) se lo hubiese traído desde Santo Domingo para demorar casi medio siglo en estrenarlo. *Pero yo me di cuenta que pasaba algo más raro, todavía, contó el Papalote: Porque ella no era la misma, se lo puedo asegurar. Y no es que diera menos edad ni nada: tenía las sesenta primaveras bien puestitas. Lo que yo sentí al vuelo fue que ella me miraba como si fuera otro. Pero no otro cualquiera. Otro Juan Guerra, ¿entiende?* Entonces Yolanda caminó hacia su hijo y lo besó y le dijo: *Aquí le traigo un compañero que nunca va a fallarle, mi héroe. Tiene dos nombres: Lobo o Chuparrosas.* Y cuando el Papalote recogió al animal y sonrió al ver la pequeña rosa que llevaba entre los dientes, la mujer se descolgó otra de la oreja y explicó: *Así la usábamos en el conuco cuando nos enamorábamos, chico.*

“Y aquella madrugada el Papalote cantó varias veces la bachata” entrecerró los ojos mi padre: “Y los estoy viendo a los loberos, borrachos pero felices. Y a las pocas mujeres del quilombo, felices pero aporreadas. Hasta que el Papalote apareció emperifollado con una de las guayaberas que le había legado el padre y se puso a berrear como si le volara el corazón. Y cuando terminó encontró a Yolanda (que siguió siendo la portera-limpiadora del quilombo hasta el día de su muerte) parada detrás suyo con el traje rosado, otra vez. Y mirando a *otro Juan Guerra*. Y punto. Podía ser el primo-hermano blanco que desapareció peleando con Martí y ella nunca dejó de esperar. O simplemente *otro hombre*. O a un *hombre nuevo*. Dejémoslo así”.

*Lo curioso es que a mí siempre me había gustado pagar a lo criollo, contó el negro: No me gustaba tanto como remontar papalotes, pero igual me apasionaba. Y la noche que cumplí cuarenta y dos años en la isla me vino como un ataque y largué la bachata con la forma de hablar de mi madre. -O de ese tío que nunca conociste, cabeceó Cherro, más conciliador que creyente.*

“Aunque lo que verdaderamente importa es que ese *otro hombre* se haya sentido tan ciegaemente *enamorado* al largar *Burbujas de amor*” vuelve a achicar los ojos mi padre. Lo demás podrá ser *raro*. O *mágico*, si querés: que le haya dado un yeito caribeño al bolero-chachachá, y sobre todo que Yolanda haya ido a recibirlo justo esa vez. Al *héroe*. Pero no hay que dejarse llevar demasiado por eso”.

*Lo que yo no podía entender era cómo carajo había hecho para enamorarme en plena zafra, terminó confesando el Papalote: Me acuerdo que el farero -el sueco Jonás, que sabía de todo un poco- me escuchaba cantar medio desorbitado. Pero no me animé a preguntarle qué pensaba. -Bueno, yo no hallo nada que sea del otro mundo -metió la cuchara Cherro: Vos siempre fuiste más regalón que gallina viuda.*

“Aunque esta vez el Papalote ni se molestó en contestarle” vuelve a agarrar la pipa mi padre: “Claro, se ve que siempre fue picaflor -y nada casadero- el negro. Aunque la cuestión no es-”. “¿Y por qué sigue diciendo que fue el tío el que compuso las bachatas y los merengones?” pregunto, entreparándome. *Porque cuando volví a ver a mi madre disfrazada supe que ella siempre había vivido soñando con el primo-hermano, Cristo. Y que ahora estaba media loca pero libre, por fin. Entonces la llevé a la piecita de atrás de la cocina donde dormíamos desde antes que yo naciera y le dije que esa bachata la había inventado el tío Juan Luis el día que la volviera a buscar al quilombo. Dentro de muchos años. Y ella me dio un beso en la boca y me dijo que la verdad no nos traiciona nunca. Y yo nunca más mentí.*

EL VERMUT se tomó casi sin hablar, aquel mediodía. Pero mamá no estaba entrompada: al contrario. Y mi abuela tampoco. (“Hay personas que precisan que les paren el carro a tiempo o se convencen de que tu cabeza es un watercló, Monaquito” solía decir mi padre, cuando daba consejos para la batalla.) El único que recepciona el

redoble desencadenador del escándalo es el viejo: lo vemos levantarse y salir por el patio del costado con la leñadora inflada y lo seguimos. Todos.

El domingo está nublándose. Los que llegamos primero al jardín fuimos mi padre y yo, dejando a mi abuelo por el camino. El Papalote estaba en la vereda de enfrente, perniabierto sobre el tronco-banco de la casilla de don Felicio. Y después de una introducción hecha con tururús cantó con voz quemante: *Te regalo una rosa / la encontré en el camino / no sé si está desnuda / o tiene un solo vestido / no, no lo sé. / Si la riega el verano / o se embriaga de olvido / si alguna vez fue amada / o tiene amor escondido. / Aaaay ay ay ay amor / eres la rosa que me da calor / eres el sueño de mi soledad / un letargo de azul / un eclipse se mar. / Pero aaaay ay ay ay amor / yo soy satélite y tú eres mi sol / un universo de agua mineral / un espacio de luz que sólo / llenas tú, ay amor.*

Y mi padre me frota un hombro para que vea emerger a María Sara de la casilla: la infanta tiene el rostro desnudo y su pelo pozzuoli vuela hacia el sur y sus pequeños pechos se agitan como picaflores debajo de la enagua. Mamá y mi abuela llegan a la vereda en el mismo momento que ella, aunque todavía no la ven. Ella inclina la cara contra el viento sin reír ni pestañear mientras el sol -filtrado por la acacia- la parte dulcemente en dos. Y el Papalote, con una rosa blanca en la oreja y el perrazo vigilante (aunque hoy mudo) al costado, se interna en la segunda estrofa de la bachata: *Te regalo mis manos / mis párpados caídos / el beso más profundo / el que se ahoga en un gemido, ooooh. / Te regalo un otoño / un día entre abril y junio / un rayo de ilusiones / un corazón al desnudo. / Vida, aaaay ay ay ay amor-*. Hasta que completa el segundo estribillo y el tururú final y vuelve hacia la playa sin prestarle atención a nuestro aplauso ni a los furibundos chiflidos de los borrachos. María Sara sólo se peinó vagamente -sin dejar de escrutar al negro con húmeda fijeza- y se metió corriendo en la casilla.

“El Chueco debe haberse mamado como una bestia, anoche” dijo mi abuela, enseguida que mamá empezó a servir los ravioles: “Porque ni se apareció. Menos mal”. Y el recuerdo del arco iris que le estaba embelleciendo el perfil se apagó de repente. Y murmuró: “Ese negro sinvergüenza ya le echó el ojo a la chirusita. Si habrá que joderse, Dios mío”. “Pero mirá las cosas que se te ocurren, vieja” chistó mamá: “Me parece que va a llover. ¿No querés ir a la matiné del Maracaná, Abel?”. Y cuando tuerzo la cabeza mi padre me está mirando con dolor. “Seguro. Yo te puedo llevar y traer” sonrío: “Dan el Quijote ruso. Me dijeron que es buenísima”. Y mi abuelo suelta bruscamente los cubiertos porque los cuatro ravioles juntos que se acaba de zampar lo están quemando vivo.

No conseguí ningún chiquilín que me acompañara a la matiné, y mientras esperábamos el 203 con mi padre -sentados en el cordón de la vereda- empezó a subir una niebla infernal desde la playa. “Ya se jodió el domingo” me quejé. Pero él no me hace caso y prende un cigarrillo protegiendo la llamita a lo Humphrey Bogart. “Qué maravilla, esa *Bachata rosa* que estrenó el Papalote” dice: “Se llama así. Cuando fui a devolver el grabador me crucé con Cherro y me dijo que anoche no lo dejó dormir”. *Antes le daba por cantar esas cosas raras nada más que en la isla y en el quilombo*, protestó el

hombre de piel muy cuarteada pero pálida y todavía no viejo ni con la chispa mellada por la acidez eterna: *Ojalá que al morocho se le siga alborotando el bobo, nomás. Porque si no va a haber que dormir la siesta panza arriba.*

“¿Y qué es el *bobo*?” pregunto riéndome. “El corazón, mijito. El pobre corazón” se señala la solapa de la gabardina mi padre, después que nos sentamos en los asientos ruinosos del ómnibus-cachila: “Y una cosa que me olvidé de contarte esta mañana es que el Papalote aprendió a leer y escribir con el farero de la isla, ese sueco Jonás. Dice que se pasaban leyendo el Quijote. Y payando. ¿Te acordás lo que recitó ayer, frente al autorretrato? Aunque ahí andaba metido San Juan de la Cruz, también. Por eso fue que Manolita-”. “*Caballero, caballero / el de la triste figura: / ¿quién ardió en tu noche oscura?*” le salgo al paso. Y él me acaricia la cabeza desviando la mirada hacia la niebla y yo palpo los refuerzos de mortadela que llevo envueltos en papel de estraza y me dan ganas de gritar, igual que en todo el catecismo: “QUÉ COSA MÁS HORRIBLE QUE ES TODO ESTO, JESÚS!!!!”.

El Don Quijote ruso fue la cuarta película y empecé a verla eufórico, porque en la anterior terminamos todos parados gritándole a John Payne: “DALE. MATÁ A ESOS INDIOS PODRIDOS DE UNA VEZ, CARAJO!!!!”. (Una fiebre parecida a las que te venían en la tribuna de Belvedere, aunque acá siempre ganabas.) Pero cuando Don Quijote y Sancho se metieron en un castillito oscuro y los empezaron a curtir a cascotazos mientras el cine entero aullaba de la risa, no pude aguantar más y me escapé corriendo. Me acuerdo que me paré un momento en la puerta a ver quién más se iba, pero no salió nadie. Entonces crucé a esperar el 203 abajo de un farol muy borroso sin acordarme que mi padre me venía a buscar.

Mamá -que casi nunca me pegaba- estaba escuchando la radio con mi abuela, y apenas entré al comedor me encajó un cachetazo estilo Chaplin. A la vieja le dio un soponcio y eso me salvó de las subsiguientes palmadas en el culo. Pero al rato soy empujado a la cocina donde mi padre y mi abuelo siguen devorando tranquilamente una costilla con dos huevos fritos a caballo. No escondo los ojos. “Pero cómo te vas a venir solo de noche y con esta niebla, mijo” rumia mi padre, sirviéndose vino: “Qué pasó”. Pero no cuento nada. Y él dice: “Bueno, calma. Mañana conversamos. Yo voy a aprovechar para ir a ver la función de la noche, Chela”. Y cuando puedo encerrarme en el baño me agacho en un rincón y pienso, llorando sin ruido: Va a ir a ver a Don Quijote. Solo. (Porque si mamá dijera de acompañarlo a la vieja le daría una puntada, ipso facto.) Y mañana tiene que ir a trabajar y al quiosco. Y sigue allí comiendo, contento. Pobrecito.

MIENTRAS VOLVÍA caminando de la clase de piano recordé haber soñado con una chiquilina que iba a ver el Quijote y se quedaba ciega. El piano me revienta. Casi nunca voy a practicar a lo de Manolita, y la profesora trata de no ponerse demasiado histérica y eso me da más miedo. El lunes de mañana es un cáncer. Lo único que me gustaría que poder tocar bien es Bartok, porque se parece a los cuadros de Torres García o al *Poeta en Nueva York*.

Ya eran las once y tenía los deberes terminados, y de golpe sentí que María Sara debía estar esperándome. La hamaca no se oye pero ella cuelga -con el rostro velado por una avalancha de pelo lacre- agarrada de las cadenas, y apenas me acerco al tejido levanta la mirada de bambi. Y casi sonríe. “¿A qué escuela vas?” pregunto. María Sara vuelve a odiarme durante un fogonazo, aunque enseguida saca dos tubitos verdes del bolsillo. “Te doy una pastilla, no un paquete” dice con una voz hermosamente ronca. En ese momento llegaba el Chueco del boliche, cargando una damajuana. “¿Cuándo practicamos?” le pregunté, y él le hizo una morisqueta cariñosa a la chiquilina y contestó sin mirarme: “Vamo a ver. No hay apuro. Ayer ganamo al póquer y hoy hay que festejar. Vení a tomar la leche, Marilyn Monroe”. El Chueco tiene la mirada más ensangrentada que nunca. La chiquilina espera a que su padre desaparezca y se acerca a ponerme un paquete pegajoso en la mano y se escapa corriendo.

Al volver a la cocina encontré abierta la persiana del cuarto de mis abuelos y mamá me llamó. Está sentada en el costado de la cama que acaba de tender, mientras la vieja hace ruidos horribles en el baño. “¿Te gustaría tener un hermanito?” me pregunta. “Una hermana” contesto. Y ella subió la cara, y al sacarla del sol su belleza quedó como decapitada. Entonces corrí a buscar un cuaderno viejo y me encerré en el escritorio-oficina y escribí: *Hay en el camino que imagina mi cerebro, / hay en el camino, / un rui señor negro. // Hay en el camino que imagina mi cerebro, / hojas verdes, hojas negras, / en el camino del rui señor negro. // Hay en el camino que imagina mi cerebro, / árboles frutales, guindas deliciosas / en el camino de las hojas verdes, de las hojas negras. // Hay en el camino que imagina mi cerebro, / un rui señor negro; / hojas verdes, hojas negras; / árboles frutales, guindas deliciosas / en el camino negro.* Terminé el poema junto con la última pastilla y dejé el cuaderno abierto para que lo leyera mi padre. Al salir al patio sentí que se me retorció algo en la barriga, pero muy adentro. Y al rato me zampé una costilla con dos huevos fritos a caballo.

La Escuela 81 funcionaba en ese entonces en una mansión jolivudense que un malandra de película le regaló a Gardel, aunque el Mago jamás llegó a vivir allí. Estoy en cuarto año, con una maestra que se llama Bendita y es digna de su nombre: el novio se le murió mientras entraban a la iglesia y ella quedó cuerpeando la vida con esa especie de castidad andrógina que hace que un samurái sea casi un Miguel Ángel al distribuir los golpes filosos. Y de repente me cagué. Fue antes de la hora del recreo, y bastó un simple movimiento en el banco -sin dolores previos ni nada- para que la desgracia me clavara contra un barrial que no tardó en apestar la clase. Al poco rato Bendita preguntó si alguien había sufrido un accidente, y pidió que no tuviéramos vergüenza en contárselo. Y yo arrugaba la nariz y miraba para todos lados igual que los demás. Mi compañero de banco era Beto Añón: un buen tipo, pero muy cachador. Para colmo, en el recreo teníamos que ensayar *La firmeza*. Íbamos a bailarla a fin de año.

*Abanderado, abanderado / tu corazón se ha cagado*, me acuerdo que payé mentalmente, mientras giraba con los brazos abiertos y la giba de barro amenazaba con rociar el gimnasio de pelota donde Gardel nunca llegó a sudar. Y al terminar la insufrible danza criolla la maestra se acerca a acariciarme la palidez chorreante y murmura: “Mijo, debés haberte pescado una gripe. ¿No querés que te mande para tu

casa?”. “No. Gracias” le contesto. Y dos horas después estamos subiendo el repecho de Brenda en el ómnibus de la escuela y me dice Beto Añón: “Che, ¿viste que el olor sigue aquí en el ómnibus? ¿Vamos a olerlos para asegurarnos que no fuimos nosotros?”. Y nos olfateamos, a la altura del hombro. “Bueno” sonrío mi amigo: “Me parece que nosotros no nos portamos mal”.

“Ya está” dice mamá (y parece que hubiera encontrado un tesoro entre el slip y el pantalón azul con tiradores): “Ahora te bañas y te metés en la cama grande y jugamos un rato a la baraja”. Pero apenas rodé entre la blancura perfumada me dormí como un tronco. Cuando me desperté ya estaba prendida la portátil y había olor a cena, aunque ella seguía observándome con las barajas en la mano. “¿Por qué no te vestís?” sonrío: “Tu padre está esperándote en el cuartito”. Crucé la casa, tenso: mi abuela me obsequió con una rampante gracia al poner la mesa y mi abuelo con un eructo de dientes muy lustrosos. Mi padre me esperaba oyendo a Dvorak. Entonces pienso en María Sara y en el Papalote y me parece volver a oler la tristeza del mundo. “Acabo de mostrarle tu poema a Horacio Torres” arremete mi padre: “Le encantó. Dice que tiene algo de García Lorca. A mí me encantó, también. Pero me gustaría pedirte algo que a lo mejor no tiene nada que ver con todo esto. No te olvides del alma, Monaquito”.

## **TRES: NOCHE DE REYES**

ANTES DE cruzar el baldío compramos un porrón de ginebra y una Coca-Cola, aunque mi padre también llevaba termo y mate. Era víspera de Reyes y a él ya se le había pasado el miedo al cáncer al estómago. Mientras caminábamos en dirección a lo de Manolita vimos llegar un Renault Fregate azul que estacionó frente al caserón incendiado por la todavía rabiosa angularidad de la tarde. Nos apuramos. La viuda sonrío encantada en el portón, levantando un brazo hacia los visitantes. “Falta uno de los escritores” murmura, extrañada. El primero en bajar del coche fue el hombre flaco y alto que viajaba al lado del conductor: llevaba un traje oscuro con corbata y lentes de armazón gruesa, aunque lo que me llamó la atención enseguida fue su mandíbula idéntica a la del Papalote. Traía una botella de JB. El conductor del Fregate era un viejo apenas más alto que mi padre: tenía un bigote blanco casi triangular y usaba botas de montar por encima del pantalón. Su botella era de Four Roses. El tercer hombre no podía tener más de treinta años, y cargaba dos litros de vino estremecido por un tic que le hacía resplandecer los ojos ahuevados y la melena grotescamente esponjosa.

El hombre alto saluda con pausada ceremonia a Manolita y a mi padre, aunque es recién después de apretarme la mano que dice: “Mucho gusto. Melchor”. Y me va presentando a Gaspar (que es el viejo canoso) y a Baltasar (que de negro no tiene más que el desfase rítmico). Al rato nos instalamos en el salón atravesado por la luz del sur y una suavísima frescura donde flota el jazmín del país. Cada cual se servía de su botella a excepción de mi padre (que siguió mateando junto al grabador) y la viuda, preocupada en ofrecer o distribuir café hielo agua mineral ceniceros y servilletas. Gaspar se acomodó señorialmente en el sofá y Melchor recortó su prominente calvicie

sobre el ventanal. Baltasar abrió el piano y se sentó de espaldas al teclado. Yo preferí la alfombra.

“Podemos empezar, señor Rosso” advierte el hombre de mandíbula caballuna, que fuma sin parar y levanta el brazo con dulce avidez: “Papá Noel debe haber encontrado a Luz Adrogué y no creo que contemos con su ingrata presencia esta noche”. “Abominación y emputecimiento” sentencia el viejo, frunciendo su bigote y haciéndole una guiñada al pianista. El peludo (o más bien el empelucado) de ojos saltones hace tintinear una risita parecida a la de la viuda y me mira como diciendo: “En la verdadera vida se habla igual que en el recreo de la escuela, hijo. No te escandalices”. Yo recuerdo que mamá dice que Luz Adrogué -la vedette más famosa de las comparsas del carnaval- es una putona, y mi padre porfía que es una diosa. Y de repente saltamos todos sacudidos por los aldabonazos que hacen vibrar el ventanal y la vajilla. No hubo necesidad de levantarse a abrir, porque un gigante ojitos diabólicos -y barriga mal cubierta por una camiseta agujereada- se apareció en el salón casi simultáneamente con el portazo. “Esa negra me las paga” jadeó, sentándose en el banco-tambor que usaba el Papalote. Melchor fabricó una trompa burlona y le sirvió un dedo de whisky. “Papá Noel va a tener que calmarse” sugirió: “O doña Manolita le aplica la ley seca”.

El hombre granujiento y de barba cerdosa pide tregua levantando una mano y pregunta: “¿Dónde puedo comprar cerveza? ¿Ese galpón con un toldito y cajones de verdura que vi al bajar del ómnibus es un-?”. “Sí” cabecea mi padre: “Y ahí se consigue cerveza Patricia, además”. “Ahí mataron al Papalote” agrega Manolita mientras el gigante atraviesa el salón a las zancadas. Al rato volvió cargando cuatro botellas de a litro y se despatarró en su banco y comentó: “Puaj. En esa covacha ni siquiera hay verdadera canalla. ¿Ya escucharon alguna canción?”. “No” contestó mi padre: “Y además no recuerdo exactamente cuáles son las canciones que ustedes ya conocen”. “Todas las anteriores a *La bilirrubina*” dijo Manolita: “Cuando se le declaró la enfermedad”. “Mi querida señora” arrastró su voz de compadrito italiano el rey calvo: “Yo ya le había advertido que el Papalote no tenía otra cosa para compartir que su muerte. Usted debe recordarlo”. Gaspar mueve negativamente su cabeza canosa antes de encender la pipa, pero no dice nada. “¿Y en *La bilirrubina* canta María Sara?” pregunta el pianista.

“No. Ese merengón es de antes que empezaran a cantar en pareja” explica mi padre: “El negro lo largó la misma madrugada que se escapó del hospital Maciel y se vino desde la Aduana caminando por la costa porque no tenía la menor noción de qué ómnibus le servía ni nada. La tarde anterior había estado festejando el negocio que hicieron con Campbell y tomó demasiado Bacardi. Carta Oro-”. “Eso fue mientras nosotros escuchábamos las grabaciones. ¿Se acuerda cómo llovía?” le preguntó Manolita al empelucado.

“Claro. Y nosotros debíamos estar esperando el tranvía de La Barra” complementa mi padre: “Y a las tres de la mañana cae a golpearme Cherro desesperado y me dice: *Se murió. Yo me levanté a vomitar y al volver me di cuenta que no respiraba. Entonces le subo los párpados y encuentro puro ron. Todo inundado, el cuerpo.* Pero lo llevamos hasta el Maciel en la camioneta de un vecino y reaccionó enseguida. Yo sabía que en

algunas borracheras se pueden producir trastornos respiratorios de ese tipo: el problema mayor era que seguía con los ojos color yema de huevo y la piel cenicienta. Y lo internaron, claro. Con suero. Pero los médicos no coincidieron en el diagnóstico y al final pidieron que lo dejásemos en observación por unas horas. Me acuerdo que el Papalote se quedó mirando aquella sala horrorosa con cara de pantera. Y al otro día agarramos tempranito por la rambla con Felicio y de golpe lo vemos en el murete de la Playa Honda, acariciando al lobo. Ya estaba mucho mejor de color y nos cantó el merengón que acababa de largar caminando por la playa y todo, pero tenía el esqueleto veinte años más viejo. *No se preocupen, dijo: Que ahora voy a dormir como Dios manda y después les hago el club a los gurises y se me cura todo.*

Cuando terminamos de escuchar *La bilirrubina* nos miramos entre todos con divertida dulzura, pero a Baltasar se le desencadena un ataque de risa-tic tan violento que no puede retener un pedo. Entonces corrió el taburete y se hincó (siempre de espaldas al piano) y se puso a tocar con los brazos curvados hacia atrás. Mi padre parecía volar. El olor se fue enseguida y la luz del sur cayó sobre el teclado como un perfume de oro. “Perdón. Fue una tragedia sísmica” murmura el rey, volviendo a acomodarse. Papá Noel toma cerveza directamente de la botella y gruñe de placer. “Lo que resulta increíble es cómo se las arregló el Papalote para meter en el merengón toda la terminología que oyó en el hospital, ¿no?” comenta Manolita, agarrándole un Richmond a mi padre.

“¿Y cuál fue ese negocio brillante que hizo el negro con el tal Campbell?” pregunta el rey canoso. “Campbell es un militar retirado que vivía en el Pasaje de la Cantera hasta que se destapó el lío grande” explicó mi padre: “Y le encargó una cometa especial al negro, con forma de soldado (o de *coronel yanqui*, como decían Silvio y el Papalote). Perdón, ¿pero ustedes conocen bien la historia?”

“Los hechos los conocemos, por supuesto” respondió parsimoniosamente Melchor con la calva aureolada a contraluz: “Pero nos hemos vuelto a reunir para tratar de encontrar *el alma final de los hechos*. Claro que faltan datos, todavía. Pero-”. “Uh: qué solemnidad” terció el pianista: “Más música, maestro. Ahí está la única verdad posible de la historia”. Y Papá Noel terminó la botella y eructó señalando el grabador, en franca señal de apoyo. “No. Faltan datos” porfia Gaspar: “¿En qué consistió el negocio?”. “Bueno” explica mi padre, algo desconcertado: “Los chiquilines querían hacerse un club en un baldío muy grande que había atrás de lo de Campbell. Y al Papalote se le ocurrió canjearle al *yanqui* la *cometa imperialista* por bloques tirantes mezcla y paja para quinchar. Campbell tenía mucho material en el fondo, porque se estaba terminando de construir un parrillero napoleónico. Y el Papalote les hizo el club en menos de una semana, apenas durmió aquella *mona amarilla* -como la llamó Cherro”. “Y entonces empezaron a cantar juntos con la chiquilina” sonrió Melchor: “Escondidos en el club”.

“SÍ” DIGO. Y me piden que cuente cómo fue por milésima vez. María Sara vivía en casa desde que el Chueco tuvo que irse un mes y medio al Brasil -por *negocios*, dijo. La acomodamos en el cuartito-corredor y los primeros días casi nos volvió locos: de madrugada se levantaba aullando y arañaba mordía escupía o pateaba al que quisiera

tocarla. Después que la llevamos de visita a la chacra de Ismael se le empezó a pasar. Yo era el único chiquilín del barrio que iba de tarde a la escuela (Ricky Campbell también, pero él no se juntaba con nosotros) y cuando el Papalote terminó de hacernos el club nos pasábamos allí con Ma-Sa, jugando a cualquier cosa. Pero mientras duró la obra ella no quiso arrimarse a ver trabajar al Papalote por nada del mundo. Íbamos con mi abuelo, todas las mañanas. Y cuando yo volvía de la escuela el viejo seguía allí, dándole una mano al negro. “Tu abuelo sabe mirar” me dijo el negro un día, y yo no le entendí. “¿Mirar a quién?” le pregunté. Y él se quedó callado.

Ya estamos a fines de octubre, y hace un calor que parece verano. Pero es otro calor, porque el perfume vuela. A Ma-Sa le descubrimos piojos y le hicimos cortar el pelo muy corto y la gente la confunde con un varón, aunque para mí es como si ya fuera una mujer: tiene algo que me asusta en los ojos. Aquella mañana íbamos caminando para el club y de repente se me ocurrió preguntarle por qué el Chueco se había enojado tanto cuando grabamos *A pedir su mano* y *Ojalá que llueva café*. Entonces ella arrancó un jazmín de un cerco y contestó: “Porque no me pagaron. ¿No sabés que Marilyn Monroe cobra hasta por hacer una guiñada? Y mi mamá cobra por dormir, idiota”. Y largó una risa horrible y salió corriendo hasta desaparecer en el baldío. Yo no la perseguí. Y pensé: Nunca le voy a contar a nadie lo que me pidió en la chacra. Nunca.

Y cuando rodea la última isla de aromos los encuentro enfrentados: el Papalote con el sombrero y la piel y la ropa resplandecientes, y ella bajo su sombra. Ella oliendo el jazmín sin enfrentar el oro macizo de los ojos del negro, y el Lobo que me gruñe y suelta la flor-hueso hasta que el hombre dice: “Tranquilo, compañero. Es Abel, un amigo. Él va a quedarse vigilando con usted ahí atrás, para que nadie venga a interrumpirnos. Porque yo necesito la voz de Yemanjá del Mar Dulce para volar más alto que los papalotes y hoy le voy a enseñar una bachata nueva. Y mañana un merengón. ¿Verdad?”. Entonces Ma-sa inclina la cabeza y se pone a lamer la corola. “¿Verdad?” repite el negro.

Mi padre se sirvió una ginebra mientras a mí se me terminaba la Coca-Cola, y empezamos a escuchar *Como abeja al panal*: Yo sé que soy de tu agrado, cantó tersamente el Papalote: *no niegues en darme el sí / que yo te he ofrecido a ti / un matrimonio sagrado. / Nomás porque me enamoro / se ponen a dar querella / total, las palmas son más altas / y los puercos comen d’ellas*. Y yo la vuelvo a ver a ella (que dejó la escuela del barrio Borro en tercer año y apenas puede leer de corrido pero memorizó la bachata y el merengón como si fuese una profesional) grabando con las manos enlazadas y los párpados bajos. Y de golpe su ronquera voló aterciopeladamente, y sus ojos se estrellaron al responder: *No quieren que yo te quiera / me tienen impedimento / y no me dejan salir / de la puerta al aposento. / Créame que mucho lo siento / pero qué dirán de mí / tengo un amor de pasión / por eso es que a otro, yo / no le puedo dar el sí*. Y ahora observo a mi padre escuchando al Papalote (que sentencia, rendido): *Yo no encuentro un corazón / que me sepa acotejar / cuando yo llego a tu puerta llega la abeja al panal. / MIEEEEEL GENERAAAAL!!!!* Y me parece comprender para siempre su corazón y el mío. Lo triste es que no sé (ni sabré en muchos años) qué comprendo, por Dios.

Después cantaron el estribillo a dúo, varias veces -*Quiéreme como te quiero a ti / dame tu amor sin medida / búscame como abeja al panal / liba la miel de mi vida*- y con variaciones intercaladas -*quíereme solamente una vez* (el negro) *para que sane mi herida* (la chiquilina), *quíereme que sólo en ti me hundo de amor* (ella) y *quíereme que estoy viviendo en tu corazón* (él)- hasta rematar otra vez a dúo: *Júrame / labio a labio / bajo el cielo / amarnos toda la vida*. Y las botellas los vasos los cigarrillos los rostros y el autorretrato de Torres García parecen titilar acompasadamente. Y cuando Manolita prendió la lámpara el viejo horizontalizó una bota sobre la otra antes de apisonar la pipa y murmurar: *Se ponen a dar querella*. Eso es. *La fábula perfec-*”. Pero el pianista y Papá Noel lo atajaron al unísono, y mi padre no dudó en volver a hacer correr el hilo de la magia.

“Este merengón es lo único que ella canta completamente sola” tuvo tiempo de aclarar. Entonces Manolita apagó la lámpara y sentimos emerger la marejada celeste de la infanta: *Reforéstame el amor de ayer / siembra una tarea de cariño / en mi corazón / dale de beber / abónalo en tu pecho / desnúdalo sobre el huerto / y hazlo crecer. / Reforéstame al amanecer / cubre con tus manos mi lecho / y un rayo de luz / nos dibujará / mi tierra es de la buena / tu siembra será cosecha / una vez más. / Y si llueve arrópalo en tu pelo / oh oh / arrúllalo en la arena / y enséñale el camino / de la luna entre palmeras. / Y bendícelo en el riachuelo / oh oh / y a gajo de ternura / oh oh / acuéstalo en el cielo / como nube de azucena-*”. “BASTA” gritó Melchor, y mi padre volteó un vaso al manotear el aparato. Después hubo un largo silencio interrumpido por los bufidos caballunos del hombre que se arrancó los lentes para manejar un pañuelo como si estuviese fregando un ventanal. Y cuando se recompuso roncó: “*Excuse me, please*. Creo que voy a poder seguir participando de esta encantadora *soirée* siempre que me dejen salir a vaciarme al campito. Y perdonen la indecencia. Pero si paso cerca de algún botiquín me deshago la cara de un piñazo”. Y salió lentamente del salón entre una humareda de plata.

MANOLITA VOLVIÓ a prender la luz. Baltasar y Papá Noel aprovecharon para salir con Melchor, y mi padre secó la mesa mientras el rey canoso fumaba con su perfil de acero clavado absortamente en la constelación de jazmines que se asomaban temblando al ventanal. Cuando los otros volvieron rascándose hasta la exasperación la viuda colocó espirales. Y Gaspar esperó el reacomodo general y repitió: “Eso es. *La fábula perfecta*. El *héroe* anticipándose, anunciando la querella. Y el irreprimible (y abominable y maravilloso y bendito y maldito) intento de salvación del alma de la perla. Cristo. La orden eterna. Ellas que dan la orden de abrazarse al chiquero y nosotros que morimos inexorablemente en la-”. “¿Ellas? ¿Quiénes?” lo interrumpió Manolita. “Ustedes” contestó el viejo, con severa dulzura: “En este caso Yolanda y sobre todo la ciervita chumbeada, la propia perla hundida en el chiquero. O María (Sara) Magdalena, como quiera. Y además *negra*. Cristo”.

Nos miramos con mi padre, y Gaspar sopló otra densa parrafada en dirección a nuestro asombro: “*Negra*, claro. Piel canela barrio Borro madre prostituta padre abrasilerado y demás ingredientes. Como si no alcanzara con la metafórica cruz de ébano que hoy en

día hasta los mismos humillados llevan tatuada en la espalda desde el nacimiento. Y la orden de abrazarse al barro y reventar por-". "Por nada" completó el hombre calvo: "O mejor, por la nada". "No" porfió el viejo: "No. Por la verdad vencida. Por la tierra sin fe. Y la mujer-madre indestructible".

"Che, ¿pero aquí están todos embalsamados? ¿Nadie puede bailar otro *ratito*?" casi gritó Papá Noel, para enorme beneplácito de la viuda y el pianista: "A ver maestro: haga correr la cinta y ofrézcanos algún *merengón de la marginación*. El más loco más sucio más escandaloso y más libre que tenga, por favor". "Claro que tengo" carcajeó mi padre: "Justo el que viene ahora. Aunque este fue estrenado en plena calle recién cuando el botija Campbell denunció al Papalote y se armó el gran escándalo". "¿Cómo? ¿Hubo denuncia concreta? Eso no lo sabía" salta el empelucado. Y mi padre me mira y siento que me toca contar, otra vez.

Ya faltaban pocos días para que volviera el Chueco. Aquella mañana el Papalote y Ma-Sa estaban ensayando mi canción preferida, *De tu boca* -algo que nunca fue merengón ni bachata (ni tampoco una mezcla al estilo bolero-chachachá) y que surgió cuando mi padre invitó al negro a ver *Semilla de maldad* y salieron enloquecidos con el *rock and roll* de Bill Halley.

*Y qué importa / si en mis sueños no te encuentro, empezaba cantando el Papalote: este amor que llevo dentro / no se tiñe, no se borra. / Y qué importa / que ahora viva en tu cintura / como ola sin espuma / recorra el mar de tu cuerpo.* Y Ma-Sa respondía: *Y qué importa / si al final ocupas todo / y me entrego a tu simiente / y te entregas como siempre.* Y de golpe hay un silencio que me eriza y el lobo gruñe, hasta que abandonamos el puesto de vigilancia y bordeamos los aromos en dirección al club. "Quietos" nos grita el negro, con voz tensa y quebrada: "El amigo ya se va. Ustedes quédense quietos". El club medía un metro y medio de alto, y tenía una abertura-puerta y una ventanita-respiradero frente a la que estaba parado Ricky Campbell. Nosotros lo veíamos sólo a él. Ricky tenía mi edad, y era flaco cabezón y muy rubio, como el padre. Apenas nos conocíamos de vista (de las papaloteadas en la cantera y de la primera noche que el padre lo trajo a lo del Chueco). Entonces él empieza a caminar hacia atrás y las pecas y los ojos azul piedra repulsivamente iluminados. Claro: saltó el tejido del fondo de la casa -pienso, pegándole una patada a la arena. "Bueno, el ensayo sigue porque esta noche hay que grabar sin falta" decidió el negro, y suspiró muy hondo: "A sus puestos, caballeros". Y enseguida cantó: *Y qué importa / que la noche vista a oscuras / si tu rostro en vez de luna / mi cuarto menguante alimenta. / Y qué importa / que la brisa se desnude / si tu amor sopla de golpe / y me arrastra en una nube.* Y ella le contestó: *De tu boca / dame más que se me agota / y recuerdo el último intento / de vivir en un solo cuerpo. / De tu boca / donde emigra mi ternura / donde apago el sol de mi hoguera / y en la sombra un beso me quema / dame más que se me agota.*

Las grabaciones eran operativos secretos que los días de semana me correspondía organizar a mí, antes que mi padre llegara del trabajo. Manolita estaba casi siempre dispuesta, y después de arreglar la hora sólo había que correr hasta la cantina del Club Marítimo para avisarle al Papalote. Aquella tarde yo empecé a ponerme nervioso recién

cuando Ma-Sa apareció en el jardín con el vestido de volados y lunares blancos. Estábamos sentados todos (menos el viejo) en la hamaca grande, frente a la cumbre de un crepúsculo que olía enervantemente a glicinas. “Andá, hija. Sacate eso” dice mamá, cariñosa: “Eso es para salir, o para alguna fiesta. ¿No te das cuenta que si lo usás en casa parecés una chirusa?”. Entonces Ma-Sa posa un momento la humedad de sus ojos sobre mi erizamiento, y vuelve para adentro a cambiarse. “Pobrecita” chista la vieja: “Vaya a saber adónde irá a parar esta criatura”.

Cuando llega mi padre alcanza con hacerle una seña muy leve para que recoja el termo y el mate, y anuncie que me van a acompañar a estudiar un poco el piano. La cita es a las siete. Entonces vemos estacionar un flamante coche sport frente al boliche, y mi abuelo -que está sentado en la vereda- gargajea con desprecio. Ma-Sa se puso más roja que el cielo y yo empecé a temblar mientras nos cruzábamos con los dos metros de Mr. Campbell (sonriente sobrador y rumiando *chiclés* a lo Marlon Brando) que nos dejó pasar haciendo una reverencia, aunque no nos saludamos. “Lo único que le faltaba a ese boliche podrido era que volviera el yanqui a revolver la mierda” se desbocó mi padre, castigando la campana de los Torres con nuestro 1 / 4 / 2 (ya extensivo al Papalote). Y yo miré a Ma-Sa y ella bajó la cara.

El Papalote está más borracho y ceniciento que hace un rato, cuando lo vi en la cantina del Marítimo. “No me parece que se haya curado mucho haciéndoles el club a los gurises, compañero” lo rezonga mi padre con tierna firmeza. Y el negro se levanta apoyándose sudorosamente sobre el perro -como si llevara la luna cargada en la espalda, otra vez- y se endereza frente al autorretrato. *La noche oscura no brilla / más que sobre la verdad*, contestó: *Y lo que sea enfermedad / es paloma de otra orilla*. Manolita aplaudió, aunque se arrepintió enseguida. “Es cierto lo que dice don Pepe” lo sermonéó alzando un dedo: “Si no vuelve al hospital para que le hagan el análisis no va a poder curarse”. “Don Pepe sabe muy bien que lo que hay que reforestar a tiempo es el corazón” retrucó el Papalote: “¿Grabamos, compañeros?”.

Y grabaron *De tu boca*. Pero esta vez el negro ubicó a la infanta en posición cabalgadora sobre uno de los brazos del sofá y él se sentó en el suelo. No hubo percusión. Y recién me doy cuenta que esta mañana tampoco hubo percusión. Las manazas del negro están entrelazadas como frente a un altar. Y ahora la infanta cierra los ojos durante cada solo, y al terminar la última estrofa observa el techo sonriendo y la mirada de oro macizo del Papalote parece haberla penetrado con suavísima ciencia.

Al volver a casa ya no encontramos el coche de Mr. Campbell. Pero el ambiente del boliche estaba muy picado: hasta se oyó un chiflido de los que se dedican a las mujeres-bombas, que no podía estar dirigido a nadie más que a Ma-Sa. “Tranquilos, hijos” murmuró mi padre: “Esto es pura basura”. Y yo pienso que la precaución tomada por el Papalote de volver a la playa haciendo un rodeo -a través del baldío del Marítimo- es digna del mismísimo Shane. O de John Payne, en *Rumbo a Santa Fe*.

La cena fue terrible. Mamá y mi abuela estaban con trompa, y el color de la hinchazón dejada por la lloradera no era el de siempre. Y cuando mi abuelo se levantó y le acarició la cabeza al pasar a Ma-Sa sentí que el lío era grande. La culpa debe de ser de los yanquis podridos -pensé, acordándome de Guillén. Después mis padres se encerraron mucho en el dormitorio y la vieja se quedó relojeándonos con cara de milica. Hasta que mi padre entra fumando a la cocina y dice: “Monaquito, tenemos que hablar. A solas”. Y sonrío hacia Ma-Sa y agrega: “Es por una cuestión del catecismo. Vos podés irte a la cama tranquila, nomás”. Pero ella nos mira fijo -y mira todavía más fijo a la vieja- y se escapa envarada por el odio. Y cuando nos instalamos en el escritorio-oficina mi padre casi se ovilla atrás de la mesa y se friega varias veces la capa de gomina y murmura: “La mujer de Pancho vino a contar que Ricky Campbell descubrió a María Sara sentada arriba del Papalote esta mañana en el club. ¿Es verdad?”. “No sé” contesto, calmo: “Yo nunca los veo ensayar. Lo único que hago es escucharlos y vigilar -junto con el Lobo- para que nadie los interrumpa. Ricky se nos coló por el fondo”. Y aquella fue la primera noche que mi padre se pasó escupiendo hasta el amanecer.

Papá Noel liquidó la cuarta botella con medida ansiedad. “Muy bien contado” dictaminó, sin separar los ojitos diabólicos de la humareda que se bamboleaba contra el cielorraso como una gran piñata: “¿Podré dar mi opinión adelante del chiquilín? Prácticamente soy un viejo, ya. Indecente-”. “Y grosero” agrega Melchor, que lleva el JB más que mediado: “Pero el chiquilín acaba de contar un episodio que muchos considerarían pornográfico, y hasta merecedor de una taquillera guirnalda verde. ¿De qué puede asustarse?”. Entonces el barbudo se agazapa recogiendo sus piernas de peso pesado y sentencia: “*No hubo violación. Vale decir: La chiquilina no logró violar al Papalote. Se necesitan dos miradas con el infierno adentro para eso. Y el supuesto mal tipo era mucho más santo que pervertido. Lo que para mí lo vuelve -en definitiva- poco interesante. Claro, hay que reconocer que para ser un seductor a lo Kierkegaard se precisan cojones de los buenos. Pero la seducción celestial dura todavía menos que la pureza original. Y María Sara debe estar trabajando con su mamita en el barrio Borro, a esta altura. Bueno, pido disculpas y ofrezco mis más especiales respetos a la dueña de casa y al pianista -que se las arreglaron para dar sus pasos de baile sin mostrarnos la lengua- pero debo retirarme a tratar de reenganchar a la diosa. ¿Sería mucha molestia hacerme oír el merengón de la marginación antes de irme, maestro? Aunque sin demasiados prolegómenos, por favor*”.

Mi padre hizo funcionar el aparato sonriendo forzosamente y apenas aclaró: “El verdadero nombre del merengón es *Razones*. Y enseguida escuchamos la acaramelada voz juvenil con que el negro grabó su penúltima canción: *Nos encontramos una tarde / bajo el sol de primavera / tú caminando entre mis pasos / yo vistiéndome en tus huellas / y nos amamos cara a cara / y nos besamos en la calle / y tanto amor se fue fundiendo / como un río de agua errante / tu boca atraca un viejo cuerpo / siembro anclas en tu talle / ya nos amamos cara a cara / ya nos besamos en la calle / ahora pregunto si a esta altura / vida puedes olvidarme*.

Papá Noel largó una carcajada incrédula y libidinosa al mismo tiempo, y salió del caserón haciéndonos retemblar con otro portazo. “Qué hombre más divertido” dice Manolita agarrando los Richmond: “Y a todo esto: ¿no se sabe nada nuevo de María

Sara, don Pepe?”. “No” desnuda una mueca verdosa mi padre: “La Visitadora Social quedó en terneros al tanto. Pero todavía no recibimos ninguna noticia”. Baltasar descorchó la segunda botella y de golpe sus ojos ahuevados empezaron a flotar humeantemente en una especie de sedosidad fija, apenas remecidos por el oleaje del tic. “Abominación y emputecimiento” pareció dirigirse a él Gaspar: “*Y un no sé qué que quedan balbuciendo*. Siempre la misma trinidad fatídica”.

“No: falta el cuarto elemento” fabrica una trompa intrigante Melchor, y demora muchísimo en prender otro cigarrillo y prepararse otra copa: “Falta la mascarada, mi querido. El adiós subversivo. Disculpe, señor Rosso: usted dijo que el Papalote estrenó ese merengón en la calle-”. “Sí. De tarde temprano y bajo un aluvión de tomatazos” explicita mi padre: “Es que-”. “Es que él *lo hizo* desconfiar. Por gusto. A usted y a todos: él no tenía otra cosa para compartir que su muerte pero *hizo la comedia*, primero. Les montó la comedia de la felicidad depravada con paciencia y dulzura, para demostrar que él estaba moribundo pero *vivo de veras*. Negoció con el gringo (y aquella noche se emborrachó hasta reconciliarse con la putrefacta grandeza de la especie) y construyó el club y se encerró a acariciar a la chiquilina igual que si ella fuera su hija. Claro que en cierta forma *la utilizó* (y habrá tenido que digerir algún pensamiento sucio y digno de la guirnalda verde, obviamente) pero para purificarla. O prepararla para noches futuras y violentas: digámoslo así. Y cuando les cantó el merengón desfachatado fue como si estuviera entrando con la infanta en los brazos en el corazón de un barrio-andurrial bombardeado por la bestialidad la estupidez el odio y toda la basura adánico / évica. Con la victoria muerta en sus brazos, pero con la fe intacta en su pureza absurda. Y repitiendo secretamente la palabra *mierda* como quien reza o canta. O eyacula. Discúlpenme, muchachos: pero el que no lo ve así es un burro”.

“Miren” dice Manolita, perdiendo imperceptiblemente la complacencia: “A mí me han resultado muy interesantes y divertidas todas estas pesquisas. Y les agradezco muchísimo el trabajo que se han tomado en venir hasta aquí desde tan lejos. Pero todavía falta escuchar algo. Y además Dios podrá existir o no (y podrá pagar o no) pero lo que se han olvidado de puntualizar es que a los artistas siempre les paga el diablo”. Y ahora es el autorretrato el que parece observarla a ella con desgarrada devoción. “Bueno” complementa mi padre (que casi no tomó alcohol): “Lo que todavía nos falta escuchar es la última bachata, *Estrellitas y duendes*. El Papalote vino a grabarla la mañana que apareció muerto el Lobo. Y además agregó una especie de despedida, o como quieran llamarle”.

La última voz del negro suena hondamente aguda y cascada, aunque cuando empieza a hablar se le vuelve de oro: *Morir cuerdo y vivir loco / como aventura no es poco. / Pero solo: qué tristura*, recitó. Y nos pidió: “No se olviden de verme, compañeros. Y no escuchen de mí más que la fe en el otro. Yemanjá del Mar Dulce -la madre de este mundo, que nos reclama el pez de la purificación- sabe bien quién soy. Y Juan Guerra va a volver como todos los hombres. Porque un hombre *no cabe en la muerte. Y los ojos de un perro menos, todavía. A GOZAR Y BRINDAR, MILICIAS DE LA REDENCIÓN!!!! QUE NO QUEDE TRISTEZA VIVDA EN EL CAMPAMENTO!!!!*

Mi padre apagó el grabador y Baltasar se dio vuelta en el banco del piano y tocó algunas frases que hicieron que Melchor y Gaspar levantaran sus vasos al mismo tiempo y quedaran mirándose no exactamente tristes, sino con cierta irredimible impotencia. El jazmín del país comenzaba a imponerse sobre el incienso rancio de los espirales. “Qué maravilla” dijo mi padre, golpeándose la frente para matar un bicho que le dejó tatuada una estrella de sangre. Y yo siento que lo que tocó el empelucado son verdaderos *versos* (y tendré que esperar cerca de veinte años para leerlos traducidos en un poema de Gelman).

Los reyes levantaron campamento enseguida y los despedimos sin salir al jardín porque ya era muy tarde y Manolita todavía tenía que arreglar un asunto con mi padre. El exigido motor del Fregate retumbó noche abajo como la retirada -no precisamente victoriosa- de una patrulla de sobrevivientes. “¿Habrás tenido suerte Papá Noel con su Luz?” hace tintinear su boca Manolita, mientras la ayudamos -a pesar de sus protestas- a despejar el salón. Y al sentarnos agrega con mansa gravedad: “Don Pepe, usted todavía no sabe que el Papalote me pidió que borrara esa cinta apenas terminara de escucharla con los amigos. Pude copiar las letras, si quiere”. Entonces tengo miedo de que mi padre vuelva a escupir hasta el amanecer. “¿El mismo cuento de Silvio?” atinó a protestar: “Pero usted recordará que Kafka-”. “Pero yo no soy Max Brod” lo cortó Manolita: “Tenga fe en lo que dura”. “¿En qué?” casi gritó mi padre, parándose para irnos. Y de golpe nos miramos y él entreabrió una risa oscura y dijo: “No te olvides del alma, isabelino Pena”.

## **CUATRO: LA BATALLA**

NO PARECÍA un domingo de tarde porque Liverpool había ganado cómodo y en lugar de esperar el ómnibus en Carlos María Ramírez bajamos caminando por Agraciada a encontrarnos con el tío Jorge. Nos sentamos un rato en Devida. Mientras comíamos una pizza a caballo mi padre contó cómo acababa de partirse el brazo el centrofóbal de Rampla: “Te juro que nunca vi una cosa igual. Saltan a cabecear con el Tito Romero y de golpe se oye un CRACK y el tipo cae fulminado y entra corriendo el masajista y le coloca el antebrazo en su sitio igual que cuando das vuelta un muñeco. Algo increíble”. Pero yo no lo vi. Estaba distraído observando la gran columna de humo quieto y azul que empenachaba el fondo de la tarde. Y después que se llevaron al centrofóbal de Rampla entre varios y lo bajaron por el túnel le pregunté a mi padre si ese humo salía del cementerio de La Teja y él no me supo contestar. Pero empezó a apretarse el pecho a la altura del corazón, a cada rato.

Ahora caminamos en dirección al Prado bordeando una alameda de casuarinas. Todavía no me acuerdo que mañana de mañana tengo clase de piano y mi padre tiene que ir a trabajar a la Caja y al quiosco. “Che Jorge” pregunta él, con cara de Isabelino Pena: “¿Vos por casualidad nunca escuchaste hablar del Papalote, allá en Maldonado? Es un negro de La Paloma que fue lobero toda la vida y vino a parar a Punta Gorda no sé por qué misterio”. Entonces mi tío se frena, y al torcer la cabeza el sol lo hace entornar los

ojos. “Claro. Un negro muy mentado” dice recobrando su característico tranco paseandero, con las manos agarradas en la espalda: “Pero nunca lo pude conocer. ¿No es payador, también?”. “Y *canta* como los ángeles” levanta la voz mi padre: “Tiene una canción que se llama *Burbujas de amor* -una especie de bolero amerengado- que te hace tocar el cielo”. Y se friega el resplandor reseco de la gomina y vuelve a apretarse el pecho hasta que de repente nos quedamos sin sombra, y la calva de tío Jorge se apaga.

Mi padre sacó los cigarrillos con indisimulada avidez. Yo me quedé mirando el parquecito -con los botes y los juegos llenos de gente- y sentí sonar el CRACK del domingo. “¿Querés ir a dar una vuelta en la calesita cuando se vaya tu viejo?” me preguntó mi tío. “No” debo haber rogado mudamente. Porque a él se le nubló y desnubló la mirada y preguntó: “Che, Pepe: ¿así que te hace tocar el cielo, ese negro? ¿No podré contratarlo para que venga a cantar a la misa?”. Pero ninguno se rio demasiado, y después que cruzamos el puente y pasamos entre los eucaliptos de la cancha de Wanderers mi padre se fue al velorio que había en la cuadra donde vivíamos antes. Nosotros torcimos hacia el rosedal.

“¿Y? ¿Cómo te va en el catecismo?” me pregunta mi tío, al sentarnos bajo un farol que parece recortarse sobre un rosedal espacial. “Bien” murmuro. Y enseguida recupero la voz franca para preguntar: “¿Qué quiere decir *redención*?”. Y mi tío abre una sonrisa de labios cerrados y demora bastante en sentenciar: “Viene a querer decir *liberación*: ese es el mejor sinónimo. Sería como si a esa gente que estaba tratando de divertirse o distraerse un rato en el parque se le fuera del todo la desesperación. Y el miedo”. “¿Y qué es un *héroe*?” me animo a seguir investigando. “Ah. Depende. Hay héroes y héroes” vuelve a sonreír mi tío, aunque con los ojos serios: “¿Qué es lo que te gusta recordar de cuando vivías en el Paso Molino, por ejemplo? ¿Prefería acordarte de aquellos mamarrachos que te hacían recitar o de los cuadros que pintabas escuchando la radio en el altillo? “.

*El aire es de terciopelo* -pensé. Y dije: “Mamá es buena”. “Nadie dijo que fuera mala” me agarró la rodilla tío Jorge: “Pero el héroe de verdad no hace nada para lucirse ni para hacer lucir a los otros. Ni para que le paguen. Y la mayoría de las veces le pagan agarrándolo a pedradas, además. Ya me enteré de lo que te pasó el domingo en el cine. Pero la verdad de la milanesa es así. O más o menos así. Y nunca te olvides esto, porque no te lo van a enseñar en ningún catecismo. El héroe es el que se abraza con la vida y hace lo que tiene que hacer aunque sea imposible. O aunque lo crucifiquen”. “¿Y uno cómo se da cuenta de lo que tiene que hacer?” pregunté, escudándome con mis flamantes paletas de aperiá. “Uno va probando” suspiró hondo mi tío: “Uno se mete en la batalla -sobre todo en la batalla que tenemos que pelear eternamente contra nuestras propias cagaleras- y trata de aprender lo que se precisa para ser un buen centrofóbal. Hasta que un día te das cuenta que el que está mandando es Dios. No vos. Entonces te sentís bien de verdad. Porque Dios paga de verdad”.

*Por el camino violeta / cual a través de una grieta / se ve cómo piensa el cielo* -estuve a punto de decir en voz alta. Pero pregunté: “¿Y qué es lo que le pasa a mi padre cuando se pone loco?”. “Eso es mejor que te lo conteste él” le tocó mostrar los dientes a mi tío:

“Lo de hoy no es nada. Tiene miedo a infartarse porque el ex-vecino de ustedes se murió de un infarto. Siempre fue igual, tu viejo. Che, pero decime una cosa: ¿no le podrían pedir al Papalote que les enseñe a tocar el cielo como Dios manda, a ver si se me dejan de joder de una vez con el cagalerismo?”.

MI PADRE fue distinguido por la prensa como una de las revelaciones juveniles del primer torneo metropolitano de ajedrez que se jugó en 1935, confrontando a clubes integrados por jugadores de todas las categorías y edades. Él tenía 15 años. A los 17 ya estaba en segunda categoría fichado por Peñarol, y llegó a jugar una simultánea con Alekhine. En aquella época se acostaba a las cuatro de la mañana y soñaba tres horas con la partida ganada perdida empatada o suspendida y a las siete se tomaba el tranvía para ir a trabajar y de noche le prohibían apoyarse en la mesa porque hacía temblar el tablero. A los 20 años abandonó el ajedrez. Después fue dirigente de Liverpool durante bastante tiempo, hasta que un día un amigo lo llevó a conocer el Taller Torres-García - donde había lugar para intelectuales productivos o improductivos aficionados a cualquier disciplina- y se quedó sentado para siempre la diestra de la belleza.

“¿Cuándo vas a empezar a escribir las novelas de Isabelino Pena?” le pregunté después que acompañamos a tío Jorge hasta la Estación Central y nos tomamos un taxi porque ya era muy tarde. “Uh” sopla el humo él, entre triste y divertido: “¿Qui lo sa, Katz? A lo mejor tendría que ser como Hammett, que primero fue detective y después se largó a escribir. Pero eso es medio bravo”. “¿Detective?” pregunta el taximetrista: “Disculpe que me meta, pero si decide agarrar ese laburo yo soy el primer cliente. Preciso que alguien mate a mi suegra. Con urgencia”. Mi padre lo acompañó en la carcajada y aclaró: “Usted está confundido, compañero. Yo dije detective, no pistolero”. “Bueno” contragolpeó el otro, entusiasmado por el jugo que le estaba sacando a la conversación: “No se me ponga exquisito. ¿Se acuerda de Humphrey Bogart en *Al borde del abismo*? Cuando tiene que meter plomo no le hace asco. Y si usted conociera a mi suegra-”. Mi padre se apretó el pecho. “Mire: si usted conviviera una semanita con mi suegra me daría la razón” insistió el taximetrista, despeñándose casi tiernamente hacia la promiscuidad: “Nos está cagando la vida a *todos*. ¿Me lo puede creer?”. “Puedo” dice mi padre: “Pero yo creo que eso es cuestión de cuerpearlo, ¿no?”. “¿Cuerpearlo?” suspira el otro: “Yo ya estoy frito, viejo. A mí me embagayaron desde antes de casarme. Me doraron la píldora, ¿comprende?: que primero alquilamos todos juntos porque así es más barato y patatín y patatán. Y si ahora llego a decir de mudarnos sin la vieja, mi mujer se divorcia. Le juro que se divorcia”. Ya estábamos a mitad de camino, y de golpe no hablaron más y mi padre se empezó a masajear el costado izquierdo por abajo de la camisa. “¿Sabe lo que soy yo?” volvió a desembuchar el taximetrista recién cuando cruzábamos el puentecito de Caramurú: “Soy un tipo demasiado bueno. Y eso es algo muy jodido. Cuando *todo* el mundo dice que usted es un pan de Dios, es porque se jodió: acuerdesé lo que le digo. Y disculpe que me meta”. “No, por favor” sonrió mi padre: “Cuando sea detective voy a tenerlo en cuenta, se lo aseguro”.

Apenas bajamos del taxi escuchamos que nos llamaban a gritos desde la casilla del Chueco y nos quedamos duros. “A ver, Abelito y don Pepe: arrímense a festejar, que hay pa todos” vociferó más claramente el veterano de Maracaná: “Desplumar a un

japonés tres sábados seguidos no es chimichurri, viejo”. Mi padre me señala con los ojos al Papalote y al Lobo, sentados en el extremo de una mesa donde también pueden distinguirse las cabezas de Mr. Campbell y Ricky. Al trasponer al portón descubro a Ma-Sa acurrucada en la hamaca, disfrazada de pelirroja jolivudense. Estaban todos borrachos menos Ricky y Ma-Sa: la mirada del chiquilín monstruosamente cabezón fosforecía posada sobre la pequeña máscara de maquillaje.

“Vo, nene” me dice el Chueco, sirviéndome Coca-Cola: “Mirá que ya los anoté en un cuadrangular de rompirraja y ahora hay que meter pata en serio. Ya llevamos dos semanas sin practicar pero el sábado que viene se acabó el relajo. Empiecen a agenciarse una sede, nomás, que el club se va pa’arriba como pedo de buzo. O eructo de almeja”. “Podríamos ayudarlos a levantarse un sucucho como el de la barra de la pequeña Lulú, en cualquier baldío” se ríe mi padre, desahogado por un gran trago de grapa con limón. “*Cuando reclino la frente / no se me cae el perfil / y si se precisa gente / me ofrezco como albañil*” improvisa el negro para delirio del lungo y esquelético Mr. Campbell, que a pesar de la pinta y el *chicléts* es más criollo que Amalia de la Vega. “Ojo, gringo” dice el Chueco: “Andá a cambiarle el agua a las aceitunas, porque vas a terminar regándome el patio”. Campbell le hace caso y entra a la casilla exagerando otro juvenil ataque de risa que nos hace tentar a todos. “El sábado viene el gringo a dejar las plumas, también. Ya arreglamos” eructa el veterano de Maracaná, con las córneas enardecidas: “¿No se canta una, don Papalote? Estamos entre gente respetuosa. Por algo lo invité a mi rancho, ¿no?”.

Mi padre se sirvió más grapa. Entonces el Papalote (que huele más a tripulación del Corsario Negro que a rosedal) se encasqueta parsimoniosamente el sombrero y se sienta en la tierra, frente a un eucalipto talado al ras. Pero antes hace una sola seña misteriosa - parecida a la del truco- y mientras el perro se le acerca jadeando cavernosamente, la infanta corre hacia adentro y a los cinco minutos vuelve con las facciones inmaculadas y tristes que resplandecen en las estampitas. Detrás de ella llegó Campbell, sobreactuando esos lúbricas al caminar. “Al morochón le deben gustar las pollitas en estado de gracia” murmura: “Igual que a mí”. Y el Chueco lo fulmina con un gelatinoso odio color malvón, pero no dice nada.

*Ay ay ay ay ay si yo fuera un pez / nadando al cruzar el agua, se lanza el Papalote: y un collar te diera / con besos de arena y algas. / Ay ay ay ay ay si yo fuera un ave / mi vida volara al cielo / buscara arco iris / pa’hacer una trenza en tu pelo / y te diera el verde / rizado del llano / y la cordillera de mi mano / y un racimo’e nubes / bajo los cristales / y el rocío que moja los rosales. Y aquí frenó un momento para estirar una manaza y besar la luz oceánica del vaso mientras su miopía se alzaba hacia la hamaca. Y volvió a tamborilear y a berrear junto al Lobo: Ay ay ay ay ay si tú fueras pino / que naciera en matorrales / en la noche oscura / de estrellas te hiciera un traje. / Ay ay ay ay ay si fueras cocuyo / pediría ver el río / yo sería la luna / que prendiera tu cariño / y tu cuerpo frágil / hiciera de flores / y serías el sueño de mis amores / y un jardín de espumas / colgaré en tu cuello / y serías la reina de mi reino.*

Hubo un aplauso general aprovechado por Campbell para agarrar al chiquilín de la mano, saludar con una reverencia y desaparecer dando zancadas perfectamente ágiles. La mirada del Chueco seguía inyectada de odio. Pero cacareó, meloso: “Lo invito a barajear el sábado, don Papalote. Aunque si juega al póquer como canta, va a dejarme en la lona”. “*Póquer no juego, señor*” retrucó el negro, incorporándose con la guayabera hinchada por un brillo giboso: “*pero apuesto que el domingo / mi papalote demuestra / que su pandorga no es pingo*”. El Chueco era igual de petiso que mi padre, y su gran cabeza motuda cimbró como la de un muñeco con resorte al jadear: “Hecho. Y a faca”. Y el negro contestó, dirigiéndose al lobo: “*¿Así que quieren batalla? / Sí, mi rocín: / donde haya*”.

AL OTRO día mi padre pasó primero por lo de Manolita, al volver del trabajo. Yo lo escuchaba en el escritorio-oficina escuchando a los Lecuona y escribiendo un poema-homenaje a Nicolás Guillén que titulé: *¡Oh, Cuba!* Él tuvo que pegar una patadita para que le abriera la puerta, porque traía el termo y el mate abajo de un brazo y el grabador abajo del otro. Me sonrío, feliz. Y yo pienso: Chau infarto. “¿Sabés que cuando me bajé del 203 tuve la corazonada de que el Papalote había grabado algo nuevo esta tarde y paf, le pegué a la piñata?” informa con una especie de modulación premonitoriamente encubridora. “Grabó *Rosalía y Reina mía* (el merengón de anoche) pero agregó una maravilla largada hace años, en La Paloma. Así le dijo a Manolita. Lo que no puede creerse es que de repente estoy escuchándolo y se me ocurre -clarita- la solución del problema que no pudimos resolver anteayer. A ver, colocá las piezas”.

Y sacó a los Lecuona y puso el Nuevo Mundo. Yo dejé mi cuaderno -con el poema prácticamente terminado- al lado del tablero. Dvorak parece hacer resplandecer sobre las piezas el aguacero que sacramentó el primer encuentro entre el Papalote y Ma-Sa. “Tácate” dice mi padre, acariciándome un dedo: “El caballo. Ahí está la solución: jugado en seis alfil rey defiende a la dama y dan mate las negras. ¿Entendés?”. Entonces recojo el cuaderno y la lapicera y liquido el poema en un momento y se lo alcanzo. Él lee en voz alta, plácido: “*Oh, Cuba / tu canto / suelto y sin ceño / semeja a un zorzal / sin plumas. / ¡Oh, Cuba! / qué desgracia / te ha caído / en tu alma blanca / y tu piel negruzca. / ¡Oh, Cuba! / fuiste criada / con la mano ruda / que casi siempre incubaba / la desgracia / para tu cuerpo. / ¡Tú sudas! / ¡Oh, Cuba! / ¡Levántate! / y verás quién gana, / si la negra piel / con alma blanca, / si la blanca piel / con alma negra. / ¡Oh, Cuba! / Zorzal sin plumas con alma blanca / con piel oscura*”.

“Andá, Monaquito” dijo mi padre, impasible: “Traeme *El País* de arriba de la mesa de la cocina. Y cuando vuelvo me señala una foto borrosa que muestra a dos guerrilleros cubanos en la Sierra Maestra. “Cuba ya se levantó” sonrío: “No te preocupes”. “¿Y si ganan no les puede pasar lo mismo que al padre de Jacobo?” pregunto. (Jacobó es un compañero de clase que entró a la escuela a mitad de año y tiene unos ojos claros siempre demasiado abiertos y no juega con nadie ni parece interesarse por nada. Su apellido es Arbenz.)

“Calma” dijo mi padre: “Hay que esperar a que llegue el puente para cruzarlo. Pero escuchá, escuchá este merengón. Se llama *Mi tambora*”. Y ensobra el long-play del Nuevo Mundo y antes de poner en marcha el grabador disfruta un mate hermosamente espumoso. Yo observo la maternidad de Gurvich, hasta que el Papalote me cubre con la voz de una seda inusual: *Nunca dejes de sonar mi tambora / archipiélago de toques dormidos / en el suelo de una muerte sonora / muerte de madera y chigo. / Nunca dejes de sonar mi tambora / crisantemos despeinados te adornan / y la ruina se ha postrado en tu cama / y te roza. / Suena un ángel / viste de tambora / tierra adentro / con la tumbadora / mil luceros / bordan tu corona / nunca mueras / mi tambora*. Y entonces miro el Cristo, y después de un silencio vuelvo a volar hacia la luz remota del quilombo: *Nunca dejes de sonar mi tambora / tu cintura aroma de aserradero / y derrama de otras manos tu sangre / ve pariendo un tamborero. / Por los aires / sueña mi tambora / tierra adentro / con la tumbadora / mil luceros / bordan tu corona / nunca mueras / mi tambora*. Y exactamente encima de la última palabra se oyó el chillido de la vieja llamándonos a cenar.

Mientras cruzábamos el patio mi padre me contó que el negro nos había mandado invitar -por intermedio de Manolita- a presenciar el *nacimiento del papalote*. “Es este sábado, al salir el sol. Yo no tengo problema porque en el quiosco le puedo pedir a Cachongo para trocar turnos. Lo más peliagudo va a ser encontrarte un suplente a vos, allá en el catecismo”. Y carcajearnos hermanados por la irreverencia.

Hay olor a tallarinada con estofado, pero no se oye la radio. Y cuando entramos a la cocina mamá dice que el viejo comió unas tortas fritas de ayer y se metió en la cama. “Es tristeza” chista la vieja, hambrienta: “De joven se ponía así, también. Llegaba del trabajo y comía cualquier cosa y enseguida se iba a dormir. Y no podías ni hablarle, porque te puteaba. Se pasaba días así. Hasta que inventé un gualicho: lo esperaba con una caña con una cucharadita de azúcar adentro y santo remedio”. Y una raja de baba color tuco se le cae de la risa. “Habría que decirle al gordo que le metiera un terrón de azúcar en la caña, entonces” interviene mi padre. “No. Dejate de embromar con ese boliche” gruñe la vieja: “Ahí no pisa más. La tristeza se nos va sola, a nosotros los viejos”. Y mamá la interpela con una mirada de nácar ausente y propone, respirando hondo: “¿No me hacés el favor de lavar los platos vos, esta noche? Te juro que siento una pesadez tan divina que hoy me voy a tirar a *descansar* en serio. Y si encuentro caballeros que quieran acompañarme, mejor”

Cuando me empecé a dormir debía hacer una hora que estábamos callados. Mi padre se había sentado en la cama a fumar con una mano puesta sobre la cabeza de mamá, que tenía una espesura de misal en los ojos. Y de golpe veo un rosal y una ciervita blanca que salta suavemente -como tamborileando- de estrella a estrella. Después Gurvich sale de un quilombo en un caballo negro y canta el Nuevo Mundo.

MAMÁ ME dejó faltar al catecismo casi con gusto, y aquella madrugada ni siquiera se despertó para chinchear con la ropa que tenía que ponerme. El viejo ya estaba preparándose el mate en la cocina. Cuando me senté a tomar el tazón de café con leche

sentí acercarse por atrás el triste olor a limpio de la leñadora y después una mano hormigonada frotándome el pasamontaña. “A tu abuelo le gustó que te levantaras a ver amanecer” dice mi padre, mientras atravesamos el frío azul (todavía satinado temblorosamente por los faroles y el estrellerío) que sube de la playa. Hay un alto fulgor amarillo limón sobre el que se recorta el lomo de la Punta Gorda. El mar ya transparenta una tersura rojiza, en cambio. Y recién al cruzar la rambla distinguimos el humo que emerge de los árboles que rodean las casillas de los pescadores: es como si trepara al lugar exacto donde remolinean chillando las gaviotas entre algún eco ocasional de perros o de gallos.

El Papalote estaba tomando mate de espaldas al braserío. Nos saludó inclinando la cabeza y señaló un tablón montado sobre piedras -y ubicado al abrigo de los transparentes- para que nos sentáramos. Había un olor rancio parecido al del bacalao que comíamos los viernes santos. El negro tenía a mano las varillas el papel cometa el hilo la navaja el engrudo y el traperío que le juntamos durante la semana, pero seguía sondeando el horizonte con unos ojos aterciopeladamente absortos. Mi padre empezó a cebar su propio mate. Estuvimos callados (y exhalando humedad como si fumáramos) hasta que el sol rebasó el filo terrestre y los ronquidos del Lobo y de Cherro empezaron a apaciguarse, dentro de la casilla. Entonces dice el negro: “Acaba de aparecer la última sextilla del bautismo. A mí me gusta bautizar a cada papalote con una serenata”.

Y empieza desenrollar, con firme lentitud: *El alba trepa en el mar / como una cumbre plateada / como una tierra sembrada / de oleajes fosforecentes, / y no surge de repente / ni se asoma de la nada. // Larga noche del Mar Dulce / y más que larga estrellada / sobre la brasa enterrada / y el ojo que no se cierra / y el corazón de la tierra / que nos quema la mirada. // El lucero no está solo / si el hombre brilla con él / como no está solo aquel / que hace luz de su pobreza / verde amargo que se besa / cuando el sol roza la piel. // Ah noche de Yemanjá / ah patria de amaneceres / yo vengo de donde fueres / y hacia tus naceros voy / el canto en vela te doy / para que no desespere.* Mi padre se puso a frotarme el pasamontaña hasta que me hizo sudar la cabeza y preguntó: “¿Y toda esa serenata le acaba de salir de un tirón, don Papalote?”. “Sí. Y empezó a aparecer cuando el mar se puso plateado” murmuró el negro. “¿Y ese poema lo hizo usted o es del otro Juan Guerra?” me animo a preguntar. Hay un denso silencio. *Yo remonto el corazón / de mi padre verdadero,* contesta el Papalote, requintándose el panamá, *cuando en el viento del son / se me cae el mundo entero. / Y a nadie pido perdón - aunque el conuco me ladre- / por volar al corazón / de mi verdadero padre.*

Y empezó a trabajar con las cañas. Yo no le había entendido bien la respuesta, pero aquello del *padre verdadero* y el *verdadero padre* quedó planeando en el aire anaranjado como la deslumbrante multiplicación de las gaviotas. “Perfecto” dice el negro, cuando termina de armar el esqueleto hexagonal. Y mira el sol -ya hecho una llamarada sobre el plano del mar- y agrega: “Uno tiene que imaginarse que hay que desempañar el cielo hasta que se vea un jardín. ¿Comprende? Y para eso el papalote tiene que ser perfecto. Usted tiene que verlo colear sin caerse usted. Y eso es lo más difícil del mundo: aguantarse y durar parado frente al jardín de uno. Eso es más difícil que aprender a creer cuando uno no está creyendo”.

Al rato aparecieron Cherro y el Lobo, y fueron a mear contra las rocas y se integraron a la rueda desperezándose en cámara lenta. El mar empezó a golpear la orilla de la Playa de los Ingleses, bajo las maniobras cada vez más audaces de la bandada blanca. “No hay problema. Mañana tienen viento” dijo Cherro, parándose para rehacer el fogón: “¿Dónde es la batalla, negro?”. “En la cantera” contestó el Papalote: “Va a haber sudestada. En la playa no se puede”. “¿Y cómo vas a hacer la raya de la cancha?” preguntó el otro: “¿A pico y pala?”. Y largó una carcajada hedionda y el perro pareció amenazarlo con el ojo hemipléjico. “¿De qué raya está hablando?” le pregunto a mi padre. Pero él se encoge de hombros, divertido. “De la que separa a las *milicias* de los *bagresapos*. Ahí atrás tenés uno que es uno que es mitad y mitad” cabecea el Papalote.

Cherro acusó el dagazo, perro no reaccionó enseguida. Y recién cuando el otro empezó a trabajar con el papel cometa incrustó su extraño rostro -casi femeninamente pálido, a pesar de la red de zanjones excavados por las soleras- y dijo: “Contá. Contá, nomás”. Entonces nos enteramos que aquella madrugada de setiembre de 1939 Yolanda permaneció despierta en la piecita del quilombo como si la bachata gemida por su hijonovio acabase de enclaustrarla en una gran burbuja rosada. “Yo me desperté a mediodía” contó el negro, sin dejar de manejar la navaja y el engrudo con precaución milimétrica: “Y vi el traje de fiesta abandonado en la cama y supe que ella se había vuelto *anfibia* ¿ya? Y al llegar a la cocina me la encuentro vestida de lobero -como todos los días- pero con la cabeza metida en una especie de resplandor de buzo. ¿Comprende?”. “Sí” cabecea mi padre. Y a mí me da por mirar a Cherro y él se pone medio bizco y empieza a taladrarse la sien con un dedazo y tengo que aguantar la risa hasta la desesperación.

“Y además de un chupín fenomenal -que alcanzaba para matarle el hambre a toda La Paloma- había fabricado dos papalotes” sigue contando el negro sin subir los ojos: “Uno rojo con un pescado bigotudo y cornudo en el medio y otro azul, adornado por una calavera. *Mi héroe* me dijo, descolgándose una rosa recién cortada de la oreja y alcanzándomela para que me la pusiera (uno sabe entender ese tipo de órdenes): *¿No lleva a pasear a su compañero al faro y me compone una serenata para bautizar el papalote azul antes de la batalla?* Y después que me coloqué la rosa sin protestar me alcanzó al cachorro y entonces me fajé y pregunté: *¿Una serenata? ¿De día?* -*En el faro se puede* porfió ella, ya enfrentada de nuevo a las ollas: *Usted estaba adentro mío cuando tuve que ir a la zafra del camarón, en Valizas. Todavía no me había conchabado aquí. Y una noche de luna subo hasta lo más alto y al descubrir el faro del Polonio vuelvo a oír una mañanita inventada por su verdadero padre. Eso fue en el mirador de la Punta de las Calaveras, chico. -En la Punta del Diablo, querrás decir* me animé a corregirla. No, señor mío. *Cuando Blades me trajo a vivir al Uruguay la llamaban Punta de las Calaveras, también se encocoró mamacita, emperada en no tutearme: Y además aquella noche supe que aquello que llamaban cerros de arena son montañas de calaveras. De héroes. ¿Me escuchó bien?*

Y el negro cargó al Lobo y caminó hasta la costa menos rabioso que desconcertado. Y al rato pudo imaginarse a la muchacha de rostro color té (y separadísimos ojos violáceos sobre los que flotaba un tul de un candor-desafío imperturbable frente al mundo todavía

sin parir) remontando las laderas de la Punta del Diablo: “Y entonces me senté en las canaletas de roca que hay cerca del faro” levanta la cara el negro hacia el horizonte del río-como-mar: “Y de repente supe -cuando empezó a aparecer la serenata- que aquello no era un asunto que tuviera que ver con el día o con la noche. No. La cosa es ver guiñar los cocuyos eternos. Y ya”.

“¿Y no se acuerda de aquella serenata, por casualidad?” se frota las manos mi padre, antes de prender un Richmond ostensiblemente plácido: “¿Usted nunca se acuerda nada de lo que escribe?”. El negro mantuvo alzado su perfil caballuno y demoró en contestar: “A veces queda algo apuntado. Depende. A veces quedan algunas sextillas o algunas décimas formando bandada con los cocuyos que me larga mi tío”. Cherro fue a buscar la caldera, resoplando de impaciencia. Y el Papalote recitó, como si predicara: *Se llama Punta del Diablo / aunque otros dicen que fuera / Punta de de Calaveras / y así la voy a llamar / mientras pesca su cantar / el corazón mar afuera. // Hay un celeste salvaje / posado sobre la brisa / y el amarillo ceniza / de las arenas quebradas: / la vida y la mar plateadas, en la Barra de Valizas. // Vidas que dan a la mar / hombre, diablo y calaveras / pero también la certera / certeza de caminar / de caminar y nadar / por la vida duradera. // La luna en el mirador / abre una enorme penumbra / y el corazón se deslumbra / con su porfiado poder: / poder vivir para ver / cómo la verdad se alumbra. // Se llama Punta del Diablo / aunque otros dicen que fuera / Punta de las Calaveras / y así la voy a llamar / mientras pesca su cantar / el corazón muerte afuera.*

“Pero usted tiene que haber leído una barbaridad para componer esas cosas, don Papalote” se acaricia la gomina mi padre, sin recoger la más mínima respuesta del rostro ya inclinado del otro: “¿Le molestaría mucho dejarme anotar lo que tiene apuntado?”. Y entonces el Papalote se saca el panamá y murmura, señalándose las motas jaspeadas: “Está apuntado aquí, compañero”. Y mi padre -que sin que yo supiera venía memorizando sistemáticamente y pasando en un cuaderno las coplas improvisadas por el negro- retruca, con humildad: “¿Me las podría dictar, aunque sea?”. “Con ginebra puede ser” decide el otro volviendo a acomodarse el sombrero y mordiendo por primera vez la mañana con la gran dentadura todavía intacta.

Y al rato siguió contando que Cherro apareció en el faro mientras él pasaba en limpio la serenata (recitándosela en voz alta al cachorro) y gritó: *Acomodate bien que tenés más trabajo, negrito.* Y se empapó la cara con una botella de caña blanca que tenía ya mediada y avanzó por las rocas acanaladas construyendo un tristísimo equilibrio. *Tenés que bautizar el otro papalote jadeó: El nuestro. El de los mierda.* Y le explicó que Yolanda había organizado una batalla entre los *bagresapos* (los loberos) y las *milicias de la retención* (las putas). *¿No querrás decir las milicias de la REDENCIÓN?* preguntó el negro, con ojos ahuevados. *Lo que sea,* ladró Cherro, lamiéndose la caña que parecía no terminar de chorrearle nunca por la cara: *Carajo. Pero los bagresapos tenemos derecho a unas décimas, por lo menos.* “Y yo sentí como si se me cayera el mundo en la espalda” dice el Papalote, empezando a seccionar las tiras de los flecos: “Me dolió que mamacita -loca y todo- inventara esas cosas. Entonces me arranqué la rosa de la oreja, me prendí de la botella y casi se me parte la cabeza en cuatro pero desenrollé unas décimas. Y volví en pie de guerra al quilombo”.

*¿Qué pasó, mamacita?* preguntó el negro, con mirada de Blades cargando a lanza seca: *¿Ahora resulta que son las putas las que pelean por la patria y los loberos no nos merecemos un maldito bautizo? ¿Por qué no me dijiste cómo iba a ser la-? -A vos ni te interesó saberlo, por lo visto,* lo cortó la diminuta y juvenilizada mujer color té, sin dejar de moverse entre las ollas: *¿Compusiste la serenata?* Y el negro se dio cuenta que ya no lo trataba de usted ni lo miraba como al otro Juan Guerra. “Y no tuve más remedio que recitarle la serenata” hace una trompa: “Y ella me la aprobó con la cabeza y dijo: *A ver si agilitás, porque los ejércitos están esperando en la playa. Y se viene tormenta del norte.*”

“Y puede parecer mentira pero fue recién al cruzar las vías y meternos en los médanos que me dio por pensar cuál había sido la última batalla organizada por mamacita” desnuda los dientes el Papalote, interrumpiendo el trabajo para agarrar un mate que le alcanza Cherro. “Y saqué la conclusión de que fue cuando volví de mi primera zafra en Lobos. Porque al volver de la segunda ella nos agasajó con un chupín, nomás. Yo tenía dieciocho años, me acuerdo: recién cumpliditos. Y una tristeza más grande que el mundo”.

Nos miramos con mi padre. El gavioterío trenzaba y destrenzaba una especie de laberinto espumoso y chillón que apenas rasgaba la frutalidad de la mañana. “Y esta era la primera vez que íbamos a enfilar en ejércitos distintos con mamacita, además” siguió contando el negro: “Por eso yo venía tan cabreado. Y de golpe le zampé las décimas de los loberos y ella puso cara de no estar escuchándome, aunque cuando pisamos la arena dura se frenó y me arrostró: *Pobrecitos, ustedes. Yo ayer estaba segurísima de que te iba a durar poco el metejón de la bachata. ¿Así que pensás guapear con el corazón mojado, bagresapo? -¿Y qué pretendés que haga? ¿Qué me pase a las cancha de las putas?,* grité. Pero ella no contestó. Y al llegar al lugar donde estaba escarbada la línea divisoria entre los dos ejércitos (apenas diferenciados por las protuberancias que henchían los uniformes de fajina de las mujeres) anunció: *Hoy vamos a pelear una batalla como las que le gustaba organizar a mi primo Juan Luis en el conuco. Los jefes echamos a volar los papalotes, y el que quiera cambiarse de cancha que se cambie: cada cual es libre de elegir para qué lado del cielo rueda la cosa. Y después, chupín hasta aburrirnos.*”

“Fíjese que ya había mucha caña en danza” dice el negro, empezando a pegar las hileras de flecos aleteantes: “Y enseguida se volvió un carnaval, aquello. Las mujeres eran menos que nosotros, pero chillaban peor que una manga de gaviotas y se les chorreaba el colorete de la noche anterior y-”. “Un momento” lo interrumpió Cherro, abriéndose paso para apoyar la caldera tiznada en la punta del tablón: “La Yolanda estaba fresca. Y sabía perfectamente bien lo que estaba haciendo, además. ¿O tenés alguna duda?”.

Yolanda izó el papalote azul (con la calavera de los héroes transformándose de a poco en un carozo solar) hacia la transparencia donde ya rebrillaban las golondrinas y se perdía de vista la gran zarza arenosa que alzaba el viento norte. “Y de golpe me cegué” dice el negro sin prestarle atención al mate que le alcanzan: “Aquello se había vuelto un

revoltijo de gente enloquecida y catiñuda que se pasaba de una cancha a la otra sin saber bien por qué y me sentí enfermo de asco. Y me agarró como una desesperación por picarle la piola a mamacita para que se dejara de joder con las milicias de la redención y mi padre verdadero y todos esos inventos. Entonces aguanté bien tensado el bagresapo rojo mientras ella seguía floreándose, meta colear en ocho y en picada y en-". "Sí. Pero la Yolanda ahí te encajó de carnada al ángel del conuco" carcajeó Cherro, sin poder contenerse: "Y ahí sí que te jodió".

*Chico*, gritó Yolanda, que se había arrancado el bonete lanudo desde el principio y parecía aureolada por un vellón de miel: *¿Alguna vez viste colear al ángel que le robó la yilé a la huesuda?* Y el negro se distrajo y tuvo la sensación de que la vieja-muchacha (que se recortaba reverberantemente sobre el islote) empezaba a deslizarse por un filo de flotación que no era mar ni tierra. "¿Pero sabe cómo flotaba?" pregunta el Papalote, y fabrica una trompa que nos hace reír a todos: "MERENGUEANDO!!!! Y cuando terminó de bailar miró el cielo y gritó: *RAJATE DE LA PATRIA, DEMONIO IMPERIALISTA!!!!* Y me agarró totalmente desprevenido y me tajeó la piola con un coletazo perfecto". Entonces Cherro se tapó la cara y jadeó, convulsionado por una especie de hipo-sollozo: "Y justo cuando se vino a pique el bagresapo y se acabó la batalla yo estaba con una pata en cada cancha, Dios. ¿Qué carajo seré, al final?"

Mi padre prendió un cigarrillo demasiado rápido. "Hasta que al despertarme de la siesta del chupín me sentí como abrigado" sigue contando el negro: "Ya estaba oscuro y llovía una barbaridad. Pero era como si lloviera café. Y fue recién que me acordé del raspón que le hizo mamacita al cielo, cuando me picó. Y pude ver otro cielo. No otro mundo ¿me entiende?". Mi padre sonrió.

Y aquella madrugada el Papalote preparó la mochila y decidió salir a recorrer la costa rumbo a la frontera. Los lóberos y las putas habían vuelto a la cama después de la bailanta, pero Yolanda permaneció rosadamente uniformada hasta último momento. *Mi héroe* dijo en la puerta mientras le colocaba una flor en la oreja al hombre-muchacho de cuarenta y dos años (resucitado y manso y resuelto a cantar y pelear y morir por una patria triste que jamás bautizó): *Vuelva para la zafra de Lobos. Y cada vez que se caiga de la redención súbase otra vez al mirador. Con fe. Porque el resto es mentira.* Y le puso otra flor entre los dientes al lobo o Chuparrosas y sentenció: *Cachorro. Usted sabe dónde le duele el alma a la madre del mundo. Chupe la herida, macho. Y que ladren los que ladran.*

"¿Y todavía llovía cuando salió del quilombo?" me da por preguntar, poniéndome colorado ipso facto. Mi padre y Cherro se rieron, pero el negro terminó de armar el tiro del papalote y apoyó una suavísima manaza que olía a ajo sobre mi cabeza ya descubierta. "No. Había una niebla rara" demoró en contestar: "La lluvia había sembrado un mar de terciopelo en el campo. Mañana voy a largarles el merengón que largué cuando llegué al Polonio. Mañana de tardecita: para festejar la victoria". "¿Y usted cómo está tan seguro de que va a ganar?" le preguntó mi padre, y pareció arrepentirse enseguida. "No, compañero: *vamos a ganar*" lo corrigió el Papalote: "Usted se preocupa mucho, don Pepe. Los hermanos siempre reclutamos algún hermano, pase

lo que pase”. “Aunque la vida no sea noble ni buena ni sagrada” glosó mi padre, enseñando una sonrisa biliosa. Entonces el negro escrutó la espesura de la mañana y declaró: “Ya. Usted es de los nuestros”.

Al rato nos explicó el reglamento de batalla que le iba a proponer al Chueco y después se levantó para besar el papalote y ofrecérselo al sol. “¿Y la cola? ¿Y la yilé?” preguntó Cherro: “Esto está sin terminar, muchacho”. El negro no retrucó enseguida, pero bajó unos ojos de anarco-artiguista cargando en Arbolito que nunca olvidaré. “Mire, don Pepe” dijo: “El bautizo terminó. El traperío y el filo los coloco más tarde”. Y le hizo una seña trompuda y caballuna para que me llevara. Pero antes de trepar por el trillo que nos conduce a la vereda de la rambla me doy cuenta -increíblemente tarde- que los colores del papalote son los de la camiseta de Liverpool. Negro y azul: la enseña del glorioso. Y murmuro: “Che: ¿será hincha de Liverpool, el Papalote?”. “No, Monaquito. Esos son los colores de la vida” me contesta mi padre.

AQUELLA TARDE el Chueco nos invitó a todos los chiquilines a brindar por la pandorga después de la práctica, pero yo me hice el lastimado y dije que primero prefería bañarme. Mi abuelo está mateando en la vereda. El comienzo de la sudestada hace nevar pétalos de acacia sobre su boina. Cuando salí del baño mamá me perfumó y me peinó con exageración. La vieja nos observa hamacándose en su sillón de mimbre, y hay un olor a tuco que parece dorar la cocina. “Andá a buscar a tu padre a lo de don Felicio, haceme el favor” sonrío mamá: “El italiano lo invitó a probar la grapa casera y todavía vas a tener que ayudarlo a cruzar la calle”.

Pasé corriendo junto a mi abuelo (que agregaba un humito azul al crepúsculo) porque el Chueco y los chiquilines todavía estaban armando bochinche con la pandorga en las mesas de afuera de *El reenganche*. La casilla del italiano tiene un pequeño garage ocupado por una chalana recién terminada. La camioneta estacionada en la vereda no llega a obstruir completamente la fosforecencia del farol a mantilla que derrama por las entreabiertas puertas de lata. Entonces oigo el chirrido en la casilla de enfrente para espiar a Ma-Sa, que apenas se distingue sentada sobre la hamaca.

“Vamos. Sírvasse la última, don Pepe” porfia Felicio adentro de garage: “Es casera. Se va como agua”. “Así decía mi padre” comenta mi padre, interrumpiéndose para brindar: “¿Sabe que en casa nunca escuchamos levantar la voz a papá? Y eso que éramos tres hermanos tremendos. Me acuerdo que los domingos él volvía de tocar el violín en el cine mudo y mamá le servía una grapa y cenábamos tranquilos. Siempre. Pero nunca me di cuenta si creía en Dios”. “¿Nunca iba a la iglesia?”. “No: ni a la iglesia ni al cementerio. Y yo tampoco voy, ahora. Aunque rezo”. “Ahora que dice rezo, don Pepe. ¿Usted sabe por qué yo no piso más el boliche piojoso?”.

La respuesta fue el demorado chasquido de un fósforo. “Usted conoce a Campbell” carraspea el italiano, en el momento en que un cambio de luz oscurece a Ma-Sa pero no a las glicinas que la sobrevuelan: “El tipo empezó a aparecer en el boliche unos meses

antes de que ustedes se mudaran al barrio. Se daba con el Chueco, nomás: uno se pasaba hablando de Maracaná y el otro de la estancia. El gringo es hijo de ingleses, militar retirado y estanciero -aunque menos educado que mi cuore. Y un día nos enteramos que tenía a la mujer muriéndose cáncer en la casa y que los sábados salía de joda con los dos hijos mayores y unas compañeritas del British. ¿Conoce el British? Es un colegio de Carrasco para nenes bien. Perdón, voy a servirme la penúltima”.

Ya se habían prendido los faroles de la calle y el Chueco le seguía mostrando la pandorga celeste a todos los que caían al boliche. Ma-Sa no se veía. “Cáncer” dice mi padre. “Sí” vuelve a carraspear Felicio: “Cáncer a los huesos, creo. Dicen que era muy linda y muy joven. Pero déjeme seguir, porque lo increíble es otra cosa. Una noche estábamos jugando al truco y el Chueco comenta como al pasar -igual que cuando uno sueña en voz alta con sacar la grande- que en el boliche haría falta alguna pollita. ¿Mamadora?, pregunta el gringo al rato. *Uh: eso no lo consigue ni Superman Ni Ghiggia* le hace una guiñada el Chueco al gordo. *Retruco* dijo Campbell. Y me hizo la trompita del cuatro y a mí me dieron ganas de romperle la cara pero dije: *Usted juega*. Y la embarré, don Pepe. Porque tenía que haberme ido al mazo aquella misma noche”.

A la semana estaban jugando la revancha y de golpe abre la puerta una chiquilina vestida con uniforme liceal. “Una preciosura” chista Felicio: “Alta y delgada, con los cuadernos abajo del brazo y el pelo color champán. Entonces el Chueco relojeó a Campbell y dijo: *Con flor quiero, Porque este gringo miente*. Después se oyó llover, nomás”. Hasta que la muchacha cerró la puerta y avanzó como si llorara con todo el cuerpo y se paró al lado de Campbell y dijo: *No me dejes, mi amor*. Y el gringo le alcanzó al farol de whisky sin mirarla y le hizo una seña al gordo, que preparó dos más. La potranca cerraba los ojos y hacía fondo blanco”. Hasta que el hombre-cowboy mascador de *chiclés* murmuró: *¿En la misa no te enseñaron que hay que conseguir todo rezando, arrastrada de mierda? Vení, arrodíllate y rezá y tomá la mema como vos sabés. A ver si me arrepiento*.

En ese momento el Chueco se decidió a volver a la casilla con la pandorga de flecos tremolantes sobre la cabeza y yo me imaginé a Ma-Sa rezando frente a una mesa de póquer. Entonces veo llegar a Ricky con su padre a la casilla del Chueco y me paro de un salto. Cuando entro en el garage mi padre también salta. “Qué pasa, Monaquito” jadeó. “A comer” le dije. Y mientras cruzábamos la calle vimos estacionar el Plymouth último modelo y bajar al japonés que fue formalmente presentado a los nuevos habitués del póquer sabatino. Los lunares del vestido de Ma-Sa apenas resplandecían sobre la hamaca y mi padre glosó, con un aliento más revuelto que el del Papalote: “Este es el mundo, padre. Agonía, Agonía”.

AQUEL DOMINGO mi padre no se quedó tomando mate en la cama. Cuando me desperté todavía era temprano, aunque ya se escuchaban los quejidos de la vieja. Mamá la masajeaba abstraídamente en la cocina, y aprovechó mi aparición para zafarse y empezar a preparar el café con leche. “Tu padre está en el escritorio” informa: “Recién llegó de la cantera”. “Sí. Porque ahora tenemos más de un loco en danza” chista la vieja:

“Tu abuelo se levantó más temprano que cuando va a la Caja y salió chiflando. Hay que joderse con los revuelos que arma ese negro mamerto. Y lo peor es que ustedes se creen que el Chueco les va a seguir el apunte: si anoche timbearon hasta que no hubo gallo en paz, Dios mío. Yo digo que al gringuito cabezón y a la chirusita los habrán puesto a jugar a los doctores. ¿No, Chela?”. Y una baba picaresca le entristece de veras la papada.

Mamá me hizo una seña para que no le diera corte. Atravesé el patio corriendo y encontré a mi padre enfrascado en un libraco que no leíamos nunca. Los filos superiores de las páginas rebrillaban como los de la Biblia. “Estaba por ir a despertarte, Monaquito” sonrío sobresaltado: “Fui a tomar unos mates con el viejo, que se acomodó en lo alto de la cantera hace horas. Esta batalla es una especie de final del 30, para él”. “Y hoy por quién hinchará” pregunto, registrando un sismo estomacal. “Por nosotros. ¿Por quién va a hinchar?” tuerce los ojos mi padre hacia la hoja percutiente del gomero. Y recita: *No quieras despreciarme / que, si color moreno en mí hallaste / ya bien puedes mirarme / después que me miraste / que gracia y hermosura en mí dejaste*. Y clavó el libraco en la biblioteca y se paró de un salto. “Bueno: hoy no hay que achicarse por nada del mundo” me arengó: “Vamos a ver si convencemos a tu madre de que se venga con nosotros”.

“No, Pepe. Tengo mucho que hacer” dijo mamá, incrustando su nariz en el tejido de la puerta fiambreira: “Mejor vayan ustedes y yo cocino tranquila”. Y durante un momento permanecemos escuchando el rechinar del sillón de la vieja. *Quisiera ser un pez / para tocar mi nariz en tu pecera* canta entonces mi padre, con serenidad: “¿Sabés que estamos casi seguros que vas a tener un hermanito, Abel?”. “O una hermanita. ¿Vos cómo le pondrías si fuera mujer?” entreabre inesperadamente la puerta mamá. “María Sara” contesto. “CHEEEEELA” gimió la vieja: “CUIDADO CON EL TUCO, QUE YO NO PUEDO NI PARARME SOLA”.

Al Chueco lo acababan de despertar los chiquilines, eufóricos: algunos hasta se habían comprado camisetas de la selección uruguaya y todo. Los padres acompañantes los esperaban tomando mate o copas en las mesas de afuera del boliche. Cuando pasamos de largo sin darles pelota nadie nos dijo nada. (Y eso que yo llevaba puesta la camiseta de Liverpool, para colmo.) “*En soledad vivía / y en soledad ha puesto ya su nido*” murmura mi padre al doblar por Palmas y Ombúes: “*Y en soledad la guía / a solas su Querido, / también en soledad de amor herido*”. Y seguimos caminando entre el diáfano tremolar del viento sur. Nuestra colina era cortada abruptamente por una larga cantera que llegaba hasta la rambla. Palmas y Ombúes moría allí, pero un callejón de tierra -donde vivían los Campbell- sobrevolaba la oquedad rocosa.

“Si supieras las cosas que me contó el italiano ayer” muestra los dientes mi padre: “Che, ¿y tu abuelo qué se hizo? Yo lo dejé esperándonos aquí”. El Pasaje de la Cantera está protegido por un murete de piedra donde todavía amarillean las retamas. Al fondo se recorta el serpentear de la rambla, hasta perderse entre los rascacielos de Pocitos. El oleaje de la playa Honda transparenta un erizamiento oceánico.

Entre nuestra colina y la que marcaba el comienzo de Malvín corría un pequeño arroyo que antes de desembocar en el río-como-mar rodeaba un molino del tiempo de la Guerra Grande. Para llegar al vallecito había que hacer equilibrio por una pendiente que se abismaba sobre un pantano. “Miralo al viejo” sonrío mi padre, señalando el molino: “Está en la gloria”. Mi abuelo tomaba mate con Cherro y el Papalote a la orilla de una canaleta anaranjada por el sol. Mate y caña, comprobamos al llegar. “¿Y esto?” pregunto acariciando una especie de flor-estrella que resplandece en el centro del papalote. “Ah. Esta es la mariposa del alba” explica el negro, requintándose el panamá: “Apareció posada esta mañana ahí y yo la dejé quietita”.

El Chueco y sus seguidores entraron a la cancha por el lado de la rambla. Prefirieron bajar dos cuadras para irrumpir corriendo triunfalmente en el gran baldío chatto que todavía no había sido transformado en parque municipal: el ex-campeón del mundo vestía su legendaria camiseta celeste y llevaba la pandorga flotando a medio vuelo entre la sudestada, lo que significaba una hazaña técnica casi inconcebible. Los padres de los chiquilines y los vecinos curiosos aplaudían a rabiar sentados sobre el murete del Pasaje de la Cantera, igual que si estuvieran en la tribuna Olímpica. “Esto parece Maracanã pero al revés” me abrazó mi padre mientras bordeábamos el pantano para llegar al centro de la cancha: “¿Qué opina el Negro Jefe?”.

El Papalote no contesta. Es muy probable que ni siquiera sepa quién es Obdulio Varela, por otra parte. Pero su ensimismamiento proviene del neblinoso y atigrado sondeo con que registra el borbollón de los chiquilines. Los dos capitanes se enfrentaron en el centro del baldío flanqueados por mi padre y el bolichero, y de golpe Ma-Sa coronó el suave declive que nos separaba de la rambla. Todos nos damos cuenta de donde viene. Entonces la chiquilina deja de abrazarse a sí misma, se calza las alpargatas y salta hacia la cancha: los pechos le chorrean como peces enredados en la transparencia del percal. “Es porfiada la Marylin” ronca el Chueco: “Se moría por bañarse en la playa, desde que la traje al barrio. Vaya a saber en qué momento se me escapó, carajo”.

Ma-Sa se sentó sobre la roca que marcaba el comienzo de la línea divisoria excavada por el Papalote, Cherro y mi abuelo. Ahora tenía el pelo más oscuro que los ojos, y mientras yo reconocía las cabezas (de idéntico tamaño) de los Campbell allá arriba, mi padre se sacó la campera y corrió a abrirla. Aquella fue la primera vez que pude imaginarme de verdad una mujer desnuda. Después el Papalote hizo una seña y el perro depositó su rosa-hueso amarilla en la falda de la infanta.

El reglamento de batalla fue aprobado enseguida por el Chueco: una hora con alargues de quince minutos, hasta morir. Cuando se forman los cuadros (bautizados sorpresivamente por el Papalote como los Descalzos y los Maracanases) empezaron las complicaciones, porque no hubo ningún otro varón que quisiera venirse con el Negro Jefe. Y el Chueco me clavó unas córneas que decían: “Jamás en tu puta vida volvés a jugar de titular, enano pollerudo”. Entonces miro a Ma-Sa, pero ella permanece acurrucada sobre la reverberación de la roca. Las hermanas de los chiquilines saltan chillando a mi alrededor y de golpe me siento el Príncipe Valiente y les explico por

última vez que si alguien traspasa la línea divisoria perdemos por descalificación. “Me parece que se olvidó de proponer que los gurises pudieran cambiarse de bando sin aviso, maestro” advierte mi padre, antes de caminar hacia el pantano para sostener en alto el papalote. Pero el negro observa un segundo a la infanta chorreante, ajusta su panamá sin despeinar un pétalo de la corola que se le refleja doradamente en la mejilla y retruca: “Eso ya no hace falta, compañero”.

La batalla duró el tiempo suficiente para que los Descalzos pudiéramos desempañar el jardín del cielo y ofrecérselo al barrio en pleno aquelarre. Porque apenas aquel hexágono negriazul (que parecía respirar a través de la flor-estrella o mano-mariposa) empezó a colear firuleteando como un caza en un festejo patrio (mientras la pandorga conservaba una media altura fija y amenazante) el Papalote nos enseñó un *merengón de bodas*. *Macumba ya Yemanjá*, gritó el Negro Jefe, enderezando su joroba. *Voy a pedir su mano*, aullaba y cabeceaba para que lo siguiéramos: *Al amor hay que dar de beber / voy a cortar un ramo'e nube / para mojar su querer. / Voy a bajar por los yayanes / en una yegua de tul / voy a pintar los manantiales / con óleo de cielo azul / voy a prender tu cariñito / como cocuyo en el mar / y voy a hacer tu traje'e novia / con hojas del platanal*.

Y cuando el Glorioso vuelve a alzarse después de haber firuleteado en ocho (arrancándole a la tribuna un aplauso que se prolonga hasta el chas-chas continuo) me toca sostenerlo. Entonces dejo de merenguear y me agarro a la comba del hilo que se clava (y me clava) en el pequeño sol oscuro y tremolante. Y siento que la vida no me duele por nada del mundo. Y que el vértigo abriga. Y que todo está quieto. Siento que no me importa nada más que ese velo rosado-miel-pozzoli que cae desde el Glorioso. (Y recién treinta y seis años después lo puedo agradecer y arrodillarme en paz, a grabarlo en la piedra: este soy yo, Señor.)

“Y cuando tenga tu permiso” berreó el Negro Jefe, apropiándose del hilo para volver a florearse como si no existiera la pandorga asesina: “*voy a volar norte a sur / para buscar arriba'el pico / el nido que quieras tú. / Y acariciarte en la mañana / y arroparte con el sol / y desvestir a los guandules / pa'alimentar el amor*”. De repente me di vuelta y vi a Ma-Sa en nuestra cancha, bailando y coreando el merengón con las demás chiquilinas. Se había sacado la campera, y ahora sus ojitos titilaban con la misma magnitud que los pezones satinados por el percal que le ceñía los huesos.

Justo en ese momento atacó la pandorga. El desplazamiento hacia nuestro territorio fue tan perfecto, que cuando tuerzo la cabeza -electrizado por el griterío- el papalote ya está cayendo en picada. Y antes que se entierre en el pantano toda la tribuna grita GOOOL CARAAAAJO URUGUAAAAY QUENONINOOOO mientras algunos chiquilines se paran en la zanja divisoria agarrándose los huevos y yo corro a buscar a mi padre.

ME PASÉ horas llorando la derrota. Mamá me daba a oler agua colonia y quería llamar al médico, pero nadie le siguió la corriente. Mi padre y mi abuelo vaciaron la fuente de

puchero y una damajuana de tres litros sin decir una palabra. La vieja no comió. Me había prestado el sillón-hamaca para que llorara más cómodo, y clavaba una mirada impasible en el sol que se filtraba desde el patio-gallinero. La sudestada primaveral parecía rebotar contra su hedor.

“¿Pero por qué Cristo el negro no trató de picar a la pandorga? ¿Por compadre o por bobo?” nos pregunta de golpe. Mamá suspira y el viejo eructa fuerte, mientras yo vuelvo a moquear convulsivamente y mi padre se frota la cabeza: “¿Y yo qué puedo saber, mujer? Lo único que puedo saber en este momento es que me equivoqué muy feo en la educación de este chiquilín. De eso estoy segurísimo”. Y se saca lascas de gomina y yo corro hasta la cama matrimonial perseguido por mamá. Al rato ella se duerme sin soltar el frasco de colonia.

El festejo de los Maracanases fue bajando de volumen en el boliche, hasta que el polvo que derramaba por la persiana empezó a perder inclinación y mi padre apareció con los dientes reverdecidos. “Lavate la cara de una vez” murmuró: “Y no despiertes a tu madre ni vuelvas a moquear porque te quedás sin merengones. Rápido, que nos están esperando”. Y recién mientras cruzábamos frente al boliche ya vacío y enfilábamos hacia lo de Manolita agregó: “Hombre de poca fe. ¿No te acordás de lo que dijo el Papalote ayer? Dijo que íbamos a ganar, pasara lo que pasara. Porque los hermanos siempre reclutamos algún hermano. ¿Te acordás o no? El problema es que te vos te creés que la vida es como la cancha de Liverpool: que hay que *ganarle al otro o mierda*”. “¿Pero a quién reclutamos?” me defendí. “Ya vas a ver. Poeta de poca fe” insistió mi padre, tenso. Y entramos al caserón sin anunciarnos.

El Papalote está sentado frente al grabador, rodeado por la mayoría de los Maracanases. (Los padres los habían dejado quedarse a comer refuerzos en *El reenganche* mientras el Chueco se emborrachaba riéndose de nosotros y contaba por millonésima vez cada uno de los partidos del Mundial donde no jugó un solo minuto. Hasta que tuvieron que llevarlo a rastras a la casilla y el Negro Jefe apareció ipso facto -endomingado por una guayabera que nadie le conocía- y les propuso a los chiquilines cantar juntos unos merengones *en una radio mágica*. “*Don Pepe va a tener la gentileza de llevarnos*” explicó dedicándole una reverencia a mi padre, que tomaba mate con el viejo en el portón: “*Y después vuelva a buscar al hombrecito, por favor. A ese niño le duele demasiado la vida, compañero.*”) Entonces veo a Ma-Sa sentada bajo el autorretrato de Torres García y empiezo a comprender: la infanta todavía no se cambió la ropa con la que se entregó al Río de la Plata, esta mañana. Ahora acaba de escapársele por segunda vez al Chueco pero nos mira con un odio que eriza.

“Buenas tardes, caballero” me sonríe el Negro Jefe, enfundado en una guayabera llena de arabescos: “Me parece que su vecina lo estaba esperando para decidirse a cantar con nosotros el merengón de bodas. Y el de la lluvia de café. ¿Verdad?”. Y escrutó a la chiquilina con ternura de tigre y el Lobo empezó a aullar y ella se arrodilló y avanzó firmemente (y con los ojos cerrados) hacia el ventanal. Nos miramos con mi padre y después con Manolita, pero el negro hizo una seña y esperó la llegada de la infanta como si estuviéramos en un santuario. Y cuando la tuvo enfrente se descolgó una rosa

púrpura de la oreja y la deslizó una sola vez sobre sus párpados. “Bueno” ordenó, antes que ella lo inundara con sus resucitados ojos de bambi: “A cantar, caballeros. Empezamos con aquel coro que dice *Macumba ye Yemanjá*. ¿Eh? Y QUE NO QUEDE TRISTEZA VIVA EN EL CAMPAMENTO!!!!”.

EL LUNES me bajé del ómnibus de la escuela en Malvín, porque Beto Añón me había invitado a tomar la leche. Mi padre pasó a buscarme a la vuelta del trabajo y nos vinimos por la rambla cantando los merengones nuevos, que ya sabíamos casi de memoria. Al llegar encontramos a mamá y a los viejos en la cocina, con la radio apagada. “Che, ¿a quién están velando?” pregunta mi padre mientras sintoniza el informativo de las ocho: “¿Qué paso?”. “Hubo paliza” suspira mi abuela: “Al lado”. Y sube la papada en dirección a la casilla del Chueco.

Mamá estaba baldeando el patio del gallinero y de repente escuchó gritar a la chiquilina y corrió maquinalmente hacia la casilla y se puso a golpear las manos. La chiquilina no paraba de gritar MAMÁ. El Chueco demoró en aparecer en el corredor semiabierto, abrochándose una camisa. “¿Qué busca, vecina?” dijo sin poder sonreír. Y mamá no pudo hablar. Hasta que se oyó una sucesión de estornudos y Ma-Sa irrumpió desnuda y se hincó sobre el porlan. “¿Pero no ves que estás pirada, hija?” gargajeó el Chueco: “¿Querés que te venga una congestión? ¿Ayer te metiste en el mar como si tal cosa y de noche te escapaste casa y ahora salís-?”. “Quiero irme con mamá” se fregó los mocos la chiquilina, y volvió a estornudar sísmicamente. “¿PERO NO ENTENDÉS QUE ELLA NO TE QUIERE, COÑO? ¿AQUÍ TE FALTA ALGO?” perdió el control el Chueco. “Yo quiero que me vuelva a llevar al Señor de la Paciencia” porfió Ma-Sa. “Yo te llevo este viernes mismo, si querés” dijo mamá: “Pero andá para adentro y acostate. Porque si te enfermás del todo no vamos a poder ir”.

“La vida” dice mi padre. “Ah. Con razón” murmuro: “Ayer en lo de Manolita caminé de rodillas igual que-”. “Y después el Chueco le contó a la Chela que la madre de la nena *trabaja* en el puerto” me interrumpe mi abuela: “Y que pasado mañana él viaja por *negocios* al Brasil y la va a tener que dejar por un tiempo en el Barrio Borro, otra vez. En la casa de una tía”. “Yo me ofrecí para que la dejara aquí” sonríe mamá: “¿Y por qué le pegó la paliza, al final?” prende un Richmond mi padre, poniendo cara de Isabelino Pena. “Tch. Por habérsele escapado con el negro compadre” se limpia un filo de baba la vieja: “Ese tampoco da puntada sin hilo”. “Che, me cago” ronca el viejo: “Ya son casi las nueve. ¿En esta casa se come o vos pensás que yo me lleno con tu guiso de lengua?”.

Después de comer fuimos a sentarnos a la hamaca con mi padre, y él no quiso prender la luz del jardín. “Mirá qué noche, Monaquito” dijo, entrelazando las manos. El cielo era una carpa serenísima, empurpurada por el reflejo del atardecer: la luna nueva y Venus flotaban irrealmente en la marea de raso. Y de repente me acuerdo que el último sábado que fui al catecismo apreté bien los párpados para tratar de sentir algo mientras rezábamos el Credo y al final vi a Ma-Sa, vestida como un ángel. Y pregunto: “¿Por qué no se habrá casado con nadie el Papalote?”. “Qui lo sa, Katz” demoró en responder mi padre: “¿Nunca te fijaste en el gomerito del patio? El tipo se despierta brillando todos los

días y hace su fotosíntesis, pase lo que pase. Y el Papalote es igual. Vive como un soltero con traje de novio”. “Y nunca se pone loco” agregué.

Estuvimos callados mucho rato. El Papalote y el Lobo aparecieron después que se ocultó la luna, y nos incorporamos de un salto. “Don Pepe” jadeó el negro, acodado sobre el portón: “Tengo la majuga saltando adentro del sombrero. Si usted pone la ginebra, podemos trabajar”. Mi padre salió catapultado hasta el boliche a comprar un porrón y nos acomodamos como pudimos en la oficina-escritorio. El Lobo se quedó en la vereda. Cuando el Papalote se ubica frente al Cristo -sin hablar ni dejar de escrutarlo- siento amor por el olor a podrido de sus callos. Hoy no trae ninguna rosa. Y recién al servirse la tercera ginebra dicta las serenatas y se anima a desembuchar, con los dientes rabiosos: “El yanqui de la cantera quiere que le fabrique un papalote con forma de soldado. Un papalote imperialista. ¿Ya? Me pidió presupuesto”. “No entiendo” se ríe mi padre: “¿Yanqui por qué? ¿Imperialista por qué? Ni el gringo es yanqui ni-”. “Mamacita se lo hubiera explicado mucho mejor que yo” lo corta el negro: “Y yo no pienso explicárselo porque me da tristeza. Dentro de algunos años usted va a entender solo, además. Usted y el hombrecito. El problema es que en este momento el hombrecito y sus amigos necesitan un club. Y si yo cobrara bien el encargo les podría facilitar los materiales”.

“Pero no se preocupe por eso. Los materiales se juntan de a poco” protestó mi padre. Yo volaba de contento. “Bueno” parpadeó el negro: “¿Sigue con ganas de apuntar, don Pepe? Hoy me acordé de las cuatro décimas de los loberos”. “Meta” dijo mi padre. Y mientras escuchábamos la voz sin edad del Papalote yo me fui transportando a una especie de jungla esteparia donde Colmillos Blancos y Corsarios Negros zigzagueaban incandescentemente: *Crudo aire para el lobero / el de la zafra invernal / pero más crudo el jornal / para el sudor del lobero / que no es el sudor de enero / sino el corazón mojado / del luchador estaqueado / frente al fatal desgarrón: / llámese lobo o dragón / San Jorge o varón jugado. // Paisaje de Isla de Lobos / cuando los cruza la lancha / roja, que llaman La Chancha / y empieza la farra en Lobos / con borracheras y robos / jugando al gofo, esperando / que cualquier noche, escapando / de alguna tormenta perra / los bichos duermen en tierra / y se amanezca matando. // La fila de hombres avanza / por la corrida rocas / con el aullido en las bocas / tropeando al lobo que avanza / chillando hacia la matanza. / Pero si un enloquecido / peluca descolorido / les arma un chorro hacia el mar / a palos lo han de voltear / aunque haya más de un mordido. // Y después de la faena / no faltará el intrigado / que piense: “El sacrificado / ¿quién es en esta faena?” / San Jorge alza su alma en pena / y el ángel del desamparo / se vuelve un ojo de faro / girando entre la miseria: / si guapear es cosa seria / flaquear fue siempre más caro.*

“Guapear” suspira mi padre, encanutando la lapicera para agarrar el vaso: “Hay que ser un héroe, viejo”. “Pero los héroes de verdad no pelean con el corazón mojado” retruca el Papalote, y se desliza el panamá sobre el rostro como si estuviera a punto de sestar en la playa: “Eso lo comprendí recién al llegar a Castillos, con el cachorro. Porque allá había un quilombo. Y cuando empecé a cantar la bachata sentí que se me posaban las mariposas del alba. Calaveras-luceros. ¿Ya?”. “¿Y dónde se le posaban?” sonrió mi padre. “Aquí” agigantó su trompa el negro, levantando las palmas de las manos: “Y

entonces comprendí cómo hice para enamorarme en plena zafra. Fue una noche que al sueco se le escapó una copla mientras sacábamos agua del manantial. Y después nos tomamos una cantidad de grogs hechos con caña de La Habana y mi verdadero padre me largó la bachata. Y yo se la canté a su verdadera esposa. Y esa noche en Castillos sentí que no alcanzaba con volar ni con desempañar el jardín del otro cielo. Había que fajarse, chico. Con el corazón seco. Y acariciar la patria triste. ¿Ya?”.

“Es verdad” murmura mi padre: “¿Qué le parece si tomamos directamente del porrón? “A ORDEÑAR LA NOCHE, MILICIAS!!!!” carcajea el negro. Y cuando liquidaron la ginebra mi padre alzó unos ojos muy nublados y confesó: “¿Sabe que cuanto más conozco a los hombres más quiero a los perros? Así decía mi padre. Yo les tenía lástima a los perros: por no ser hombres. Y ahora les tengo la misma fe que les tengo a los gomereros. O a las mariposas”.

Entonces el Papalote se puso a llorar. Fue meciendo su lengua amarilla de un lado a otro de la bocaza para recoger los goterones que rebasaban el sombrero y después dijo: “Quisiera recitarle la copla de amor que se le escapó al sueco aquella noche en el manantial. Pero no puedo, hermano. Eso está reservado para cuando uno mete el reino en la patria triste. ¿Ya?”.

EL DOMINGO fuimos a la chacra de Ismael con Ma-Sa, que ya estaba viviendo en casa desde el miércoles. A la vuelta nos tomamos el tranvía de La Barra y después un taxi, y yo pedí para ir sentado entre la ventanilla y mamá. La vieja olía a chiquero mojado, y llevaba pelusas de plátanos pegadas en la baba. Yo no podía dejar de recordar el sexo de Ma-Sa.

El taximetrista fuma en pipa. Tengo miedo que quiera contratar a Isabelino Pena para que le mate a la suegra o que nos dé un sermón sobre los tipos demasiado buenos. Pero ni siquiera mira a mi padre, que va sentado al lado de él. “Por Avenida Italia o por Rivera” pregunta de repente con una vocecita que es algo así como el reverso de un aullido. “Tanto ir a la loma del diablo por un lado o por otro” se mete la vieja, largando un suspiro-risa. “No empieces” dice mamá, que anteayer recibió la confirmación de su embarazo. Entonces el taximetrista tuerce la espada celeste de su mirada hacia abajo y parece iluminarse: “Si vive en Grito de Gloria y Caramurú debe haber conocido a Torres García”. “No. No llegué a conocerlo” se sobresaltó mi padre: “Yo empecé a ir al Taller recién en el 50. ¿Usted pinta?”. El hombre abrió una risa de grandes dientes sórdidos pero no contestó. Tenía el pelo rojizo y la nariz ganchuda, y andaría cerca de los cuarenta años. Parecía un bichicome.

“Qué lo parió. Ese tipo metía miedo” dijo mi padre cuando nos bajamos: “Pero además me daba como vergüenza hablar con él, te juro. ¿Quién será, che?”. “El Espiritu Santo” sonrió Ma-Sa, moviendo el dedo como si fuera un pincel: “Abajo de mi ventanilla decía YO SOY EL ESPITIRU SANTO YO SOY PURO ESPITIRU”. “Es-pí-ri-tu, mijita” la

corrigió mamá, alisándose el vestido a la altura de la barriga: “¿Y tenía eso pintado en la puerta del auto? Menos mal que no chocamos, por Dios. Con semejante loco”.

Se ve que en Punta Gorda llovió toda la tarde, también: mi abuelo nos espera mateando entre un hervor de perfumes de plata. “Che” le gruñe a mi padre, con una dulcificada ansiedad por entra a devorar el pan y la morcilla que le mandó Ángela: “Vino a buscarte la señora de Torres García, temprano. Y al rato cayó el negro a invitarte a brindar con Bacardi en el Marítimo”. Mi padre no dudó en arrancar hacia allí.

“Hoy se cumplen recién un mes y nueve días desde que el Papalote llegó al barrio. Parece mentira” dice mientras cruzamos frente a la mole de una bodega en ruinas que pertenece al Marítimo. “El Papalote y Ma-Sa” me apuro a complementar. “Sí. Ojalá que esta noche pueda dormir de corrido, pobrecita. Ya no es vida con ella” saca los cigarrillos mi padre: “¿No la notaste más tranquila en la chacra?”. “Más triste” lo corregí.

Pero él no me prestó atención porque en ese momento subíamos el escalón de la puerta del club y escuchamos cantar: *Será por tu vivienda / hecha de ruinas y de misterios / porque rompías la roca / para ganarte un par de medios / o por tus tirapiedras / los más famosos de la loma con la mejor horqueta de la guayaba y duras gomas. // Será por todo esto / que mi memoria se empina a ratos / como tus papalotes / los invencibles, los más baratos. / Y te levanta en peso / Narciso el Mocho, para ponerte / junto a los elegidos / los que no caben en la muerte. / El Papalote / cae cae cae cae cae / el Papalote cae cae cae cae cae / se va a bolina la imaginación / buena cuchilla lo picó.*

El muchacho cantaba y tocaba la guitarra sentado frente a una mesa donde había un block con dos botellas de Bacardi vacías y tres vasos. Cuando terminó la música nos acercamos. No se veía a más nadie en la cantina: ni siquiera el Gallego estaba atrás del mostrador. “Ustedes deben ser don Pepe y el hombrecito” dice el muchacho sin mirarnos, y se recuesta sobre la guitarra para apuntar algo. Es muy flaco y muy joven, y está infranqueablemente borracho. “Me quedé aquí a esperarlos por encargo del Papalote” nos explica sin dejar de escribir: “No se sentía muy bien y Cherro tuvo que llevárselo. Mi nombre es Silvio. Soy el nuevo cuidador del molino de la cantera. El otro día los vi perder la batalla pero volaron como verdaderos revolucionarios”. “¿Sos cubano?” le preguntó mi padre. Silvio terminó de escribir y levantó su rostro poceado y demoró en contestar: “Mi abuelo habló con Martí”. “¿Y esa canción se la hiciste al Papalote?” le pregunté. “Recién hoy empecé a escribir esta canción, chico” me explicó, pidiendo un Richmond por señas: “Quién sabe para quién es”. “¿Y a ese Narciso el Mocho de dónde lo sacaste?” se rio mi padre. “Del mundo” roncó el muchacho, con una mirada casi idéntica a la del taximetrista.

“El negro debe haber hecho negocio con Campbell” reflexiona mi padre mientras cruzamos el gran baldío todavía perfumado por los aromos: “Y se gastó el adelanto en ron. Menos mal que apareció ese Silvio en la cantina y pudieron festejar. Dios los cría, carajo”. Encontramos a Manolita recogiendo el tendal de botellas que le dejaron los

visitantes ilustres. “No se puede creer” se agarraba la cabeza mi padre: “Y justo hoy se les ocurrió venir”. “Tenga fe en lo que dura, don Pepe” sonrió la viuda, haciéndome una guiñada: “Ya quedamos en juntarnos de nuevo el cinco de enero, a escuchar más canciones del Papalote”. “¿Y cómo era que se llamaban los visitantes?” pregunté. “No importa” ladró mi padre: “Si ya te olvidaste de los nombres mejor. Igual nadie te va a creer que estuviste con ellos, no te preocupes. Casi nadie le da pelota al Espíritu Santo. Aunque vivamos de eso”. Entonces Manolita prendió un cigarrillo, observó fijamente el ventanal y de repente carcajeó y se atoró. “Tengo una idea divertidísima” anunció, recuperando el tintinear de la tercera orilla de su boca: “Desde hoy en adelante los vamos a llamar Los Reyes Magos y Papá Noel, a los visitantes ilustres. ¿No es mejor? ¿O la gente no finge creer en eso?”.

“Mirá Monaquito” me pasa un brazo sobre los hombros mi padre al cruzar frente al boliche: “El otro día te dije algo que me dolió. El que tiene poca fe soy yo, no vos. Disculpame”. No entiendo lo que quiere decir, obviamente. Pero él agrega: “¿Te das cuenta que ni siquiera soy capaz de pegar un buen grito para que la vieja se deje de cagarnos la vida, a tu madre y a mí? Y eso se paga caro”. “SHHHH” salté. Mamá y Ma-Sa estaban en la hamaca abrazadas y a oscuras. Apenas pisamos el pequeño jardín me di cuenta que Ma-Sa había aceptado ducharse, por fin. Y ahora mamá mira la luna como si en todo el universo no existiese otra cosa que la luz y eso fuera algo terrible.

Aquella noche me quedé mucho rato con los ojos cerrados tratando de dormirme mientras mi padre leía una policial. Y de golpe mamá dice, en secreto: “¿Sabés que el hijo de puta del Chueco le pegó en la conchita a Ma-Sa el otro día? Virgen Santa. Se la noté lastimada cuando la ayudé a ducharse”. Mi padre prende un cigarrillo y sopla el humo igual que si estuviera apagando una torta de cumpleaños. Yo siento que me meo. “¿Y sabés lo que me contestó cuando le dije que este viernes íbamos a ir sin falta al Señor de la Paciencia?” sigue contando ahogadamente mamá: “Que el otro viernes no había querido ir porque ya se le había pasado el miedo. ¿Miedo a qué, mija? Le pregunté. Y ella me contestó sin pestañear: *A que mi padre acuchille al Papalote*”.

AQUELLA NOCHE Ma-Sa roncó como una bendita. Ni siquiera se enteró que Cherro vino desesperado a buscar a mi padre y que terminaron llevando al Papalote al hospital en la camioneta de Felicio. El negro se escapó enseguida del Maciel, durmió una mona de tres días y empezó a construirnos el club. Y el domingo ayudó a los Campbell a remontar la cometa con forma de soldado.

Hay un viento norte amenazador. Mi padre nos hizo quedar a Ma-Sa y a mí en la rambla, a la entrada de la cantera. Los demás chiquilines rodean deseosamente el papalote napoleónico. Y yo miro la cabeza triunfante de Ricky y la giba del negro y quisiera aullar asqueado igual que en el catecismo hasta que el mamotreto levanta vuelo incandescentemente y mi padre murmura: “Hacé de cuenta que es el Glorioso, Monaquito”. Pero yo me imagino a Ma-Sa arrodillada frente al gringo y le pego una patada al pedregullo. “Me voy a casa” chillo. “Usted se queda aquí” me alzó el mentón mi padre: “A acompañar al Papalote, como corresponde. Malcriado de mierda”.

Entonces vi al Glorioso. Ya no tenía más forma de soldado, y danzaba entre las altas babas del viento como el único amigo capaz de liberarnos del odio. Y el mundo no hizo CRACK.

*Una vez de tus manos / un coronel salió brillando*, cantó Silvio cuando ya anochecía, y el negro pidió la segunda botella de Bacardi: *Qué pájaro perfecto / cuántos colores / qué lindo canto / ninguno de nosotros / iba a volarlo, ya se sabía / era un encargo caro / del que mandaba, del que tenía*. Ya no quedábamos más que Silvio el Papalote Cherro mi padre Ma-Sa el Lobo y yo en la cantina del Marítimo, y el muchacho hizo una pausa bordoneando sobre el dominante y agregó: *Llevabas en el puño / aquel dinero de la tristeza / dinero de aguardiente / de El Sol de Cuba, de la cerveza / y te seguimos todos / a celebrarlo, sucios y locos / para ti Carta oro / y caramelos para nosotros*. Y el arpegiado amilongado fue roto por la sucesión cromática de acordes que hacía flamear al estribillo: *El Papalote cae cae cae cae cae / el Papalote cae cae cae cae cae / se va a bolina la imaginación: buena cuchilla lo picó*.

Entonces la cuarteada piel del negro pareció transmigrar hacia el fulgor del ron. “Te sentís bien” pregunta Cherro, y el Papalote le saca un caramelo a Ma-Sa para dárselo al Lobo y desenrolla: *“Bien es mucho y poco el ron / y mucha y poca la suerte / de ver navegar un son / mientras atraca la muerte”*. Y se miraron fijo con el muchacho.

“Pero esa es la segunda parte de la canción” se interpone mi padre: “Habría que escucharla entera”. “Entera no es posible, chico” retruca Silvio: Porque la tercera parte todavía hay que vivirla”. *“El de la triste figura / ya tragó lo que hay que oír”* tercia el negro sonriendo: *Y ahora me toca partir / al mar de la noche oscura*. “¿Y por qué no cantás vos?” ronqueó Ma-Sa: *“La Bachata rosa. Dale”*. Enseguida se oyó un trueno, y el Papalote tuvo tiempo de besar largamente su vaso antes de contestar: *“Yo alumbro del manantial / de mi verdadero padre / y aunque el conuco me ladre / robo estrellas del percal. / Pero si cocuyo calla / frente a la luz de la rosa / no me infinita la esposa / ni me goza dar batalla.”*

Mi padre saca una libreta para anotar las coplas. Cherro mira a Silvio bizqueando y taladrándose la sien con un dedo muy sucio, y Ma-Sa desenvuelve su último Zabala. El Papalote acaba de gastarse la exageradísima propina que le dio Campbell en Bacardi y caramelos Zabala (repartidos entre los chiquilines) y ahora ya no le queda una sola arruga de humillación en el rostro fluorescente.

Mi padre decidió volver a casa antes que empezara a llover. “¿Silvio será un visitante ilustre?” le pregunté cuando nos encerramos en la oficina-escritorio. (Ma-Sa quedó acostada con mamá, aprendiendo a limarse las uñas.) “¿Silvio? ¿Y el taximetrista qué?” contrapregunta él. Y pone el Nuevo Mundo y mira el techo como si no pudiera llorar. “Quisiera ser un pez” sonrío: “Escuchá. Escuchá la lluvia, Katz. Tenés que ser un pez volador para poder escaparte de la gente y QUERERLA. ¿Entendés? Un tipo *demasiado bueno* es una *buena basura*. Te lo digo yo. Y si no entendés no importa. SE PRECISA

TENER FE EN OTRA COSA QUE NO SEA LA GENTE, CARAJO!!!! Y recién al terminar la sinfonía agregó: “Y todavía los llamamos *visitantes ilustres*. Pobrecitos”.

Y esa noche soñé. Acabábamos de despedir a tío Jorge en la Estación Central y me doy vuelta y no encuentro a mi padre. Salen muchos ómnibus para Punta Gorda, pero él no aparece por ningún lado. Y empiezo a preguntarla a los choferes y a los guardas y a las mujeres que atienden en las ventanillas de la estación y nadie sabe nada. Hasta que un tipo me dice: “Fijate en los cajones. De repente está muerto”. Y empiezo a caminar al costado del ataúd que hay delante de la fila y cuando me animo a mirar para adentro mi padre se despena tranquilamente, se baja de un salto y salimos a la calle. Y pienso: ¿Y si al llegar a casa con la noticia nadie se *la cree*? ¿*Será verdad todo esto*? Pero cuando subimos al taxi que nos está esperando en la Plaza Libertad ya no pienso más nada.

## CINCO: LA PAGA DEL SAMURÁI

EL DÍA de los Muertos mis padres salieron muy temprano con don Felicio: mamá le llevó flores a media parentela. Yo prometí quedarme adentro hasta que volvieran, pero mi abuelo estaba arreglando el gallinero y aproveché para apostarme en la hamaca a vigilar la casilla del Chueco. No descubro el menor movimiento. Cuando el sol se cuele en el jardín por el lado del patio siento que la desgracia y la muerte flotan como una seda serenísima. (Y demoraré años en asistir a la repetición de la fe que me envolvió y me defendió ese día.)

El Pata apareció corriendo con la pelota abajo del brazo: se mordía la trompa ahuevando los ojos igual que las matronas en los velorios. No quise hacerle el juego preguntándole qué había visto. Caminé delante de su jadeo hacia Palmas y Ombúes, y doblé en dirección a la bodega abandonada. El Papalote estaba viviendo allí desde el sábado, autorizado por el cantinero del club. Silvio ya se quedaba en el Marítimo todos los fines de semana a ayudar al Gallego, desde mediados de octubre.

Hay un pequeño grupo de vecinos reunidos nerviosamente en la vereda. Pero no apuro el paso. Y al llegar a la bodega me escurro para ver titilar el ojo tuerto del Lobo, derrumbado sobre un charco de sangre. “Vayan a jugar, chiquilines” dice el padre del Pata: “No miren”. Entonces corrí a despertar a Silvio y al Gallego, que salieron descalzos y abrochándose la ropa. “Coño” dijo el muchacho, agachado junto al duro resplandor del cadáver: “Te mataron, hermano”. “Y del modo más ruin” agregó el cantinero, palpándose la barriga: “Con vidrio molido. El mundo se está poniendo más triste que mi aldea, camarada”. “Pero hay que reconocer que el animal es un peligro público” se atrevió a retrucar un viejo: “No dejaba pasar a nadie por la puerta de la bodega. Y dicen que ayer de tarde armó un escándalo vergonzoso, en el rancho del Chueco”.

Silvio y el Gallego no le contestan porque acaban de divisar a mi padre, remontando Palmas y Ombúes como un muñequito de cuerda. Y de repente el Pata tira la pelota hacia la otra vereda y empezamos a hacernos pases largos, mientras los vecinos se siguen juntando para discutir. Y cuando nos acercamos al Lobo volvemos a sondear el dulce ojo resurrecto.

Casi inmediatamente se escuchó la carrera de Walter (se pronunciaba Valter) llegando desde su chalé-caserón estilo suizo-germánico, que quedaba a media cuadra de la cantera. Era un chiquilín simpático y tenso, y se ponía colorado apenas lo rozabas con un pie o con un grito. Entonces enarbolaba una guardia como la de los boxeadores de los años veinte y se te venía arriba. Pero nunca iba más allá de eso. “El club está incendiado” anunció, paralizándonos a todos: “ESE NEGRO MALDITO NOS INCENDIÓ EL CLUB”. Y recogió un cascote para tirarlo contra la bodega.

“Calma, pibe” lo ataja mi padre, que cada dos o tres noches se pasa escupiendo sentado en la cama: “¿Cómo sabés quién lo incendió? ¿No te parece que con el lío del sábado ya tuvimos bastante? Yo prometo averiguar qué pasó. Con el club y con el perro”. “¿Y la hija del Chueco qué?” ironiza una vecina recién llegada del cementerio: “Pensar que hasta hace poco este barrio era un paraíso, mi Dios. ¿Por qué no entierran de una vez al bicho? ¿No ven que hay chiquilines jugando en la vereda?”. Pero Silvio y el cantinero se pararon adelante y el Gallego roncó: “Por encima nuestro, doña. Primero hay que despertar al Papalote. AHORA DESPEJEN, SEÑORES, POR FAVOR”. “Ese negro asesino” murmuró otra vecina, más tetona y pintarrajeada que Luz Adrogué: “¿No se dan cuenta que al perro lo despachó él mismo por metérsele con la noviecita, otarios?”.

DOS DÍAS antes (el sábado) habíamos llevado a Ma-Sa al Paso Molino y ella volvió con un ardor nacarado en los ojos: mamá le prometió pedirle permiso al Chueco para inscribirla en el catecismo, el próximo año. Y mientras yo rezaba como un loro en las Carmelitas ellas recorrían las vidrieras de Agraciada mirando vestidos de comunión. Pero al llegar a casa mi abuelo todavía estaba parado en el portón y mi abuela se hamacaba frente a la mesa ya servida: parecía lagrimear por el matambre arrollado que comíamos en el Paso, pero los tres supimos ipso facto que el Chueco había vuelto del Brasil. Ma-Sa dice que le duele un poco la barriga y se mete en el baño. “Pepe te cuenta” hipa la vieja, señalando el patio. Y mamá no me prohíbe seguirla hasta la oficina-escritorio.

Mi padre contó que llegó de trabajar en el quiosco y siguió de largo para la playa porque hacía una semana que no veía al Papalote (desde que estrenó *Razones* frente a casa, ensangrentado por los tomatazos) y lo encontró a medio camino: Silvio y el Gallego lo ayudaban a remontar Grito de Gloria, mientras Cherro cargaba la mochila y el Lobo cubría la retaguardia. “Se había juntado medio barrio a joderlo, otra vez” escupe el humo mi padre: “No sé cómo Cristo supieron que se venía a vivir a la bodega y le gritaban *El novio alquiló mansión Al novio no se le para El novio va a casarse en un jardín de infantes* y otras preciosidades por el estilo. Y la mitad de la patota estaba formada por criaturas. Viva la humanidad”.

Y contó que el Papalote tenía la cara más cenicienta que las motas y que venía borracho de algo más que de caña. Porque cuando Ricky y Walter lograron eludir los dientes del Lobo y se acercaron a gritarle *Viejo minetero* el negro se estaqueó y los miró con las córneas color brasa y dijo *No hay que dejar en pie la cueva de los diablos*.

“¿Y el Chueco volvió o no volvió, al final?” pregunta mamá, esperanzándose de golpe: “Por la cara que tenía la vieja pensé que-”. “Sí. Volvió” la hace suspirar mi padre: “Pero yo me lo encontré recién cuando venía de ayudar a instalar al Papalote en la bodega. Y apuesto a que él venía de lo Campbell: caminando bien a lo petitero, con unos lentes negros y una camisa floreada. Y me saluda hecho una malva y me dice *¿Cómo le va, vecino? ¿No me haría el grandísimo favor de avisarle a la Marilyn que la paso a buscar más tarde? Porque primero tengo que ir al centro a localizar al japonés. Esta noche lo desplumo. Ah: y avísele también a su botija que les arreglé partido para mañana, contra los cajetillas del British. ¿Te das cuenta por qué te digo que venía de lo del gringo?*”. “Entonces ya sabrá todo lo que pasó con la nena” se retuerce las manos mamá.

Mi padre se levantó sin contestarle y nos llevó abrazados por el patio, y al enfrentarnos a la puerta fiambarrera pegamos un salto: Ma-Sa nos esperaba maquillada y con el vestido a lunares, aunque ahora el cráneo rapado y los dos bucles como pétalos rojos hacían que el resplandor de puta se le volviera un halo.

EL PARTIDO contra el British se jugó en una cancha que quedaba a pocas cuerdas por Caramurú, y estuvo a punto de hacer dos golazos en los primeros cinco minutos pero después el Chueco me sacó absurdamente para reforzar la defensa y supe que no me iba a poner más. Mi padre también se dio cuenta, aunque no se inmutó. Íbamos perdiendo uno a cero, Ricky había hecho el gol de los cajetillas y el gringo y el Chueco se pasaban una botella llorando de la risa. “Estos hijos de puta se están retocando el pedo de anoche” dice mi padre. Y entonces salgo corriendo entre la explosión verdísima de la vereda y el sol ya casi horizontal y al doblar en la esquina de Grito de Gloria diviso al Papalote y al Lobo, parados frente a la casilla. El suegro de Pancho iba cruzando hacia el boliche -a la altura de lo de Felicio- y también vio todo. Mi padre llegó tarde.

Corro un poco más. En el jardín de casa no hay nadie, y apenas lo rebaso descubro a Ma-Sa en la hamaca. Está encorvada y perniabierta, y no es el encandilamiento lo que la obliga a cerrar los párpados maquillados. Entonces pienso en Sarita. Y cuando el Lobo avanza para hundir la cabeza entre las piernas de la infanta y hacerle resucitar los bucles y los ojos, pienso en Yolanda. “Basta, Chuparrosas” ordenó el Papalote, con una mirada horrible. “FUERA” gritó el suegro de Pancho: “BICHO DE MIERDAAAA. FUERAAAA”. “Qué pasa, Abel” jadeó mi padre, mientras Ma-Sa corría hacia la casilla y el Papalote y el Chuparrosas volvían penosamente a la bodega. “CHUPACONCHAS DE MIERDA” volvió a aullar el suegro de Pancho, y mi padre no me dio corte y nos

metimos en casa y el otro entró al boliche a repartir la noticia. Y el domingo hizo CRAAAACK.

EL NEGRO apareció vestido con su guayabera de fiesta y ni siquiera miró el cadáver del Lobo. Me miró a mí. Ahora las córneas lucían tan grises como el rostro, pero las pupilas verdeazules decían: “Hombrecito. Mi verdadero padre es tu verdadero padre”. Después le hizo una seña al Gallego para que le prestara una pala, nos pidió que lo esperáramos en el club y cargó al animal (que ya había recuperado completamente sus ojos de cachorro) hacia el gran baldío.

Mi padre está casi sin dormir pero acepta el ron que le ofrece el Gallego. Y Silvio deja su copa intacta y escribe con una serenidad alucinada durante mucho rato, hasta que trae la guitarra y canta: *Ayer mataron a un lobo / en la puerta de mi casa / con la cabeza vencida sobre la arena soñaba / observaba la bodega / donde peleaba y dormía / con la pupila vidriosa / miraba pasar el día. / Y los niños de su mundo / hablaban en voz muy baja de su mirada. / Para el resto de la tierra / allí había un perro muerto / un perro que en unas horas estaría descompuesto / había que limpiar la acera / de aquella mancha oscura / para el resto de la tierra un perro muerto es basura / pero lo niños jugaban y volvían a su lado / siempre callados. / Lobo: yo sí te recuerdo / yo también sabía / cómo cuándo y dónde dormías tu sueño / para esos asuntos / no he crecido mucho todavía. / Cómo no iba a recordarte / si estás ahí desde mi niñez / en un paisaje diferente pero igual / a todos nos pasó una vez. / Cómo no iba a recordarte / si tu misterio es más feliz / que muchas cosas que tenemos que contar / a costa de una cicatriz / como duele un hierro caliente / que deja la memoria ardiente / sin la nobleza de tu muerte / y sin un verso con más suerte / que no sea la de maldecir.*

“Por los Lobos con mayúscula” recuesta la guitarra y retoma el aire Silvio, antes de alzar su copa. “Por los Lobos y por los samuráis” redobra el brindis mi padre. Y agrega, menos asombrado que pacificado: “¿Eso lo compusiste ahora, muchacho?”. “La letra” intentó sonreír Silvio: “La música la tenía guardada, y no sabía para qué”. “Coño” roncó el Gallego, absorto: “El mundo es mucho más triste que mi aldea, camarada”. Y yo me animo a preguntar: “¿Por qué pusiste *ayer* mataron a un perro?”. Entonces Silvio se acaricia los pozos de la cara como diciendo: “Te vas a costar años ser un poeta de veras, hombrecito”. Pero dice: “Porque esto lo voy a cantar mañana y mañana y mañana. Esas vainas no importan, bequigo. ¿O el Papalote no canta lo que compuso su verdadero padre dentro de muchos años?”. “Eso es joda” me emperro. “No, bequigo. Eso no es joda” me observa a través del ron el cubano, y algo como el trasluz de la belleza-verdad me eriza para siempre: “Te lo digo yo. Porque las últimas canciones que ustedes han escuchado las compuse cuando volví a mi patria, después del triunfo de la revolución”. Nos miramos con mi padre, y justo en ese momento mamá gritó desde la calle: “PEPE!!!! MATARON AL PAPALOTE!!!!”.

EL PAPALOTE golpeó en lo de Manolita y anunció que venía a despedirse. Manolita le preguntó por el perro y él le contestó que el Chuparrosas ya estaba en camino hacia Los Cocuyos, *un paraíso que queda más allá de La Paloma*. Después graba *Estrellitas* y

*duendes*, y la viuda contempla su excesivo rejuvenecimiento y siente que esa bachata está compuesta para la voz de la infanta, además. Y cuando el negro se enfrentó al autorretrato de Torres García y se acomodó la rosa que parecía ensangrentarle la oreja, Manolita sintió que el dolor era el único espejo de la verdad. Y que nada era triste.

El negro cruza el campito de la esquina muy erguido, con la guayabera relinchando doradamente. No penetró en la sombra del toldo donde Campbell y el Chueco ya se habían emborrachado, junto al resto de los habitués de *El reenganche*. Felicio está tomando mate enfrente. Ma-Sa se está hamacando, pero al oírlo gritar BUENOS DÍAS CABALLEROS!!!! corre hacia la vereda. Nadie más se movió.

Entonces los ojos del Papalote se atigraron y dijo: “QUIERO ANUNCIARLE AL MUNDO QUE HEMOS HECHO ENTRAR EL REINO EN LA PATRIA TRISTE, HERMANOS”. Pero nadie se ríe. “Y HOY DECLARO INCENDIADO ESE QUILOMBO DEL DIABLO” agregó el Papalote, señalando la casilla: “UN QUILOMBO CON UNA SOLA DAMA, CABALLEROS. LA QUE NO VA A PODER OLVIDARSE JAMÁS DE LOS SÁBADOS DE PÓQUER”. Y señala a Ma-Sa. Entonces el Chueco se metió en el boliche y volvió con una cuchilla que relampagueó varias veces al entrar y salir de la sombra y el negro. Y sólo Ma-Sa gritó.

CAMPBELL SE llevó al Chueco en su bólido sport y ninguno de los dos volvió a ser visto por el barrio durante mucho tiempo. Cuando nosotros llegamos del club ya estaba la policía. A Ma-Sa y a mí nos encerraron en la cocina con la vieja, que devoraba grandes pedazos de pan mojados alternativamente en vino y tuco. Ma-Sa mira hacia el patio del gallinero como si acabase de perder un globo. Yo huelo la mierda blanca mezclada con las glicinas y navego por un paisaje incandescente que me hace venir hambre. Nadie más que la vieja y yo probamos los ravioles.

Al atardecer nos dejaron sentarnos en la hamaca. Los vecinos llegaban al velorio (que se hizo en *El reenganche*, por ofrecimiento del gordo) con flores recién cortadas, y al irse contemplaban vaciamente a Ma-Sa. Estamos solos, pero mamá o mi padre se asoman a vigilarnos a cada rato. Los viejos fueron los primeros en entrar al boliche, implacablemente trajeados y agarrados del brazo. Yo me siento tan invencible como el Corsario Negro y Shane juntos, pero Ma-Sa parece seguir buscando algo entre los ramajes perforados por el estrellero.

Esa noche dormimos los dos con mamá. Mi sillón-cama estaba peor que nunca de incómodo y ruidoso, y justo cuando empezaba a soñar que era un matambre arrollado sentí una mano tibia en el hombro y no salté. La persiana derrama cuatro velos de tiza. Ma-Sa me alcanza un short y una camisa: mamá ronca. No hicimos un solo ruido al cruzar el comedor y abrir la puerta de la cocina que daba al patio grande. La parra nos ensombrece la frialdad de los pies. En los fondos del boliche empieza a sonar una guitarra, y Ma-Sa sube al gomero. Entonces la veo emerger bajo la luna todavía oculta para mí, y siento que encontró el globo.

El patio del fondo de *El reenganche* estaba lleno de cajones con envases y todo tipo de porquerías. Ma-sa va adelante. Mientras llegamos hasta el depósito (donde Silvio ya está cantando) la agitación del alba nos va cubriendo con nieve de un paraíso. Y oímos cantar a Silvio: *La gente te chiflaba / cuando en las tardes subías borracho / tú contestabas piedras / y maldiciones / a tus muchachos. / Eras el personaje / de los trajines de tu pueblo / eras para la gracia / eras un viejo / eras negro. / Una noche el respeto / bajó y te puso bella corona / respeto de mortales / que muerto al fin te hizo persona. / Pobre del que pensó / pobre de toda aquella gente / que el día más importante / de tu existencia / fue el de tu muerte.*

Y durante el flamear del último estribillo Ma-Sa cruzó el rectángulo amarillito limón que proyectaba la puerta sobre el piso de porlan y no tuve más remedio que seguirla. Siento que me lastimé un pie pero ni me lo palpo. No sale nadie. “Salud” dice mi padre: “Por los samuráis”. “Hágame caso, don Pepe” murmura Pancho, un abogado rico: “Usted no es un samurái. No denuncie la prostitución de la chiquilina: eso nunca va a poder probarse, igual. Y se va a meter en líos”. “Salud” porfió mi padre: “Por la verdad. Mañana mismo voy al Consejo del Niño, apenas enterremos al Negro Jefe. Isabelino Pena nunca falla, viejo. Aunque nunca haya podido ganarse el grado de samurái”. “Salud” aprobó Silvio: “¿Nadie manda otra vuelta?”. “Yo” dijo el gordo: “Pero seguí tocando, botija”.

Ma-Sa me agarra la mano como para explicarme que somos invisibles. El gordo pasa por adelante nuestro y cuando deja abierta la puerta trasera de *El reenganche* vemos la mitad del ataúd, formando ángulo recto con el mostrador. Todavía hay mucha gente, tomando y conversando. “El gordo se forró con este velorio” se indigna el Gallego. “Coño” ronca Cherro: “Y si no fuera por el cantor, no nos manda una mierda. ¿Dónde se habrá metido el negro?”. “Está muerto” informó Pancho. “Déjese de joder” se rio Cherro.

Siento que mi pie sangra, pero la inminencia de la vuelta del gordo con las copas hace que mantenga la congelación de la camisa pegada a la pared. Entonces Ma-Sa tuerce la cabeza llena de pétalos y entramos corriendo al boliche y nos escondemos atrás del ataúd solitario. Y después que escuchamos tintinear la bandeja y cerrarse la puerta del fondo ella se para y me ordena que le haga piecito. Obedecí. Ahora veíamos el perfil del Papalote galopando recortado sobre el cotorrerío del barrio igual que si lo hubiera pulido Miguel Ángel. Pero lo que parecía de mármol era el pie de Ma-Sa. Y de golpe la infanta le arrancó al cadáver un algodón gigantesco de la boca y le besó los labios hasta quedar transparente.

Casi me oigo sangrar en silencio. Y alguien corre hacia el depósito y regresan muchos pasos, encabezados por el taconear de mi padre. Ma-Sa ya está en pie sosteniendo la rosa que tenía el Papalote en la oreja. Rozo la flor, y siento que los dedos se me manchan con la viscosidad de una especie de roca hueca y sin fondo. (Igual que cuando mamá me obligó a besar la frente de la vieja unos años más tarde.) Mi padre carga a

Ma-Sa sobre un hombro y me agarra la mano para llevarnos a casa. “Tranquilos, hijos” repite sin parar: “Algún día descansaremos”.

En casa se despertó todo el mundo. Mi padre no contó exactamente lo que pasó en el boliche. Pero cuando él volvió a salir y mamá me estaba curando en el baño escuchamos gritar babosamente a la vieja, desde su cama: “¿Y nadie va a averiguar qué hacían el negro y la chirusita en el club? ¿O somos todos bobos?”. Y al entrar al dormitorio de mis padres encontramos a Ma-Sa mirándose en el espejo de la cómoda como si fuera un globo reventado.

NOS DESPERTAMOS después que salió el cortejo fúnebre, y mamá me dijo que me aprontara para ir a la escuela. No protesté. Estaba muy rengo, pero había soñado que el Lobo me lamía la mano rozada por la rosa hasta desinfectarla. Ma-Sa esperó la hora de comer sentada en la hamaca de la casilla. Es evidente que en casa ya se enteraron de todo lo que pasó en el boliche: mamá y la vieja tienen una trompa más triste que escandalizada. Y de repente mi abuelo le cuenta a Ma-Sa cómo ponían los ladrillos a oscuras y sin sentir las manos en el Santuario del Cerrito, al empezar los fríos. “Antes de la ley de ocho horas” agrega sonriendo, y le mete el diente al estofado que quedó de ayer. Nunca lo oí hablar tanto.

Cuando volví de la escuela Ma-Sa seguía sentada en la hamaca. Al rato llegó mi padre en un taxímetro con una mujer joven y nos reunimos todos en el comedor. “Esta señora se llama Rosina, es Visitadora Social y vino para ayudarnos” explicó. Pero entre Rosina y Ma-Sa existía un arco iris de complicidad más alto que cualquier palabra. La mujer era rubia y delgada, y al torcer levemente la cabeza lograba que sus ojos derramaran un verdor excluyente de toda vanidad. Miraba como los niños, los elegidos y los moribundos. “¿Querés que te lleve a mi casa?” preguntó: “Queda cerca de la playa”.

Ma-Sa fue a buscar sus cosas enseguida. Ahora la vieja llora de verdad, y los demás salimos al jardín. Entonces mamá se saca relampagueantemente una esclava de oro para dársela a la infanta, y ella responde poniéndome en la mano un paquete viejo de pastillas. Recién aquella noche supimos que adentro había una pequeña geisha modelada en marfil.

TOMÉ LA Primera Comuni3n el Día de las Playas, un mes y una semana después del asesinato. Todavía no se sabía nada del Chueco ni del gringo. En el momento de arrodillarme a esperar que se disolviera la hostia vi a Ma-Sa disfrazada de novia y bailando un mereng3n. Me dio vergüenza, claro. Tenía la sensaci3n de que otros chiquilines cerraban los ojos pensando verdaderamente en Jesús.

Me pasé toda la tarde trajeado de azul (y con la tremolante moña de satén en mi brazo) repartiéndole estampitas a los vecinos. Todos te daban plata. Hasta el gordo. Pero

Manolita y Silvio (que ya era un habitué de los Torres García) mandaron buscar a mi padre y el muchacho anunció que me regalaría una canción compuesta por un poeta y un cantor uruguayos *dentro de muchos años*.

Y cantó: *Niña del rojo pelo / mago ciruelo / turbador. / Federal federala / tu crencha es al ala / del amor. / Tus ojos vagabundos / lloran un mundo / de dolor / y aderezas la cuna / la blanca luna / del soñador. / Niña de crencha roja / tu labio moja / la ilusión / de ayudar al que quieres / y así te hieres el corazón. / Niña del rojo pelo / madre y consuelo / del desamor. / Si no estás todo fuera / como una primavera sin verdor. / Niña del rojo pelo / mago ciruelo / turbador.*

“Gracias” demora en contestar con dulzura mi padre: “Aunque esto no va a ayudarme a dormir, compañero”. “Vamos, don Pepe. Usted ya resolvió el misterio principal” lo consuela Manolita: “Usted *probó* que el Chueco y Campbell incendiaron el club y asesinaron al perro para que todo el mundo culpara al Papalote. Deje el otro misterio en paz”. “¿En paz?” saltó mi padre: “Hace un mes y una semana que no puedo ni *cantar*, señora mía. Si el problema fuese sólo *dormir* vaya y pase. Pero no poder *cantar*—”. “El verdadero problema es saber qué signo lleva el amor” sentenció Silvio: “Y eso cuesta mucho, hermano”.

“Si costará” sonrío biliosamente mi padre mientras cruzamos el baldío para volver a casa: “A lo mejor el 5 de enero los otros visitantes ilustres nos ayudan un poco más. O nos confunden del todo. ¿Querés ir a la chacra de Ismael el domingo, Katz?”. Y yo cierro los ojos para no recordar los labios enrojecidos y amargos de Sarita. Pero contestó: “Sí”.

## SEIS: CREER O REVENTAR

EXACTAMENTE DIECISIETE años después estaba abriendo mi valija en la aduana del aeropuerto de Carrasco cuando me dice Fava, un abogado simpaticón que conocí al hacer escala en Buenos Aires: “Aquella debe ser su familia”. Los ubiqué enseguida, porque golpeaban el vidrio con una alegría-desesperación rítmica, igual que las hinchadas de fútbol. Levanto los dos brazos. Y al darme vuelta para seguir lidiando con el cierre metálico veo que Fava termina por secretarle algo al aduanero, y el hombre me hace señas de que pase tranquilo. “¿Así que tiene una foto abrazado con la Brigitte Bardot?” sonrío casi orgulloso.

Abelito se luce. Mamá (a la que llamé *mi madre* durante los veinte meses que duró mi viaje) me escruta la transparencia partida de los ojos y piensa que soy algo así como el crucificado-abanderado del mundo. Mi hermana Ma-Sa hace que me acuerde -imprevisiblemente- de la otra Ma-Sa. Y mi padre apoya la ñata contra la luminosidad de la pecera.

Después de cruzar el arroyo Carrasco doblamos hacia la rambla, en lugar de seguir por Avenida Italia. Era una mansa media tarde de diciembre y el río-como-mar estaba muy barroso, aunque irradiaba una insondabilidad violácea. La vieja camioneta Fiat hacía menos barullo que nuestra conversación de reencuentro. Hasta que al pasar frente al Náutico mamá observó el primer local que tuvo la Escuela 81 (una casa de familia) y preguntó: “¿Qué fue eso tan horrible que te pasó en París hace unos meses? Lo que *no nos podías contar* en las cartas”. “Ray se volvió loco y quería matarme” contesté.

“¿Pero no era tu mejor amigo?” salta Ma-Sa. “Bueno” tose mi padre: “Más tarde hablamos de eso. Y de la B.B. y de los casos de Marlowe y de los cinco pepinos que les vamos a encajar a los manyas el domingo. La camioneta empezó a fallar otra vez, Chela, ¿Oís?”. Entonces mamá anuncia sonriendo: “Te hice una torta pascualina, Abel”. Y al frenar para subir por Grito de Gloria sondeo el horizonte aduraznado de la Playa de los Ingleses y murmuro: “Necesito meterme en las milicias de la redención. Mañana mismo, viejo”. Mi padre me miró por el espejo retrovisor y me ericé.

“¿Sabés que el gordo vendió la casa?” informó Ma-sa en la esquina de Palmas y Ombúes: “Y la casilla también. Ya la tiraron para construir”. “Y el Chueco volvió al barrio” agregó mamá: “Dos por tres me lo veo sentado en el boliche lo más pancho, cuando bajo a la carnicería. Creo que vive en el fondo del boliche. O con los pescadores.”

Antes que yo me fuera para París nosotros ya habíamos dejado de alquilar y comprado un apartamento en los bloques del Banco Hipotecario, dos cuerdas más arriba. Ahora mi padre frena un momento frente a la antigua casa reformada y mamá observa el terreno de al lado y un espejismo de glicinas le reblandece el perfil. Ma-Sa resopla, entre triste y rabiosa. Yo trato de no mirar hacia *El reenganche* (por si la Gárgola está en la vereda) y pregunto: “¿Cómo anda Manolita?”. “¿Cómo va a andar?” suspiró mi padre (y esta vez eludí su mirada en el espejo): “Mucho mejor que todos nosotros juntos, mijo”.

EMPEZABA A amanecer cuando entré al cuarto de Ma-Sa y la desperté lo más suavemente posible. “Decime algo” le pedí: “Cualquier cosa”. Y me senté en el borde de su cama, mirando para abajo. Ella se incorporó manoteando los cigarrillos, pero antes de prender uno dijo: “Todavía no me mostraste la foto de Bénédicte”. “No la encuentro” demoré en contestar: “La debo haber perdido al armar la valija. Ya me siento mejor. Si no hablaba con alguien reventaba. Hace poco me pasó lo mismo, en París. Perdoname”.

Todavía no me animo a explorarle los ojos. “¿Y qué fue lo que pasó con Bénédicte, al final?” insiste Ma-Sa, fumando ávidamente. “Nada” subo los hombros: “Creo que se salvó. Nada más”. Ahora sentí que mi hermana me miraba con el triangulito que le cavó un porrazo de la infancia entre las dos paletas. “¿No te animaste a zambullirte porque las de dieciséis años somos unas boludas irresponsables etc. etc.?” resopla. “No” sonrío:

“No te olvides que allá me transformé en el Monaco Rosso, querube. Con tonsura y todo. Y que Bénédicte estaba en la hornacina. Ninguno de los dos necesitaba el cuerpo del otro”. “Qué triste”. “Pero fue la primera vez en mi vida que pude querer a alguien más que a mí mismo” retruqué.

Ella apagó la portátil. El alba ya derramada un fulgor rosado-miel-pozzuoli que me retrotraía a viejas batallas. Calavera-lucero: estoy aquí, pensé. “Y tenías que salvarla del demonio” finge bostezar Ma-Sa. “No exactamente” gruño: “La tenía que salvar de la pudrición. Y ahora vuelvo a militar contra el fascismo junto a las gloriosas milicias, como le gustaba decir al Negro Jefe”. “¿Y creés en Dios y todo?”. “No, querube. Soy apenas un pobre camarada que cree en la Virgen. Con eso alcanza y sobra”.

Ya me sentía lo suficientemente resucitado como para no tener miedo de encontrar la Gárgola en los ojos de mi hermana. La besé entre las cejas y me fui a dormir.

A MA-SA le tocó entrar a despertarme la madrugada siguiente, con una Patricia mediada que había quedado en la heladera. Se sentó sobre el parqué, mal protegida por un camión blanco. Era flaca y chiquita. Tenía tanta belleza en los ojos como en los pechos. “¿Querés?” dice tomando por la botella: “Estoy jodida, pero no borracha”. No acepté. El azul lunar de su mirada me acarició los huesos.

“No aguanto más a los viejos” desembucha: “Y no te estoy reclamando nada, Abel. Estoy segura que ahora que volviste va a seguir siendo igual o peor. Vos no podías contarme por carta que te querían matar y yo no podía contarte que me estaban matando. Están locos. Los dos”. Agarré uno de los pocos Peter Stuyvesant que me quedaban, y ella sacó un Nevada y la geisha de marfil que me regaló la otra Ma-Sa. “Te devuelvo el amuleto” dice: “¿Sabías que apareció Yemanjá del Mar Dulce? Nos enteramos hace quince días. Trabaja con tío Jorge en el Aparicio Saravia: es Asistente Social. Y ahora parece que *necesitan verla*. Los dos. Todavía no se animaron a decírtelo. Porque yo no necesito *ver ni conocer a la heroína de la familia*, Mr. Marlowe”.

Acepté un trago de cerveza. El suave brillo de la geisha empezó a herirme peligrosamente la memoria, y la guardé en el cajón de la mesa de luz. “¿Pero por qué decís que están *locos*?” pregunto. “Empiezo por Isabelino Pena” demoró en decidirse Ma-Sa: “La prematura y *ventajosísima* jubilación que le cocinaron los compañeros de la Caja lo hizo literalmente moco. ¿Ta? Porque fuera de las horitas que sigue yendo al quiosco -allí tiene sus amigos y su oficina clandestina de servicio al prójimo y blablablablablá- lo único que hace es regar lavar la camioneta releer los poemas completos de Gelman y las malditas policiales y mamarse. Y HABLARME DE DIOS”. “Habla más bajo” dije. “Dios” resopla mi hermana: “TODO ES DIOS. No te podés imaginar lo que hincha. Y ahora le dio con que no puede volver a cantar las porquerías del famoso Papalote hasta que no resuelva *el caso del club*. ¿Te acordás de ese asunto?”. “Sí” suspiro: “¿Y mamá?”.

Mi hermana prendió otro cigarrillo y subió la cara, pero no lloró. “Mamá quiere irse a vivir al cementerio” dijo: “No, pará. Dejame hablar. Eso me lo zampó ella misma el otro día, porque demoré unas horas en llegar de un campamento. Ella *ya no tiene más hijos*, ¿entendés? Ni *marido útil* ni *hijos*. Tiene a la vieja podrida esperándola en el cementerio y chau. Ah, y cuando nos peleamos le habla a Ma-Sa: a la otra. Se tira en la cama y le habla de tu comunión y de mi baile de quince. PORQUE EN AQUELLOS TIEMPOS LA QUERÍAMOS. ¿Entendés? Yo -por ejemplo- dejé de quererla hace un año y cuatro meses. Desde que cumplí quince. Está cro-no-me-tra-do. Y vos desde que te divorciaste y te rajaste a París, en lugar de volver al gallinero”. “Pero sin embargo en el aeropuerto fue la única que se dio cuenta que yo venía jodido de veras” protesté. “Sí. Y cuando le contaste lo que te pasó te ofreció una pascualina. ¿Qué era lo que sentías anoche, si se puede saber?”

“Sentía que me hundía adentro de la voz de la Gárgola” expliqué, recostándome y dándole la espalda: “La voz del asesino que llevamos adentro. Yo también estoy loco, ¿te das cuenta?”. Ma-Sa hizo mucho ruido al terminar la botella y se paró y me acarició los párpados. “Pero vos sos un samurái, pelado” dijo antes de cerrar la puerta”.

NO ESTABA demasiado pelado, pero tío Jorge pareció ver el sufrimiento brillándome en el cuero cabelludo. “Mirá vos, te jodiste. Saliste a mí” sonrió ambiguamente, con los labios cerrados: “Che, ¿cómo es que hacen los pobres cantores pasaplatos para terminar sacándose fotos con la Brigitte Bardot? Contame, que me tiene intrigadísimo”. Mi padre estaba metiendo la camioneta en la senda del jardincito-quinta. El Aparicio Saravia es un barrio que te obliga a buscar las estrellas. Esa noche se veían.

“No jodas, vo” murmuro: “Fue un accidente. No me quise *lucir*”. “Imaginate lo que hubiera sido si te hubieses querido *lucir*” carcajea Jorge: “Gusto de verte, sobrino”. Y me refugié en sus ojos del color de los de mi hermana y tuve necesidad –por primera vez en tres días- de llorar agachado. “¿Y Ma-Sa?” disimuló la alarma mi tío: “Hace meses que no la veo”. “Allá quedó: peleada con el mundo” llegó a tiempo para retorizar mi padre. “No es para menos” suspiró Jorge, invitándonos a pasar al caserón a medio terminar donde ya funcionaba un hogar para adolescentes.

El olor a cal y a pintura te resultaba una bendición, después de haber cruzado el cantegril. “Hay una caña con nísperos para las visitas” dice tío Jorge, y recién me doy cuenta que está lastimosamente vestido. Dos muchachos con las facciones talladas en carne viva se asoman y nos saludan en silencio, antes de traer la botella y unas tazas. “Salud” propone mi tío: “Por la vuelta al hogar”. “Y por la revolución uruguaya” agregó.

Mi padre miró a mi tío. “Perdón” ironicé: “Todavía no me acostumbro a la clandestinidad”. “Mucho peor es que sigas acostumbrado a hablar de una revolución

que nunca tuvo miras de existir” dijo Jorge. “Bueno” chistó mi padre, fumando como una locomotora: “No se van a trenzar a los cinco minutos de verse”. “Yo volví para militar” me emperre: “Aunque no le guste a nadie. Empezando por los milicos”. “Lo que les gusta más a los milicos -o al diablo, como quieras- es el odio en vano y el amor injusto. O al revés” retrucó Jorge: “No me acuerdo bien cómo es que dice San Juan de la Cruz.

“¿San Juan de la Cruz?” salta mi padre, y aprovecha para rellenarse la taza: “¿Vos sabés que en realidad vine a visitarte por San Juan de la Cruz, y no para verlos agarrarse de los pelos con el nene?”. “Darle lustre a las calvas, querrás decir” lo corrige mi tío. “¿Que viniste a visitarlo POR QUIÉN?” pregunto. “Esperá. Ahora les explico” muestra una intrigante sonrisa musgosa mi padre: “Oíme, Jorge. ¿Sabés que Chela y yo tenemos ganas de ver a la Asistente Social que colabora contigo? La que fue vecina nuestra, ¿te acordás?”. Nos miramos con mi tío, y yo liquidé mi taza y la rellené.

“Yo no sé si a María Sara le va a convenir revivir todo aquello, dijo Jorge, parándose para buscar un libro en una biblioteca-botiquín que parecía espolvoreada con azúcar impalpable: “¿Así que vos también te pasaste para la copa, Abel? Escuchá. Escuchen esto aunque suene latoso”. Y se sentó y leyó: *Resta, pues, ahora saber que el alma no habrá de poner los ojos en aquella corteza de figuras y objeto que se le pone delante sobrenaturalmente, ahora acerca del sentido exterior, como son locuciones y palabras al oído, y visiones de santos a los ojos, y resplandores hermosos, y olores a las narices, y gustos y suavidades en el paladar, y otros deleites en el tacto, que proceden del espíritu, lo cual es más ordinario a los espirituales; ni tampoco ha de poner en cualesquier visiones del sentido interior, cuales son las imaginarias; antes renunciarlas todas. Sólo ha de poner los ojos en aquel buen espíritu que causan, procurando conservarle en obrar y poner por ejercicio lo que es de servicio de Dios ordenadamente, sin advertencia de aquellas representaciones ni de querer algún gusto sensible.*

Jorge besó su taza y yo pensé en la foto perdida de Bénédicté. “Pará” dice mi padre: “A mí me importan los versos de San Juan de la Cruz. Doctrina no, por Dios”. “¿No quiere sopa? Dos platos” chasquea la lengua Jorge, dando vuelta una página: *Y así, si el alma se quisiere asir siempre a ellas, nunca dejaría de ser pequeñuelo niño, y siempre hablaría de Dios como pequeñuelo; porque asiéndose a la corteza del sentido, que es el pequeñuelo, nunca vendría a la sustancia del espíritu, que es el varón perfecto. Y así, no ha de querer el alma admitir las tales revelaciones para ir creciendo, aunque Dios se las ofrezca; así como el niño ha menester dejar el pecho para hacer su paladar a manjar más sustancial y más fuerte. Ahí tenés a San Juan de la Cruz, Pepe. Buen provecho”.*

Entonces mi padre agarró la botella y tomó dos tragos bukowskisnos y al rato declamó (no exactamente con voz de borracho): “¡Tetas de Dios! ¡blancos muslos de Dios! ¡lechosos! ¡leche de Dios! gritaba por los techos de toda la ciudad. Así que lo quemaron. Pobre Gurvich. Pobre ciervito blanco. EL PAPALOTE ERA COMO SAN JUAN DE LA CRUZ, MANGA DE DEGENERADOS!!!! LE CANTABA A DIOS!!!!

LA VERDADERA ESPOSA DEL NEGRO ERA DIOS, LANGOSTAS ALIMENTADAS CON CAMPOS DE ESPITIRU!!!! Y lo que tocó el visitante ilustre en el piano de Manolita quería decir: *¿Y si Dios moviera sus pechos dulcemente? ¿Y si Dios fuera una mujer?* Pobre Gelman. Pobre pequeñuelo niño. PERO TENGO QUE PROBARLO, CARAJOS, O REVIENTO!!!! Y María Sara es la única que sabe lo que pasó en el club. *¿Me comprendiste, Jorge?* “Che: ¿vos sabés manejar, no?” me preguntó mi tío.

AL OTRO día fuimos al cine con mi hermana y mi padre -que apenas tenía la orina cargada, pero se tanteaba el páncreas cada cinco minutos- y al volver encontramos a mamá tomando el té con una escultural muchacha pelirroja. La primera que se dio cuenta que era la otra Ma-Sa fue Ma-Sa. La muchacha usaba la esclava de oro que le regaló mamá pero seguía cortándose el pelo casi al rape, y su vestuario era mucho más triste que el de una monja. La mirada de bambi humeaba humildemente más acá del horror. Igual que la luz de un quilombo.

Conversamos de todo un poco hasta que oscureció y mi padre se ofreció a llevarla. Mamá y mi hermana se despidieron de ella más sosegadas que encantadas. Entonces María Sara sube a la camioneta y le pregunta a mi padre si puede bajar por Grito de Gloria y doblar en dirección a la cantera. *El reenganche* estaba cerrado. “¿No se puede estacionar un momento aquí a la izquierda, don Pepe?” pide la muchacha al pasar frente al terreno (todavía baldío) donde el Papalote nos construyó el club. Ella está sentada atrás y tiene la misma voz ronca y aterciopelada de siempre cuando dice: “Yo al final le pedía que me acariciara donde me dolía. Nada más. Y él cerraba los ojos y recitaba siempre la misma copla, antes de apoyar la mano. Y después cantábamos”.

“Y vos no te acordás de algún verso de la copla, aunque sea” murmura Isabelino Pena, fumando con los ojos clavados en el estrellerío que sobrevuela la cantera. “*¡Oh criatalina fuente*” silabeó la muchacha, como una exiliada que reza un arrorró en su lengua natal: “*Si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujados!*” Tácate -pienso, mientras mi padre abre una gran sonrisa y dice: “*Cántico espiritual. Canciones entre el alma y el esposo. San Juan de la Cruz. ¿Vos sabés quién es San Juan de la Cruz, María Sara?*”. Ella contestó que sí y ninguno agregó nada.

LA LLEVAMOS hasta una comunidad que quedaba en el Cerro. “Se portó bien el tío Jorge” digo cuando arrancamos ciudad abajo. Y de golpe recuerdo nítidamente la historia de los versos rezados por el farero de Lobos frente al manantial. Y la primera bachata que largó el Negro Jefe. Entonces siento que la Gárgola me espera vaya donde vaya y que voy a seguir tratando de meter el reino en la patria triste hasta el final, aunque no emboque nunca. Hay héroes y héroes, mamá.

“Bueno. Ahora podés volver a cantar en paz, por lo menos. Detective de poca fe” se autoconsuela Isabelino Pena, después de dejar atrás el hedor del Pantanoso.

*La Trinchera Estrellada de la calle Grito de Gloria*

1991 / 92